This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

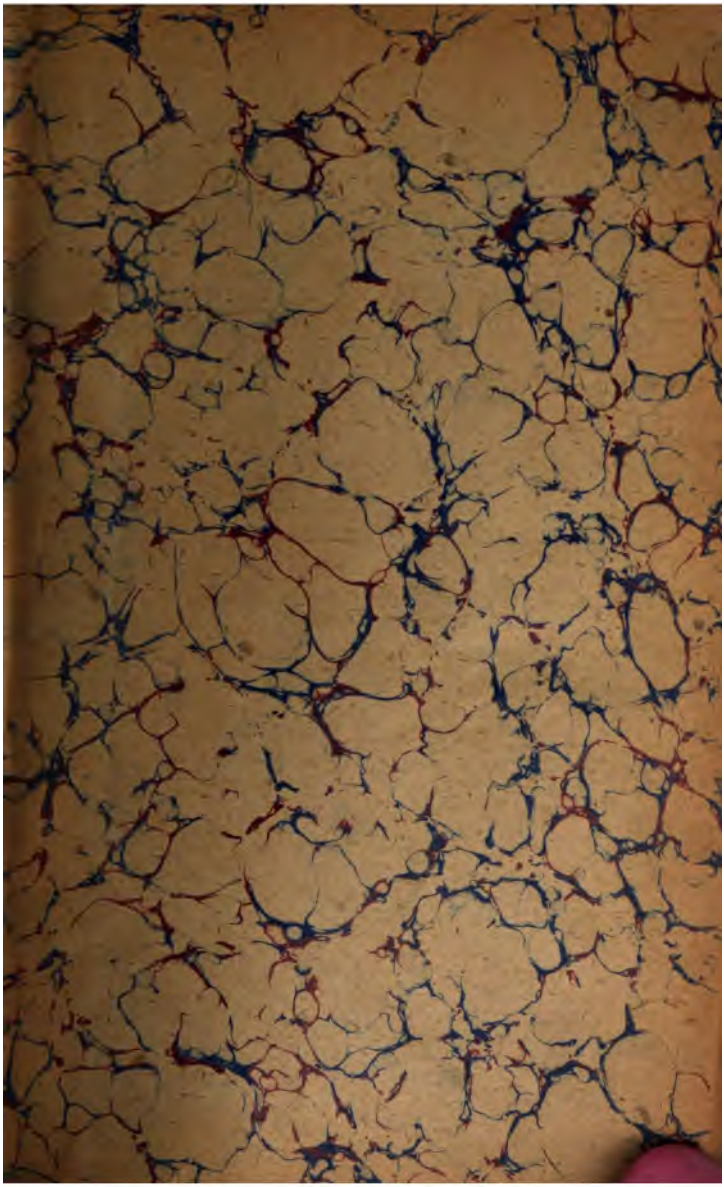
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

868
V16t

A 465584

1837
ARTES VERITAS SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



8 GS
1'16 t

TERAPÉUTICA SOCIAL

JUAN VALERA

TERAPÉUTICA SOCIAL

EXPUESTA EN HISTORIAS,
NOVELAS, DISERTACIONES Y OTRAS OBRILLAS
DE MERO PASATIEMPO

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2
1905

Es propiedad del autor.

Derechos reservados.

Est. tip. Viuda é hijos de M. Tello, C. de San Francisco, 4.

LA TERAPÉUTICA SOCIAL

Y

LA NOVELA PROFÉTICA

186198

LA TERAPÉUTICA SOCIAL

Y

LA NOVELA PROFÉTICA

I

Pasma y asusta la prodigiosa cantidad de ciencias nuevas que de doscientos años á esta parte han aparecido en el mundo. Por ellas, sin duda, ha crecido en poder la inteligencia humana y se ha hecho mayor su confianza en el progreso intelectual, moral y material de nuestro linaje, así en los individuos como en la sociedad, ó sea en el conjunto más ó menos bien organizado que los individuos forman.

No he de negar yo que es un bien, que es una bendición esa multitud de ciencias nuevas; pero los espíritus perezosos, como el mío, que ni muy por cima consiguieron nunca aprender los rudimentos de las ciencias antiguas, se apesadumbran y se amilanan al considerar que de las nuevas aprenderán menos aún por carecer de tiempo y de paciencia para ello, y tendrán al cabo que largarse al otro mundo casi sin enterarse de nada: oyen-

do tal vez campanas, pero sin saber dónde las tocan.

El disgusto que esto nos causa, imagino yo que pudiera hallar consuelo y remedio en que debemos ser humildes, gozar de los efectos sin investigar las causas, aceptar por fe las verdades sin afanarse en comprender la demostración, y comerse y saborear el fruto del árbol científico sin cuidarle y sin cultivarle y hasta sin haberle visto siquiera.

En este sentido el auge de las ciencias, lejos de obligarnos á ser más sabios, nos permite ser más ignorantes que en los antiguos días. Valgámonos de algunos ejemplos para que se vea clara esta verdad. ¿Qué conocimientos geográficos no necesitaría cualquiera para ir de Madrid á París en el año de 1604? Ahora no es menester saber nada, sino tomar y pagar aquí el billete del ferrocarril, y sin extravío ni tropiezo, se pone en París quien le toma en un día ó en poco más de un día. Ahora toda erudición queda bien custodiada en los libros, y allí la busca y de allí la saca quien quiere, en el momento en que va á servirse de ella, librándose así del peso y carga de esa erudición cuando para nada le vale, á no ser para pedantear y lucirse. No ya lo que contiene el Larousse ó el Diccionario enciclopédico de Montaner y Simón, sino un manual ó compendio de cualquiera de dichas obras, nos ofrece y nos da un tesoro de sabiduría tan enorme, que no cabría en ningún cerebro humano, por muy capaz que fuese, ni se mantendría allí sin desbaratarle y hundirle con su peso, aunque se apuntalara.

Ciertos filósofos aseguran que hay una razón impersonal, de la que todas nuestras razones personales vienen á ser chispas ó destellos. Yo no afirmo ni niego tal cosa. Lo que me atrevo á afirmar es que hay una ciencia impersonal de la que podemos aprovecharnos muy descansadamente, teniéndola en los libros. El que la tiene, la guarda y la lleva en sí, en parte ó en todo, permítaseme lo extraño y en apariencia poco respetuoso de la frase, viene á ser un verdadero camello, si es verdad lo que he oído decir de que el camello lleva en el buche agua y comida para muchos días, mientras que los que no somos camellos, sino criaturas racionables, sólo cuando tenemos sed tomamos agua de la fuente, de la tinaja ó del filtro, y sólo cuando tenemos hambre tomamos comida de la cocina, de la despensa ó del mercado.

Casi llega á probarse con tales discursos, esforzándolos y ampliándolos, que es una majadería y que á nada conduce estudiar demasiado en la edad presente. La ciencia impersonal suple y completa la ciencia personal de cada uno de nosotros, por muy exigua que sea.

Fuerza es confesar, no obstante, que hasta la persona más desaplicada y menos curiosa adquiere en el día, sin quemarse las cejas y sin devanarse los sesos con meditaciones y vigilias, no escasa copia de conocimientos científicos, por la ingerencia constante de estos conocimientos en lo más vulgar, cotidiano y práctico de la vida. El que hace treinta y cuarenta años, viviendo en la ciudad y no saliendo al campo, no acertaba á distinguir un

olivo de una encina, ó una mata de habas de otra de garbanzos, hoy sabe lo que es licopodio, azalea, begonias, rododendro, y otras mil plantas y flores de las que probablemente Salomón no tuvo noticia, porque la Sulamita, menos refinada que las damas contemporáneas nuestras, no adornaba con plantas y flores exóticas la estancia en que solía recibir al amado. ¿Quién no sabe hoy algo de la luz, por la fotografía, de la electricidad, ya que por ella se alumbra y va en coche, y hasta se expone á ser atropellado; de navegación submarina, de navegación aérea, de balística y tiros rápidos, y de estadística sobre todo? Basta ir de tertulia, chàrlar un rato con los amigos y hojear los periódicos para ponerse al corriente, aunque sea de un modo muy corriente, de todas estas cosas y de otras muchas más.

Este saber, punto menos que involuntario y adquirido sin el menor esfuerzo, tal vez nos proporciona alguna satisfacción de amor propio; pero tal vez también nos atormenta ó nos contrista. Yo de mí sé decir, pongamos por caso, que me aflige mucho lo que he oído contar que los astrónomos han averiguado, no sé cómo. Cuentan que este planeta en que vivimos, lejos de estar parado, rueda sobre su eje, y va además dando rápidas vueltas en torno del Sol; y añaden, para colmo de intranquilidad, que el Sol mismo, con toda su comitiva de planetas y cometas, va caminando sin cesar por la inmensidad del espacio, sin que tenga término ni tregua su movimiento.

De aquí que no podamos creer ni esperar en la

paz, en el reposo, en la estabilidad del sepulcro. ¿Qué descanso han de tener nuestros restos mortales, girando con el planeta en torno del Sol y disparado éste por las profundidades del vacío infinito?

Y si fuese sólo el descanso material el que ha de faltarnos, todavía el caso sería tolerable; pero lo peor es que nos falta la paz, el descanso del espíritu, no menos agitado y disparado que nuestro planeta y nuestro Sol, por la vaga é ingente prolongación de los siglos hacia los ensueños y fantásticas regiones de un porvenir desconocido. Ora sea por revoluciones violentas, ora por incesante y perpetua evolución, lo cierto es, según me aseguran los que han estudiado este negocio, que no podemos pararnos, ni cejar en nuestro indefinido progreso.

Por más esfuerzos que hago, no puedo recordar ni el nombre del autor, ni el título de la obra en que he leído la sentencia que voy á citar aquí, aunque la tal sentencia me causó una impresión indeleble y profunda.

La humanidad, dice la sentencia, *considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.* El autor sentencioso echa después sus cálculos, y acaba por declarar, si no me es infiel la memoria, que dicha humanidad colectiva permanecerá todavía en estado embrionario ó á lo más en estado de feto, hasta que salga á vida completa y á luz pública dentro de catorce mil y quinientos años, sobre poco más ó menos. ¡Cuánto no tendrá que bregar, escarabajear y agitarse la humanidad en la

obscura gestación en que hoy se halla, hasta que rompa al fin el claustro ó cárcel que la retiene, y aparezca en la plenitud de su existencia! El testigo de esta aparición bien podrá decir á la humanidad lo que dijo á la sombra de sú padre el Príncipe de Dinamarca: «¡Diestro topo! ¿cómo pudiste con tal prontitud taladrar el seno de la tierra?»

La humanidad, así interpelada, contestará de seguro: «Las ciencias nuevas son las barrenas y berbiquíes de que me he valido para hacer tan prodigioso taladro.»

En efecto: las ciencias antiguas deben ser consideradas como insuficientes. El filósofo inglés Buckle nos induce á comprenderlo así. Según él, ni Platón, ni Aristóteles, ni los Santos Padres, ni los mismos Evangelios han impulsado tan briosa y benéficamente el progreso humano, como el libro de un sabio escocés, llamado Adán Smith, sobre la riqueza de las naciones. No cabe hacer mayor apoteosis del padre de la economía política, dando de barato, sin meternos en honduras, que dicho Adán Smith sea en realidad padre de tan sublime ciencia. Armados y alumbrados por ella, los hombres han inventado después otras cuantas no menos interesantes y transcendentales. Entre todas, descuella la que llaman Sociología, de la cual nacen, según cada cual la entiende, diversos sistemas que traen alborotado el mundo, y diversas sectas que dividen á los hombres y los excitan á cumplir fielmente con cierta ley natural, si no descubierta, proclamada en Inglaterra, y que se llama *Struggel for life*, lucha por la vida.

Con los datos que nos suministra este saber experimental y de observación, ordenados los datos por otra ciencia superior ó quinta-esencia de ciencia, que apellidaremos filosofía de la historia, ¿quién no se atreverá, no ya meramente á explicar lo pasado, sino también á pronosticar el porvenir, marcando el rumbo y trazando el camino que la humanidad ha de seguir en su marcha? Claro está que los hombres científicos escriben y escribirán sobre todo ello disertaciones y tratados repletos de doctrina. Pero ¿cómo impedir al poeta, y especialmente al novelista, que diga también sobre el particular cuanto se le antoje? Las ciencias están hoy al alcance de todos. Para hallar algo en ellas de esotérico ó de oculto, es menester buscarlo entre los *mahatmas*. En los periódicos lo discutimos todo y lo ponemos en tela de juicio. No hay cuestión política ó social sobre la que no disputemos de diario. La novela, pues, que debe ser trasunto, reflejo ó imitación de lo que realmente pasa, aun cuando no pretenda ser docente, ni *tendenciosa* siquiera, tiene que ceder á la tentación de tratar los más temerosos problemas sociales, valiéndose de ellos como de elementos preciosos y materia prima de sus ficciones. Y á fin de campar con libertad y holgura, y dar rienda suelta al ingenio, bien puede el novelista poner la acción de su novela, no en el tiempo que ya pasó, sino en el tiempo futuro. De aquí la novela profética en que voy á ocuparme en estos artículos, con ocasión de dos que recientemente he recibido y leído. Una tiene por título *Canuto Es-*

párrago, y es su autor D. Antonio Ledesma, de Almería. Otra se titula *Oriente*, y está escrita por D. Adelardo Ortiz de Pinedo.

II

Lo primero que me incumbe decir al tratar de las dos mencionadas novelas, es que su lectura no puede ni debe causar daño alguno, ni inducir en error, ni aumentar el descontento y general desasosiego, ni menos promover alborotos. Dichas novelas deben leerse y entenderse como novelas, y no será culpa del autor, sino del lector, el entenderlas de otro modo. La novela es un campo por donde se echa á volar la imaginación. ¿Quién ha de poner puertas ó límites á este campo? La imaginación en dicho vuelo tal vez descubra y toque alguna vez la verdad; pero no es el fin del novelista descubrirla y tocarla, sino sólo divertir ó conmover á sus lectores. Si algo descubre además, téngase por miel sobre hojuelas, como vulgarmente se dice. En elogio de Sir Walter Scott, aseguran los críticos que con su novela *Ivanhoe* explicó, mejor que la historia lo había hecho hasta entonces, las relaciones entre vencedores y vencidos, y cómo surgió de dichas relaciones la nación inglesa y su interna constitución, tal como ha llegado á ser en el día, inspirando al famoso Agustín Thierry para escribir la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos;* pero de que una novela his-

tórica haya sido tan atinada, sería absurdo inferir que nos conviene estudiar historia en las novelas. Muchísimas personas hay que lo único que saben de historia lo han aprendido en las novelas ó en el teatro. ¿Pero qué mal hay en esto? ¿Qué pierde nadie por averiguar que hubo druidas al oir cantar la *Norma*, ó por tener algunas noticias de Petronio, árbitro de las elegancias, por una novela que recientemente estuvo muy en moda?

De los extravíos que puede causar la novela, tampoco es la novela responsable. Dicen que el *Werther*, de Gœthe, excitó al suicidio á multitud de jóvenes. ¿Pero qué culpa tuvo Gœthe de semejante tontería? Precisamente para desahogarse, consolarse y no suicidarse había él escrito la novela.

Me dirán y me argüirán que no se debe jugar con fuego. Apenas, antes de que se inventase la dinamita y la melinita, hubo nada más explosivo, más tremendo, más destructor que la pólvora. Con ella se disparan balas, se derriban muros, se arruínan ciudades, se incendian fortalezas y palacios y se matan multitud de seres humanos. ¿Pero hemos de condenar por eso los cohetes, los triquitraques y todos los primorosos y amenos artificios de la pirotecnia?

Figurémonos que los que intervienen activamente en nuestras discordias políticas, ó en los amagos, preludios y hasta ominosos asomos de una posible guerra social, son los que andan en la procesión, y añadamos luego: en salvo está el que repica. Y así conviene que sea, ya que el repique

ha de tomarse por diversión y no por somatén ó rebato.

Entendidas así las cosas, concedamos amplia venia á todo novelista para escribir cuanto se le antoje, con tal de que nos entretenga y no nos aburra; condición que cumplen á mi ver hábil y dichosamente los Sres. Ledesma y Ortiz de Pinedo en las dos novelas que me sugieren estas reflexiones.

No es extraño que ambos estén de mal humor y se muestren muy pesimistas. Estamos en España tan poco lucidos, que no hay al presente ocasión ni motivo para reir y burlar, á no ser con risa un tanto cuanto sarcástica.

Grande es ahora la divergencia de opiniones en nuestra patria. En muy poco convenimos. Todos, sin embargo, estamos de acuerdo en reconocer y en lamentar nuestra decadencia y postración lastimosa. ¿Proviene ésta de atraso, ó de que al progresar nos hemos apartado de la senda por donde nos importaba ir caminando? Ya aquí empiezan las dudas y las opuestas y varias opiniones. ¿Cómo aspirar á conocer el remedio cuando sólo conocemos los síntomas, los efectos exteriores de la enfermedad, y cuando ignoramos sus causas? ¿Cómo señalar lo que debemos ser en lo futuro, cuando tan mal, tan confusa y tan diversamente se explica lo pasado y hasta lo que acontece en el día? Nadie negará que España, por lo menos á fines del siglo XV y en todo el siglo XVI, fué nación prepotente y gloriosísima: la primera de todas. Nadie negará la magnitud de su imperio entonces. ¿Por

qué hemos caído tan bajo desde tanta altura?

Aquí empieza la discordancia de pareceres, por donde yo me inclino á sospechar que la filosofía de la historia, la sociología, la economía política y todas las otras ciencias nuevas, ó son meras observaciones y aforismos de sentido común, ó bien, dando un brinco estupendo, son delirios y quimeras que cada cual se forja según su natural condición ó su capricho le dicta.

Para refutar yo á un sociólogo, á un filósofo de la historia ó á un economista de oficio, no me considero con fuerzas: me inhibo, me reconozco ignaro, incompetente y profano; pero al fin bien puedo atreverme á refutar llana y prescientíficamente á un novelista, que viene á ser un aficionado á sabio, que es lo que yo soy: un mero *dilettante* sin férula ni magisterio.

La novela histórica y más aún la novela *sociologista*, aunque se ponga la historia en el porvenir, ofrece una dificultad grandísima, que no acierto á decir hasta qué punto ha sido vencida por los dos autores cuyas obras examino. En ambas obras se desenvuelve y llega á final desenlace una acción épica; acción cuyo objeto es, no sólo la regeneración de una nacionalidad decaída, sino algo á modo de salvación ó redención de toda la especie humana, curando sus males, rompiendo las ligaduras que todavía la atan, y derribando ó saltando por cima de los valladares y de los fosos que atajan su marcha hacia la perfección y la bienandanza. Al lado de asunto tan grande, todo cuanto á su resolución no conduzca será pequeño é imperti-

nente. Amoríos, lances domésticos, celos y rencillas apenas se podrán tolerar. Quedarán en segundo término y serán personajes episódicos de poquísima importancia los que no contribuyan á la acción, ora impidiendo, ora realizando su feliz éxito. Hasta de los mismos héroes principales ó protagonistas estará de sobra ó será cansado contar menudencias que no los caractericen mucho ó que no concurran con eficacia al propósito que ellos llevan.

En las dos novelas de que trato aquí, la dificultad queda en parte orillada, porque ocurren los casos en lugar imaginario y en tiempo futuro. No es menester apelar á ninguna inocente falsificación de la historia poniendo muy por cima del héroe histórico al héroe novelesco. No es menester imaginar, v. gr., como Assollant imagina, en una novelita, que confieso me divirtió mucho cuando la leí, que su héroe, el galo Pendragón, es tan eficaz y tan valiente y tan portentoso, que el macedón Alejandro era á su lado un pelele, y jamás sin Pendragón hubiera derrotado á Darío, ni conquistado el Egipto, la Persia y tantas otras regiones del Asia.

Los héroes de los Sres. Ledesma y Ortiz de Pinedo no compiten, por dicha, con ningún Alejandro. Ellos son ó aspiran á ser los Alejandros del porvenir, ó mejor dicho, los salvadores, los redentores, y ya que no los Mesías, los aspirantes á Mesías, aunque á la postre desengañados y hundidos. Se llaman tales héroes, el del Sr. Ledesma, Canuto Espárrago, y el del Sr. Ortiz de Pinedo, Salinas.

Digamos algo primero de Canuto Espárrago, y dejemos á Salinas para tratar más tarde de su vida y de sus proezas.

La posición social en que Espárrago se halla desde que nace es muy superior á la de muchos que en España, durante todo el siglo XIX, se han elevado á las más altas dignidades, predominando como jefes de partido ó como jefes de Gobierno. El novelista concede además á su héroe grande entendimiento, mayor firmeza de voluntad, noble ambición, notabilísima elocuencia escribiendo y hablando, y extraordinarios conocimientos científicos y todas las demás prendas que conviene tener para sobreponerse á los demás hombres y gobernarlos.

Si no lo logra, á pesar de tantas excelencias y virtudes, el recto y desapasionado juicio nos induce á pensar que no ha de ser por causa de un organismo social tan defectuoso y perverso que impide que los buenos se eleven y que sólo aúpa á los pillos y á los tontos.

En un país como el nuestro, donde, desde hace más de un siglo por lo menos, no hay privilegio alguno de clase, ni escala por donde cualquiera no pueda ascender, es absurda la suposición de que alguien no asciende porque el organismo social ó político aparta la escala de sus pies y de sus manos.

Ni puede afirmarse tampoco que un partido predominante tiene sólo los medios de subir y los presta á las personas que se han alistado en sus filas, haciendo la ascensión imposible para los

otros. Larga serie de pronunciamientos y de revoluciones han dado entre nosotros el poder á los partidos todos. Serviles y liberales, ultracatólicos, católicos y librepensadores, monárquicos y republicanos, han prevalecido sucesivamente. Los capitanes ó adalides de cada parcialidad han podido subir por lo tanto, y han subido á la cumbre. Si no han resplandecido en ella, para bien de la patria y de la sociedad toda, no será, pues, por su corto valer, sino por otras causas. El corto valer de ellos será absoluto, pero no relativo. Nadie me convencerá, por mucha sociología que sepa, de que en un país donde se han cambiado ó reformado muchas veces las constituciones y las leyes orgánicas, donde no hay parcialidad que no haya estado en el poder, y donde para conquistarle hay la más amplia y licenciosa libertad de pensamiento y de palabra hablada, escrita, impresa y divulgada por todos los medios, sólo los tunantes, los necios y los mal intencionados suben, y siempre los virtuosos, los rectos, los justos y los bien intencionados se quedan en el fondo. ¿Qué organismo social es éste, radicalmente contrario á toda virtud, á toda honradez, á toda justicia y á toda decencia?

Yo para mí tengo que nuestra enfermedad no procede de que exista tal organismo, sino de la negra manía que va extendiéndose y haciéndose epidémica de que tal organismo existe, y de que es menester derribarlo todo para que el bien surja de entre las ruínas, y para que la nueva Jerusalén descienda hermosísima y brillante de las al-

turas, cuando todas las impurezas que ahora inficionan el mundo se extirpen de él con hierro y se cautericen con fuego.

Como medio para escribir sátiras, como recurso para producir el terror trágico en obras de entretenimiento, en novelas y dramas, acaso puedan aceptarse tan pesimistas afirmaciones. Aceptémoslas como figuras retóricas de mucho efecto, pero guardémonos bien de tomarlas con seriedad. Tomémoslas como desahogo de nuestro mal humor; como murmuración omnímoda, que no deja persona ni cosa fuera de su alcance, y con la cual procuramos mitigar un dolor con otro dolor, como el que, excitado por un terrible dolor de muelas, se mesa las barbas ó se arranca el pelo á tirones.

De que la mencionada manía se ha hecho general, han dado curioso testimonio los Sres. Pérez Galdós, Benavente, Villegas, Laserna y Dicenta en un documento recientemente publicado: en el fallo sobre las 275 comedias presentadas en el certamen de *El Liberal* y examinadas por dichos señores. «Adviértese—dicen—en la mayor parte de las obras dramáticas presentadas á este concurso, un franco espíritu de rebeldía contra la organización social existente.»

En la historia de Canuto Espárrago, este franco espíritu de rebeldía llega al último extremo. Nada hay en dicha historia que no aparezca podrido. El organismo social tiene la culpa de la podredumbre.

La sátira empieza por la administración de jus-

ticia. No hay sentencia de los tribunales que no sea inicua. Canuto, sabio jurisconsulto y elocuente abogado, defiende pleitos justísimos y los pierde, porque los ganan, y no pueden menos de ganarlos, los que defienden la maldad y luchan contra toda razón y derecho.

Si la administración de justicia anda tan mal en la historia de Canuto, la instrucción pública anda mucho peor.

Barbas tristes, amigo de Canuto, Pílades de tan sublime Orestes, es un pozo de ciencias naturales. Tanto ó más de lo que sabe Canuto sobre la sociedad, sobre la política, en suma, sobre el espíritu humano, sabe Barbas tristes sobre la naturaleza material del hombre: sobre Medicina en todos sus ramos y especialidades. Barbas tristes toma parte en las oposiciones á una cátedra del Colegio de San Carlos. Su inmensa sabiduría deja turulatos á los jueces, que no pueden menos de darle el primer lugar en la terna; pero, por debilidad, consienten en poner también en la terna á un recomendado del ministro, que no dió palotada, y este recomendado se lleva la cátedra, dejando al sapientísimo médico con las barbas más tristes que de ordinario.

En la esfera política todavía se halla todo más corrompido. Una endiablada red de infames tramoyas falsifica el sufragio. La Representación nacional es mentira. No hay diputado que venga á sentarse en el Congreso por voluntad de los electores. Todos vienen porque los ministros mandan ó permiten que vengan. Canuto quiere y se pro-

pone una vez ser diputado independiente por su misma ciudad natal, donde era querido, respetado y admirado. La inevitable derrota sobreviene, no obstante, porque el Gobierno no le ha sostenido.

Si al fin logra Canuto ser diputado, es por un milagro de la ciencia de Barbas tristes. Un ministro tiene un cáncer en las tripas. Nadie puede curarle sino Barbas tristes, que es un cirujano estupendo. Barbas tristes se presta lleno de caridad á hacer la cura: abre el vientre del ministro, corta con pulcritud lo dañado, empalma ó enchufa luego primorosamente las tripas sanas, y á los pocos días queda el ministro como nuevo, después de tan maravillosa operación. En pago de ella, sólo pide el operador que Canuto sea diputado. Así, y sólo así, logra Canuto ir al Congreso. De aquí se infiere que cuantos al Congreso hemos ido, antes y después de Canuto, y sin operación quirúrgica que mueva á un ministro á tan notable acto de gratitud, hemos sido falsos representantes del pueblo, elegidos por capricho ministerial y merced al encasillado, á la tiranía de los caciques y á larga ristra de atropellos, embustes y bellaquerías.

Canuto, diputado ya, aspira á reformarlo todo. En la discusión del Mensaje presenta una enmienda y la defiende. Demóstenes y Cicerón no pronunciaron jamás discurso más bello y más rico de verdades que el que Canuto pronuncia. Prolijo sería exponer aquí, en resumen, el flamante derecho político que Canuto explica en su discurso, anhelando que reemplace al derecho político vigente.

Si Canuto no insultó ni á los conservadores, ni á los liberales monárquicos, ni á los republicanos tampoco, limitándose á sostener que la organización social y política era mala y que convenía desbaratarla para crear otra nueva, yo doy por seguro que nadie se hubiera enojado contra Canuto. Todos le hubieran admirado por su rara elocuencia; le hubieran tenido por un soñador interesante y ameno, y hasta le hubieran aplaudido estrepitosamente como se aplaude en el teatro á un gran cantor ó á un eminente trágico; como hemos aplaudido muchas personas, y yo entre ellas, sin aceptar sus doctrinas y considerándolas *música celestial*, ya á D. Juan Donoso Cortés, ya á Don Emilio Castelar, ya á otros.

El furor que según el novelista excitó Canuto, es completamente inverosímil, á no presuponer que Canuto se desató en injurias, y, como vulgarmente se dice, se desvergonzó ó despotricó contra todo el mundo. Y aun así la universalidad del agravio hubiera, en mi sentir, diluído y disipado su amargura. Si echo un grano de acíbar en una copa, ¿quién no repugnará beber el agua que la copa contiene? Pero si echo el mismo grano y hasta veinte y treinta en un inmenso aljibe, todos seguirán bebiendo de aquel agua y hasta quizás la encuentren más sabrosa. Repito, pues, que el furor que suscita Canuto con su discurso carece de verosimilitud. Lo verosímil hubiera sido que le tuvieran por loco, que le admiraran por elocuente, y que nadie hubiera hecho caso de sus razonamientos y conclusiones por inaplicables en la práctica.

Como quiera que ello sea, Canuto, á pesar de sus creencias religiosas y morales que condenan el duelo, se ve empeñado en un combate singular, y recibe una grande herida en la cabeza de la que le cura Barbas tristes.

De su cruel desengaño nadie le cura. La organización social y política es contraria á toda virtud, á todo bien y á toda decencia. Y como Canuto no puede por sí solo desorganizar la sociedad y reorganizarla á su gusto para que el bien, la virtud y la decencia triunfen, renuncia la diputación, se retira á su ciudad natal y después al campo, donde le dejaremos descansar por ahora, para que descanse yo de hacer este resumen y para que descansen también mis lectores.

III

Huérfano ya Canuto de padre y madre, y desengañado de la política, se retira á vivir en un cortijo, su única herencia.

El desengaño de Canuto no es humilde, sino soberbio. Es en todo contrario al del héroe de otra novela, recientemente publicada, y cuyo título es *El porvenir de Paco Tudela*. También éste, estimulada su ambición por su madre, como por su padre la de Canuto, anhela, escribiendo libros y artículos y perorando en el Parlamento, gobernar, dirigir y mandar á los demás mortales; pero reconociendo, al cabo, que no sirve ni vale para

tamaña empresa, se aparta de la vida pública, emplea su actividad en negocios caseros, toma por mujer á una excelente muchacha, y es muy dichoso en el seno de su honrada familia. De esta suerte, *El porvenir de Paco Tudela*, obra escrita por el joven D. Mauricio López Roberts, sobre ser de muy grata é interesante lectura, contiene una lección moral, no áspera, sino dulce y suave, contra las ambiciones presuntuosas.

Canuto, en cambio, no cree en su ineptitud. La sociedad mal organizada tiene toda la culpa de su derrota. Nuestro héroe, sin embargo, posee la más noble entereza de carácter, y sin abatirse ni postrarse bajo la invencible tiranía del destino, se conforma con cuanto sería insensato no conformarse, y busca otra palestra donde haya para él esperanza de triunfo y camino de mayor extensión y de más rodeos para lograr sus fines, pero con menos obstáculos y tropiezos que el atajo por donde antes iba.

Canuto, en suma, se propone realizar en pequeño las benéficas reformas sociales que había soñado realizar en grande. Su cortijo deberá convertirse en un modelo en miniatura de la sociedad humana perfeccionada; en algo real que supere en bondad y belleza á lo ideado por Tomás Moro en su *Utopia*, por Campanella en su *Ciudad del Sol*, por Cabet en su *Ioaria* y por Fourier en su *Falansterio*.

Canuto logra realizar tan excelente propósito. Para ello cuenta con un poderoso auxilio de que no supieron ó no pudieron valerse otros reforma-

dores. Cuenta con una metafísica elevada; con un dogma religioso que sostiene y realza la dignidad del hombre y es el más firme fundamento de la ley moral. Así como el agua se levanta atraída por el ardor del sol, y luego se derrama en bienhechora lluvia fecundando los campos, así el amor sube al cielo, llega hasta el Supremo Bien, que es su objeto digno, y se difunde luego sobre todos los seres humanos, hechos, según la alta creencia, á imagen y semejanza del Dios á quien ama y adora.

Informada por un puro y fervoroso cristianismo, compuesta de hombres y mujeres virtuosos, inocentes y creyentes, ¿cómo no había de prosperar la colonia de Canuto? Dirigida por él, y adoctrinados y morigerados los colonos por un venerable siervo de Dios, por un cura modelo, dechado de bondad y foco encendido de cuantas son las virtudes teologales y cardinales, la colonia de Canuto fué, y no pudo menos de ser, una deliciosa, pacífica, cristianísima y ejemplar Arcadia. Canuto, casado con Angelita, que es un ángel, se nos muestra con ella como clarísimo y limpio espejo en que todos se miran y que procuran imitar todos.

Lo que de todo ello se infiere es que D. Antonio Ledesma, autor de la historia que vamos examinando, es un verdadero poeta. En la creación y en la descripción de su colonia muestra el vigor y la hermosura de su fantasía, y vierte su inspiración poética á raudales; pero nada prueba ni en pro ni en contra de ésta ó de aquella organización social.

Si algo prueba, es que el sér bueno ó malo de cada organización procede, no de la organización misma, sino de los elementos que se han unido para componerla.

Aun así, no tarda en reconocer Canuto que la justicia y la caridad no bastan para fundar sobre cimiento sólido su sociedad perfecta, su ideal república. La fuerza es también indispensable elemento, y lo será mientras dure el estado de gestación de que habla el sabio que ya hemos citado, y mientras no pasen los catorce mil y quinientos años que según dicho sabio han de pasar antes que nazca la humanidad colectiva.

Entre tanto, no es posible ni lícito el aislamiento. El país de los mahatmas, unas Batuecas bien ordenadas, son ensueños vanos. El Paraguay del Dr. Francia, aunque hubiese llegado á un punto de civilización admirable, hubiera sido egoísta.

La colonia de Canuto, llamada Miravilla, empezó á perderse porque el egoísmo no la sostuvo. La falta de fuerza acabó de realizar su perdición.

Los colonos se habían creado una preciosa patria chica, pero no acertaron á prescindir de la patria grande.

Las nuevas de un espantoso y humillante desastre llegaron hasta ellos. España había perdido cuanto conservaba aún de su inmenso imperio en América y en el Extremo Oriente. La dulzura del idilio empalagó á Canuto y á cuantos con él vivían, y todos se alborotaron y atormentaron pensando en la imposibilidad de volver á la epopeya heroíca, poniendo fin al idilio de que gozaban.

Las diatribas crueles que lanza el Sr. Ledesma en esta ocasión nada tienen de idílicas, y, en mi sentir, nada tienen de justas tampoco.

Sin duda que es más cómodo y menos expuesto á enojar á nadie el afirmar que nadie tiene la culpa, porque todos la tienen. Revolverse con furia contra alguien declarándole culpado, podrá ser valentía, pero sin fundamento ni juicio.

Aunque echemos la culpa de nuestros infortunios y de nuestra decadencia á los malos gobiernos, la dificultad queda en pie, queda sin explicación el fenómeno. Demos por cierto que los gobiernos son y han sido malos. ¿Pero por qué no han sido buenos? ¿Cómo creer en esa red endiablada de engaños administrativos, de corrupción y de caciques que impide que los héroes, los sabios, los eminentes políticos y los acendrados patriotas se queden siempre obscurecidos y hundidos, y sólo la hez llegue á lo alto, prevalezca y mande? Por el contrario, aunque sea doloroso tener que decirlo, apenas hay ni hubo nunca organización social que no eleve á los mejores, ó si se quiere á los menos malos. D. Rodrigo, con todos sus pecados, y cuantos con él combatieron á orillas del Guadalete, valían más que los otros visigodos; y Haroldo y cuantos combatieron con él en Hastings valían más que los otros anglo-sajones; y Constantino Paleólogo y los valientes que le rodeaban y seguían, muriendo con no menor gloria, abnegación y sacrificio que Leónidas y los trescientos esparciatas, valían mil veces más que todos los otros bizantinos, griegos y romanos del

Bajo Imperio. No hay organización, por tiránica y viciosa que sea, que sólo consienta la elevación de los viles y que ataje á los sabios y á los héroes en su subida. ¿Qué mayor tiranía que la del Imperio de Roma? ¿Qué mayor corrupción que la de entonces? Y, sin embargo, Trajano y Marco Aurelio pudieron ser emperadores.

Me inclino, pues, á creer que si no aparecen Marco Aurelios y Trajanos es porque no los hay, no porque la organización social les corte las alas; ó bien, si los hay y se elevan, es porque la indisciplina, la carencia de fe y de respeto á toda autoridad, y la desconfianza y el encono de parcialidades opuestas, impiden que Marco Aurelio y Trajano hagan nada bueno, y ya los arrojan del poder, ó ya los obligan á consumir todas sus fuerzas y virtudes en defenderse y sostenerse para que no los derriben. No es la mala organización social, es la depravada condición de los hombres la que iene la culpa de todo.

En los gobiernos de nuestros días es más clara y evidente la verdad de lo que digo. Los furores del Sr. Ledesma contra los más eminentes hombres de Estado que hay y que recientemente ha habido en España, y las horribles caricaturas que de ellos hace, ocultando apenas su realidad histórica bajo un antifaz ligerísimo y con un apodo burlesco, carecen de todo racional fundamento. El voto de sus conciudadanos, el entusiasmo público, el aplauso y el favor de una gran parcialidad ó el empeño decidido de las personas más enérgicas é inteligentes, son las fuerzas invencibles que

los han elevado hasta la altura en que se hallan. Si en dicha altura valen poco, es porque no pueden valer más en dicha altura. Acaso una sociología muy profunda, acaso una filosofía de la historia muy alambicada y sutil, explique el caso satisfactoriamente. Lo que es el Sr. Ledesma dista mucho de explicarle con la endiablada red de caciques y con las demás supuestas ó exageradas tramoyas de conservadores y sagastinos que en turno pacífico se suceden en el mando, y que no sabemos por qué prestan influencia y participación á los republicanos en todos sus abusos y maldades. El odio del Sr. Ledesma á los republicanos y á su jefe es mayor aún que el que muestra tener á los sagastinos y á los conservadores. No puede ser más tremendo lo que de ello deduce. Según él, es indispensable la piqueta; es necesario derribarlo todo, para edificar la ciudad nueva sobre las ruínas.

El pío lector de la novela del Sr. Ledesma y de no pocos libros por el estilo que se escriben hoy, podrá y deberá sacar muy distinta consecuencia de tal lectura. La consecuencia que podrá y deberá sacar es que la subordinación social está perdida en España, que cada cual delira á su modo, que el desorden y la anarquía están en los corazones y en las inteligencias, y que no es revolución lo que conviene, ni siquiera reformas y modificaciones legales, sino que se cumplan las leyes hoy vigentes y que haya un poder bastante brioso para conservar el sosiego público y hacer quela libertad de cada cual no traspase los límites con que la libertad de los otros la circunscribe.

Mientras esto no se realice, medítelo bien el señor Ledesma, aunque vengan á gobernar á España varones tan ilustres como Cavour, que funda la soñada durante siglos y en vano deseaba unidad de Italia, ó como Bismarck, que vence al Imperio de Austria y al de Francia y crea el nuevo y poderoso Imperio germánico, estos varones se achicarán y se consumirán y quedarán reducidos entre nosotros á las míseras y ruínes proporciones del Vitroque, del Tirabeque y del Salomón, *tenebrudo*, hipócrita y pedante, de quienes tanto se burla y maldice.

La otra causa de la destrucción de la colonia de Canuto es la perversa organización social de la patria grande en que la colonia está enclavada. Los sagastinos envían á la colonia juez municipal, alcalde y ayuntamiento que la saqueen; la envuelven en su red administrativa para que muera ahogada, y le adjudican un maestro de escuela librepensador para que pervierta á hombres y mujeres, los desmoralice, los despoje de la esperanza, de la luz y del consuelo que dan las creencias religiosas, y siembre entre ellos odios y discordias. El anticlericalismo aparece pintado por el Sr. Ledesma con los más negros colores. Una piadosa procesión, que sale por medio de aquellos fértiles campos, acaba á palos y á pedradas, como el rosario de la aurora. El señor cura, que predica para conservar la fe cristiana entre sus feligreses, es acusado de obscurantista y de enemigo de las instituciones, y se le forma causa. Los sagastinos excitan la ira anticlerical para que frailes y cléri-

gos sean tenidos por causadores de nuestras malas andanzas y de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y queden á salvo los gobiernos como inocentes de tantos males.

En suma: la situación es más intolerable cada día. Sólo una revolución social que subvierta por completo lo establecido y arranque de cuajo leyes, instituciones y cuanto sirve de base á la corrompida sociedad actual, puede salvarnos y echar los cimientos de la sociedad nueva.

Aquí puede afirmarse que termina la novela de lo presente y que empieza la novela profética ó del porvenir.

La energía y la facilidad del estilo del Sr. Ledesma, la viveza y la gracia de su imaginación y el raro talento con que está trazada y desenvuelta toda su fábula, merecen, á mi ver, que la celebremos por divertida y por interesante, aunque nos parezca frenéticamente apasionada en muchas ocasiones. La tal novela, además, sería perjudicialísima si alguien tomase por lo serio las amargas censuras que hace y las doctrinas antisociales que propaga, y si no lo considerase todo como una satírica y vehemente cáfila de exabruptos en que desahoga el Sr. Ledesma su mal humor, su despecho y su patriotismo lastimado.

La parte profética de la novela *Canuto Espárrago* contiene puntos tan importantes y curiosos, que bien merecen artículo aparte, aunque nos expongamos á cansar á nuestros lectores.

IV

Al ir á tratar de la novela del Sr. Ledesma cuando toma ya carácter de profecía, casi me arrepiento de haberme empeñado en asunto tan dificultoso. Por la gracia y viveza del estilo, por la variedad de los lances que cuenta, y por la novedad inaudita de no pocos de dichos lances, el señor Ledesma es digno de todo elogio. Su novela se lee con agrado. Lo que no interesa ni conmueve, porque se aparta mucho de la realidad, logra por lo menos divertirnos y sorprendernos.

A primera vista hay, no obstante, en esta novela cosas tan extrañas, que el recto juicio, en vez de aceptarlas, las condenaría por malsanas y absurdas, si no apelase á un recurso algo sutil: á interpretar tales cosas, ya como símbolos y alegorías en que la verdad se envuelve, ya como invenciones de refinadísima ironía con las que realmente se reprueba lo que en apariencia se aplaude.

En suma: para el examen y aprecio de la novela del Sr. Ledesma, no basta la crítica ordinaria: es menester valerse de algo parecido á la aguda hermenéutica de los expositores de libros sagrados. Es menester distinguir en la historia de Canuto Espárrago diversos y aun opuestos sentidos; cuatro por lo menos: el literal, el moral, el

alegórico y el anagógico, recordando el dístico, tan conocido en las escuelas, que dice como sigue:

Littera gesta docet, quid credas allegoria;
Moralis quid agas: quod tendas anagogia.

Vencido Canuto en su lucha contra la organización social existente, se diría que el Sr. Ledesma declara ineficaces todas las ciencias morales y políticas que Canuto posee. En cambio, el porvenir del mundo, la regeneración del humano linaje, la posible bienaventuranza terrestre, todo se deberá á las ciencias naturales y exactas. Barbas tristes, el admirable médico, químico y naturalista, irá logrando con paciencia y lentitud, pero con seguridad también, la ventura de los hombres. En el laboratorio de Barbas tristes se prepara la redención de los mortales y se confecciona el elixir de salud y de vida. Así como se ha descubierto la vacuna contra las viruelas, se seguirán descubriendo é inventando otros mil medios profilácticos contra diversas enfermedades: inyecciones hipodérmicas de sueros y de otros específicos que nos pondrán á salvo de todo mal. La cirugía, sin dolor apenas, merced á anestésicos exquisitos y salubres, nos arreglará interiormente cuanto convenga arreglar en nuestras entrañas, como arregla la máquina de un reloj un hábil relojero. No bien todo esto se consiga, nadie se morirá de enfermedad; casi no habrá dolor físico, y la gente se morirá con mucha suavidad de puro vieja. Para evitar el inconveniente de que los sujetos enclenques

y cacoquimios, conservados en vida por la Cirugía y la Medicina, procreen y hagan degenerar la especie humana, no se permitirá el casamiento sino á los sanos y robustos.

Para conjurar el peligro con que Malthus y otros economistas nos amenazan, de que la población crezca demasiado y de que no haya comida para todos, Barbas tristes está disponiendo ya lo que conviene. Malthus no verá cumplidas sus ominosas previsiones, sin que sean menester las guerras y las epidemias, espantosas válvulas de seguridad que aminoren el número de los seres racionales, para que estén á sus anchas los que queden vivos.

La substancia, la materia, ó como queramos llamarla, es única por lo visto. Los átomos son indestructibles, y son también idénticos. La variedad de las cosas procede de las diversas maneras en que los átomos se agrupan y se combinan. Las cosas vienen á ser siempre lo mismo, aunque en estados alotrópicos diferentes. Toda transmutación es ya posible y pronto será llana: del barro saldrá oro, del carbón diamantes y de lo inorgánico lo orgánico. Barbas tristes ha adelantado ya mucho por este camino. De creer es, por consiguiente, que dentro de poco se producirán rápida y químicamente suculentos manjares y deliciosas bebidas, en cuya comparación nada valdrán el néctar y la ambrosía con que los gentiles soñaron, ni el maná que alimentaba á los israelitas en el desierto. A mucho menos costa que podemos ahora proporcionarnos una maquinilla para co-

ser, otra para escribir, un fonógrafo ó una caja de música que ejecute las más bellas sonatas de Mozart, de Bellini ó de Wagner, adquiriremos un ingenioso aparato que transforme los cuerpos más groseros, insubstanciales y desabridos en algo más grato al paladar y más alimenticio que el salmón á la chambord, el chateaubriand con trufas ó el pastel de liebres, de perdices ó de faisanes.

De lo dicho resultará que éste nuestro globo terráqueo vendrá á ser una inmensa Sibaris: una vasta y deliciosa ciudad de Jauja.

Por desgracia, no se ganó Zamora en una hora. Acaso se requieran aún dos ó tres siglos para que llegue el momento de que tan gratas profecías se cumplan.

Entre tanto, ni el Sr. Ledesma ni los demás españoles, según él se los imagina, podrán seguir aguantando el turno pacífico de conservadores y fusionistas, la estupidez y la insolencia de sus jefes y las tropelías y maldades de sus caciques. Los republicanos serán más inaguantables aún. El señor Ledesma los aborrece más que á los hombres de los otros partidos. Salomón, jefe principal de los republicanos, es blanco perpetuo de la ira y de las burlas del Sr. Ledesma.

El pueblo español pierde, al fin, la resignación y los estribos. No quiere aguardar el advenimiento de la ciudad de Jauja. La revolución social sobreviene. El Estado, si algo que puede llamarse Estado, persiste, queda libre de deudas, merced al ingenioso arbitrio de no pagar á los acreedores. Toda propiedad privada termina. Nadie vive en

la holganza; quien no trabaja no come. Ya no hay dinero. No hay más que vales de consumo. El pueblo conserva su soberanía y no la delega. No hay ejército ni marina. El gobierno ó los ministros vienen á ser como unos humildísimos criados de cualquier obrero.

El Sr. Ledesma confiesa que en un principio, y para que tan rápido cambio se realice, se cometen no pocas atrocidades; pero muestra también cierta vaga esperanza de que todo éntre en orden y en concierto y de que el bienestar general se logre al cabo.

Lo que más se opone á ello es la solapada picardía de Salomón y de los otros republicanos exkrausistas, que ó se fingen partidarios del socialismo para apoderarse del mando, ó, emigrados en tierra extranjera, trabajan é intrigan con fusionistas y conservadores, á fin de que la república social, establecida gloriosamente en nuestro país, tenga desastrado remate, por virtud de una intervención armada.

Tan pícaro propósito se consigue por último. En esto me parece que no es el Sr. Ledesma falso profeta. Tales pudieran ser nuestras locuras y nuestros desórdenes, que el caso de la tal intervención se realizara.

Lo que es en la novela, en la ficción ó en la prefiguración profética, el caso se realiza.

Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia envían ejércitos y escuadras á meternos en costura y á tomar cada cual, en pago del servicio que al restablecer el orden nos hacen, una buena porción

de nuestro territorio. Vamos á perder las Canarias, las Baleares y no pequeña parte de Galicia y de Andalucía. ¿Cómo resistir inermes á las fuerzas abrumadoras que se nos vienen encima?

Aquí el Sr. Ledesma imagina la más estupenda diablura, que bien pudiéramos decir que nadie había imaginado antes, si antes no la hubiera imaginado Ernesto Renan.

Este discreto pensador y elegante estilista asegura en no pocos lugares de sus escritos que el vulgo, cuando desecha por completo todo freno religioso, la creencia en Dios como fundamento de la moral, y el miedo á la pena en que incurre quien á la moral no se somete, viene á transformarse en chusma desaforada, turbulenta y llena de brutales apetitos. Para refrenarla acude nuestro sabio á un prodigioso expediente. Supone posible la congregación de los doctos: una aristocracia misteriosa, en cuyo seno se cultiven y progresen doctrinas científicas que la plebe ignore por completo; algo parecido á lo que los filósofos griegos llamaron doctrinas *acroamáticas*, que, según Aristóteles, sólo podían comprender, y comprendían, los iniciados; doctrinas que nunca se daban por escrito, para que no se divulgasen, sino que sólo se transmitían por auricular enseñanza. En virtud de tales doctrinas, la congregación de sabios imaginada por Renan dispondría á su gusto de ineluctables é ingentes fuerzas naturales, y tendría á raya á la indómita plebe, amenazándola ó castigándola en caso necesario con terremotos, epidemias, huracanes, ciclones, centellas, rayos y

otros feroces meteoros. Los sabios *acroamáticos* de Renan imitarían así, gracias á su fecunda ciencia, los más aterradores milagros de las antiguas edades: las doce plagas de Egipto; la lluvia de fuego que destruyó á Sodoma; la negra sima que se tragó á Coré, Datán y Abirón con todos sus secuaces, y la flamígera espada del ángel exterminador, que dió muerte á ciento ochenta y cinco mil asirios del ejército de Senaquerib en una sola noche.

Discípulos de Barbas tristes, en no corto número, no quieren ser menos que los sabios que Renan imagina. La intervención armada, en el caso que el Sr. Ledesma nos representa, tiene, á mi ver, completa justificación: lo declaro con franqueza. Es menester sofocar el incendio para que no se propague, y sujetar por fuerza al desgobernado y anárquico. En general, no obstante, la intervención armada es odiosa: es tiránica la violencia ejercida por los poderosos contra los débiles. Impulsados los débiles por la desesperación, apelan á tan abominable recurso, que ninguna persona honrada puede aprobarle. Aunque sea merecido, no es lícito, sino criminal, lo que hacen. Y como tampoco parece posible, sino fantástico y soñado, á modo de infernal pesadilla, debemos suponer que cuanto el Sr. Ledesma finge que hacen los discípulos de Barbas tristes es un chiste *macabro* para conmovernos y aterrorizarnos. Los tales discípulos se esparcen con disimulo por los países que nos mueven la guerra, y penetran en los campamentos y en las naves de nuestros invasores. Y por todas partes, en el aire, en el agua, en los ali-

mentos y en las ropas, derraman multitud de microbios que llevan encerrados en ampollitas y tubitos de vidrio, y producen y propagan el cólera morbo, la fiebre amarilla, la peste bubónica y el tifus exantemático, ó dígase tabardillo pintado. Castigadas así las naciones que se coligaron en nuestro daño, tienen que pedirnos humildemente la paz. La España comunista queda triunfante. Y además, merced al diabólico recurso de que nos hemos valido, todo el mundo reconoce la inutilidad de grandes ejércitos permanentes, de formidables escuadras, de acorazados, torpedos y enormes cañones, y se procede á un desarme general comodísimo y barato.

Triunfante la revolución social, Canuto Espárrago la encarrila muy bien: es su principal legislador y su ministro. Pero Dios no quiere, sin duda, que el delito de los discípulos de Barbas tristes quede impune. Los microbios que derramaron sobre los invasores se ceban en los invadidos. En la ciudad natal de Canuto Espárrago hay una peste bubónica extraordinariamente mortífera. Hombres, mujeres y niños perecen á centenares. Aquí, la glorificación del cristianismo. Los librepensadores, sobre todo los republicanos, huyen, se esconden ó se aislan llenos de miedo; el Obispo, los clérigos, los frailes, las monjas y las hermanas de la Caridad cuidan y consuelan á los enfermos y entierran á los muertos. Barbas tristes y Canuto acuden á su ciudad natal, y auxiliados por sus santas y legítimas mujeres, hacen mil y mil milagros de abnegación caritativa.

Cesa, por último, la peste, y se canta el *Tedeum;* pero al salir de la magnífica catedral en que el *Tedeum* se ha cantado, un pícaro librepensador, discípulo de Salomón, republicano y ex-krausista, mata á Canuto de una certera puñalada.

Ya se infiere, aunque el Sr. Ledesma no lo dice claro, que el admirable y benéfico comunismo católico, tan lindamente arreglado por Canuto, se vuelve merienda de negros, permítaseme lo vulgar de la frase.

¡Quién sabe lo que podrán deducir otros al leer la novela del Sr. Ledesma! Lo que yo deduzco es que la tal novela es un disparate divertido, cuyos dos gruesos tomos se leen, no con fatiga, sino con deleite. Y la consecuencia que yo saco es que la vigente organización social, por mala que sea, es menos mala que cualquiera otra, y que lo más discreto, acertado y juicioso es resignarse y sufrir no pocas desventuras, para lo cual las altas creencias religiosas pueden y deben fortalecer nuestros espíritus, infundiendo en ellos la paciencia, la esperanza y el amor del prójimo, y de Dios, sobre todo.

Será vileza que no acierte á cohonestar la humildad cristiana el sufrir injurias, injusticias y afrentas de hombres que podemos evitar, rechazar y castigar; pero sería el más insano de los delirios el revolverse contra el orden natural prescrito por la Providencia benéfica, ó por el hado inexorable.

¿Cómo no creer en el progreso? La civilización ha mejorado no poco lo material de las cosas y la

moral de las personas. Debemos creer y esperar que todo siga mejorando. No hemos de negar por eso que hay en el día una dolencia gravísima que se extiende por todos los pueblos, que inficiona todos los espíritus y que se refleja en todas las literaturas. Somos sobrado descontentadizos y quejumbrosos. La poesía, el drama y la novela no se empeñan en pintar las cosas mejores, sino mucho peores de lo que son. Nuestra furia, nuestro enojo, ya contra la sociedad mal organizada, ya contra el mismo Dios, condenándole ó negándole, suelen rayar en frenesí.

Yo creo que, á fin de templar esta furia, la risa y las burlas tienen más eficacia que los razonamientos. No se extrañe, pues, la escasez, cuando no la falta de seriedad, con que hemos tratado la historia de Canuto Espárrago.

Muchos libros no menos pesimistas, aunque no tan ingeniosos, se escriben en el día. Tal vez me decida yo aún á discurrir sobre algunos. Por lo menos discurriré sobre la novela *Oriente*, de Don Adelardo Ortiz de Pinedo, aunque me he extendido ya en demasía, y temo cansar á quien me lea.

Permítaseme, no obstante, escribir un quinto y último artículo sobre tan enrevesada materia.

V

Los libros terapéuticos ó regeneradores abundan más cada día. El fin que se proponen es curar ó regenerar, ya solamente á España, ya á cuantos son los pueblos de raza latina, ya á la humanidad entera. La cura ó la regeneración no se comprende sin que antes se afirme que todos los seres humanos, y en especial los neolatinos, y muy singularmente los españoles, estamos enfermos ó degenerados.

Si la enfermedad ó la degeneración proviene de un organismo social vicioso ó de causas más hondas y más independientes de la voluntad humana, es cuestión gravísima sobre la cual se muestran los escritores confusos y divididos.

En lo que convienen los más es en pintar la vida con tan negros colores, que la contemplación de la pintura desespera y da ganas de ahorcarse, y hasta al hombre más animoso y alegre le mete el corazón en un puño.

Necesario es catar la herida, examinarla con mucho detenimiento antes de ponerse á curarla; pero tal examen me parece más propio de una disertación facultativa que de obras de poesía, de pasatiempo ó de amena literatura. Entrar en un poema, en una novela ó en un drama en ciertos pormenores asquerosos ú horrendos, deteniéndose en ellos demasiado, es imitar á aquel joven es-

tudiante de Medicina que en una comedia de Molière se empeña en obsequiar á su novia, llevándola al anfiteatro á ver la disección de un cadáver ó por lo menos alguna tremenda operación quirúrgica.

Sin duda que lo trágico y lo lastimoso no pueden ni deben desecharse de la obra artística; pero conviene que esto sea para que la luz de las virtudes, de la belleza y de la sublimidad del alma humana se muestre y resplandezca mejor sobre el fondo obscuro del cuadro. Claro está que sin feroces tiranos no habría mártires que por no adorar los ídolos sufriesen los mayores tormentos, ni habría héroes que rompiesen las cadenas y libertasen al pueblo de la tiranía. El poeta ó el novelista me parece á mí, con todo, que no debe persistir mucho en la pintura de los crímenes, abominaciones y miserias, sobre todo cuando no acierta á contraponerles acciones nobilísimas de valor y fuerza ó santa resignación y conformidad con los designios del cielo.

No conviene tampoco exagerar lo malo, echárselo en cara á quien no estemos muy seguros de que lo causa y abrumarle con insultos declamatorios. Ya advirtió algún crítico que los tiranos de las tragedias de Alfieri suelen ser dignos de compasión y hasta de admiración, por la paciencia con que aguantan las desvergüenzas de sus tiranizados.

Cuando no hemos podido averiguar con exactitud ni quién produce el mal que padecemos, ni qué remedio hay para que el mal se cure, peca de cruel quien exagera el mal, quien nos aflige con

quejas desesperadas y hasta quien le describe prolijamente. ¿Qué placer estético podrá dar á nadie con tan abominables y feas descripciones? Pasen por lícitas y por convenientes en obras didácticas; pero en las de poesía, en el más amplio sentido de la palabra poesía, son una perversa aberración del buen gusto.

Obra didáctica, por ejemplo, es la escrita por D. Pedro Martínez Baselga y publicada el año pasado, en Zaragoza, con el título de *Patología social española*, ó sea *Las penas del hombre*. Aterrador es el cuadro que de nuestro estado social el Sr. Baselga nos presenta. Los pronósticos son más aterradores todavía: se avecinan sucesos muy sangrientos para nuestra patria y para nuestros hijos. El Sr. Baselga busca el medio de evitarlos. ¿Pero le halla ó no? Aquí está el *quid* de la dificultad. La cuadratura del círculo, el movimiento continuo, la peregrinación de los hombres en cuerpo y en alma desde este planeta á otros, son problemas de más posible resolución que el que se propone resolver el Sr. Baselga, según él le plantea.

Sólo por incidencia trato aquí de su libro, que es muy interesante y curioso de leer; pero como yo trato de novelas y no de ciencia, no me incumbe hacer aquí el análisis de dicho libro, ni menos dar mi opinión sobre lo que afirma ó lo que niega. Le cito sólo para hacer patente la angustiosa situación de muchos espíritus; la manía epidémica, que sirve de base y es además fuente de inspiración de la literatura terapéutica y profética, sobre la que estoy discurriendo.

¿Es tan grave nuestro mal como el Sr. Baselga supone? Yo creo que no. Yo soy ó quiero ser harto menos pesimista. Pero si el mal es tan grave, en mi sentir no tiene más remedio que aguardar con paciencia á que le remedie Dios mismo, dentro del orden inmutable por Dios establecido, ó si se quiere por el destino ó por la naturaleza de las cosas en cuya inmutabilidad, en cuya independencia, esencialmente superior á las voluntades humanas, reconoce el Sr. Baselga y reconocemos todos que hay constante progreso. Esta marcha progresiva es, por cierto, mucho más lenta de lo que en nuestra impaciencia anhelamos; pero no puede negarla quien espiritualmente no esté ciego. Lo que sí puede hacer el hombre en su locura y en el empeño de que la marcha progresiva sea más rápida, es que descarrile y se rompa la máquina que nos lleva, deteniéndonos en vez de adelantarnos en nuestro camino hasta que la máquina se recomponga, entre de nuevo en el carril y se ponga otra vez en movimiento.

En este sentido, soy yo tan conservador y al mismo tiempo tan progresista, que desde hace años me he inclinado á creer que las grandes revoluciones, preconizadas por muchas filosofías de la historia, y encomiadas como causadoras de progreso, han sido causadoras de extravío y de atraso, haciendo vacilar al linaje humano ó á las más gloriosas naciones en su andar firme y recto hacia más luminoso y feliz estado. A mi ver ¿y por qué no decirlo? sin la reforma de Lutero y sin la revolución de Francia de fines del siglo XVIII,

Europa entera y todo el resto del mundo estarían mil veces más adelantados y diez mil veces más sosegados que en el día.

Exagerado ó no, el Sr. Baselga pondera de tal suerte nuestro mal, que si tomamos su ponderación por bien fundada, el mal resulta incurable. Baste decir que una familia de sólo tres personas, con cinco mil pesetas anuales de renta ó de sueldo, vive en España tan ruín y desastradamente, según el Sr. Baselga lo describe, que su modo de vivir nos pone grima y espanto. ¿Qué será, pues, de la familia que sólo tenga mil pesetas ó menos al año?

La miseria y la inmundicia en que se vive en las más bajas capas sociales están descritas con minuciosidad, con ahinco, con enfermiza delectación morosa. No me atreveré yo á sostener que el Sr. Baselga, movido de su pasión, ennegrece el cuadro; que le presta colores más sombríos y más tétrico aspecto de los que el original realmente tiene. Demos por supuesto que todo ese mal existe; ¿pero se sigue de ahí que sea responsable de él la sociedad tal como está organizada, y que una revolución radicalísima, que lo subvierta todo, pueda traer ó precipitar el advenimiento de un porvenir de paz, de abundancia y de ventura para los hombres?

La anarquía no puede producir ni conservar la igualdad. Al contrario, para que la igualdad se produzca es indispensable una violencia enorme, y más indispensable aún es un poder monstruosamente despótico para que esa igualdad se conserve; para que el tonto, el torpe, el desmañado y el

débil logren los mismos goces y bienes que el fuerte, el ingenioso y el hábil.

No poco de comunismo hay en el modo de ser político de las naciones cultas de Europa. No presumo yo de saber ni menos de enseñar estadística; pero, á ojo de buen cubero, me atrevo á presumir que el Gobierno, por medio de contribuciones directas é indirectas, y contando también con las propiedades que tiene y que administra, absorbe más de la tercera parte, tal vez cerca de la mitad de toda cuanta riqueza producen los gobernados con su trabajo, con su inteligencia y con sus capitales. Por tener seguras la posesión y el goce de lo que el Gobierno les deja, consienten sin duda los gobernados en que la mitad, ó por lo menos la tercera parte de lo que producen, se lo lleven los gobernantes. Pero si los gobernantes se lo llevasen todo para repartirlo luego, según cierto sistema socialista ó comunista, por muy sabio que fuese, ¿qué imperio, qué autoridad despótica no tendrían que poseer? ¿Cómo someterían á los que se rebelasen? ¿Qué ambiciones no suscitarían en cuantos anhelaran ser gobierno para hacer el total reparto? Y aun suponiendo que el reparto se hiciese con equidad, ¿comerían todos, estarían mejor alojados y se vestirían todos más pulcra y elegantemente que ahora? Sin estímulo de ganancia, ¿discurriría alguien y se afanaría tanto como hoy se afana para producir la riqueza? El ahorro, suponiendo que le hubiese; el capital, que no sería ya de particulares, sino del Estado, ¿sería fecundo y productivo en manos de los que todo lo dirigiesen?

Yo discurro con el mero sentido común, ayuno de toda ciencia económica; pero si discurro así, es porque trato de novelas y no de ciencias. Basta el sentido común para afirmar, contra todo sistema socialista ó comunista, por alambicado que sea, que no es *anarquista*, sino *panarquista* quien le sigue. Para elevarse por cima de todos los hombres, imponer una absurda nivelación, recoger el fruto del trabajo de todos y repartirle luego, no es posible la anarquía: es indispensable la *panarquía* más espantosa; el más enorme y omnímodo despotismo, sobre todo cuando sólo en nombre de la fría razón se pretenda imponer y conservar el flamante organismo social, sin caridad, sin fundamento metafísico ó religioso en que sostenerle.

La creencia en el progreso ó, mejor dicho, la certidumbre del progreso, porque hay certidumbre de que progresamos, es á mi ver la mejor defensa que hay contra toda veleidad, contra todo prurito, no ya de revoluciones sociales completas, sino de muchas meras modificaciones y parciales reformas.

No recuerdo ahora quién definió la ley, *ratio profecta a natura rerum*. En lo esencial, en lo que persiste, se desenvuelve, florece y fructifica sin desarraigarse nunca, la sociedad está sujeta á esa ley inmutable y eterna, fatal ó divina. Quien trate de derogarla violentamente, se rebela contra Dios, y si no hubiera Dios ó si él en Dios no creyera, se rebelaría contra el inexorable destino.

Al llegar aquí me parece que oigo la voz de Maese Pedro cuando se dirige al muchacho que

explica los títeres y le dice: *No te encumbres, que toda afectación es mala.* Y no porque haya afectación en mi creencia, que es toda sinceridad. La afectación está sólo en el encumbramiento.

No es menester encumbrarse para reconocer lo absurdo, lo irrealizable de todo plan ó sistema de eso que llaman socialismo, comunismo, anarquismo ó nihilismo. El afán de pasar por original, de decir algo de inaudito, tal vez la envidia, tal vez una ambición frenética, engendran en muchos cerebros tales planes ó sistemas. Los menesterosos, los perseguidos justa ó injustamente por la fortuna, aquéllos que la sociedad no ha podido conseguir aún sacar del cieno y de la miseria en que viven, ilustrarlos, elevarlos y hacerlos dignos de ella, exaltados por la desesperación y, fuerza es confesarlo, movidos á veces por el hambre, son los que aceptan y siguen esos sistemas y esos planes.

Ya he dicho que yo concedo poca importancia propagandista á las novelas. No puedo, con todo, dejar de considerarlas como manifestación y síntoma de una manía malsana, de una agitación febril de los espíritus. De aquí la desconsoladora y lúgubre pintura de no pocas de estas obras de arte. Al crearlas luce á veces su autor raro talento de observación, aunque exagere lo malo, y no menor talento gráfico ó representativo, aunque hubiera sido mejor dar á dichos talentos más agradable empleo. Muy útil, pongamos por caso, es para los médicos la *Dermatología* del Dr. Olavide; pero nadie se recrea leyéndola, ni se sirve de sus estampas, donde se ven bien pintadas tantas pupas, ex-

crecencias y roña, para adornar con ellas el salón ó estrado en que recibe visitas y está de tertulia. Un poco pudiéramos censurar en este sentido algunas de las novelas de D. Pío Baroja, como la titulada *La busca*. Es cierto que nuestras antiguas novelas picarescas no solían presentar cuadros más limpios ni de mejores costumbres; pero la época en que se escribieron era más ruda, menos sentimental y nerviosa y harto menos delicada también de paladar y de olfato. La antigua novela picaresca, además, distaba mucho de estar informada de espíritu tan lúgubre como la presente. Había siempre en el fondo resignación, alegría y esperanzas y consuelos que ahora no se hallan. Bien puede ser, no obstante, que traiga utilidad la representación de tales horrores. El muladar no se debe cubrir con un rico tapiz, sino que debe barrerse para que esté limpia la vía pública cuando la procesión pase. Lo que de ningún modo se aprueba es que el muladar ni se barra ni se encubra, sino que sólo se revuelva para que nos mortifique y nos infeste. La única excusa que tiene quien tal hace, es el propósito de mover el ánimo de quien pueda para que barra el muladar, no sin sacar antes de su centro los primores y las joyas que en él pueden haberse perdido y sepultado.

Me he extendido por demás en consideraciones que, traspasando los límites de la crítica literaria, tocan en el terreno de varias ciencias nuevas, terreno por el que ya confesé no haber andado, y que me parece cubierto de mala hierba y de som-

bríos matorrales donde la luz de la verdad apenas penetra.

La culpa de haber caído yo en tales honduras la tiene mi empeño de criticar literariamente las novelas terapéuticas y de profecía. Dichas novelas, como todas las producciones híbridas, son infecundas. Ni buena crítica pueden dar de sí, aunque sea, no ignorante como yo, sino sabio y muy inteligente quien se proponga hacerla.

Por lo expuesto, y para no fatigar más á los lectores, dejo de entrar en el detenido examen que de la novela *Oriente*, del Sr. Ortiz de Pinedo, me había propuesto hacer. Afirmaré sólo que, en mi sentir, el Sr. Ortiz de Pinedo, cuya imaginación, cuya facilidad y demás ricas prendas de escritor son innegables, ganará mucho y escribirá muy amenos libros de entretenimiento cuando desista de resolver problemas sociales; nos pinte la realidad de lo presente, retrocediendo con espanto de la tempestuosa nebulosidad que en lo futuro se finge, y cree acciones y personajes humanos y vivos, en vez de las figuras que aparecen en *Oriente* con mucho menos traza de realidad que de símbolo. Una novela puede ser todo lo disparatada que se quiera (en este punto tengo yo la manga muy ancha), con tal de que el disparate sea ingenioso, y lo que es al Sr. Ortiz de Pinedo le sobra el ingenio. Ensueño agradable puede ser una novela; pero hay perversión vitanda en quien se pone á soñar con el propósito que logra, de tener una horrenda pesadilla.

No me atrevo á decidir hasta qué punto acepta

ó niega el Sr. Ortiz de Pinedo éstas ó aquellas doctrinas del socialismo. Sólo infiero de la acción fantástica que en su novela se desarrolla, que las concesiones que la prudencia ó el miedo de los burgueses han hecho ya cuando la acción de la novela empieza, en vez de detener la ruína de la presente sociedad, precipita su ruína.

El principal adalid de los comunistas triunfa al cabo cuando le van á dar garrote. La *apóstola*, la profetisa inspirada del nuevo sistema social, la muchacha severa á quien llaman Oriente y que es un dechado de virtudes, tiene que entregarse al verdugo, muy lascivamente enamorado de ella, para conseguir que á Salinas, el apóstol y el héroe, no le aprieten el pescuezo.

La revolución triunfa luego; Salinas es por un momento su principal director. La profetisa, su libertadora, da á luz entre tanto un engendro monstruoso y simbólico, amargo y ponzoñoso fruto de su pecado. El niño, ó lo que sea, pues apenas tiene forma humana, muerde el pecho de su madre, y en su infantil y misteriosa mirada relampaguean con brillo aciago la inteligencia diabólica y la voluntad corrompida y viciosa. La madre ama, no obstante, al monstruo porque le ha llevado en sus entrañas, porque es una prolongación de su sér. Por nada del mundo quiere ella separarse del monstruo, negando así la misma doctrina de la educación común, á cuyo triunfo ha contribuído.

En fin, los mismos vicios, ó mayores aún que los que había en la sociedad antigua, germinan y

emponzoñan la sociedad nueva. El proletariado, libre ya de todo freno, se entrega á sangrientas discordias y se somete á indignos adalides. Su libertador Salinas es asesinado. Severa ú Oriente muere también por el más trágico estilo, con el horrible monstruo simbólico que nació del verdugo.

Leído con detención y reposo cuanto dejamos expuesto en cifra, cada lector de la novela sacará las consecuencias que más le plazcan; pero ninguno quedará deseoso del advenimiento del socialismo, advenimiento imposible, si no se entiende por tal un retroceso á la barbarie y al más brutal y calamitoso desorden. Y si en realidad fuese así, si el pronóstico fuese fundado, ¿por qué empeñarse en denigrar mil veces más de lo justo el estado social de ahora? ¿Por qué ponderar males que no tienen remedio? ¿Por qué afligirnos, descorazonarnos y hasta desesperarnos con libros que debieran ser de honesto pasatiempo y procurarnos estético y puro deleite?

La novela en España florece de nuevo desde hace cerca de un tercio de siglo. Indicios y esperanzas hay de que este florecimiento sea digno de la nación y de la lengua en que se escribieron el *Amadís*, *La Celestina* y *El Quijote;* pero conviene que lo ideal, lo noble y lo hermoso entren algo más en lo que se escriba. Conviene que su luz y sus alegres colores templen la fealdad y la crudeza de lo real, en vez de exagerarlas; y conviene, por último, que los novelistas no se empeñen, ó no nos empeñemos, en ser muy *tendenciosos* y docen-

tes y en resolver los más temerosos problemas, sino que nos contentemos con divertir ó interesar agradablemente á los lectores. ¡Ojalá que yo, haciendo el papel de crítico en esta ocasión, lo consiga!

SOBRE

LA

NUEVA EDICIÓN DEL «QUIJOTE»

QUE SE PUBLICA EN EDIMBURGO

SOBRE

LA

NUEVA EDICIÓN DEL «QUIJOTE»

QUE SE PUBLICA EN EDIMBURGO

Los grandes capitanes y los hombres de Estado eminentes lo son sin duda porque hay en ellos el germen de un gran sér que para tanta gloria los predispone; pero yo presumo que dicho germen no se desenvuelve ni se manifiesta sin que á ello concurran circunstancias propicias que nunca dependen de individuo alguno, por bien dotada que haya sido su alma. Menester es que valga mucho de por sí quien á tan altos destinos pueda y deba elevarse; pero no se eleva si no le aupa y le sostiene su pueblo. En resolución, tanto el gran político como el gran guerrero se quedarán en *potencia*, y no llegarán á estar en *acto*, si el espíritu colectivo de la nación á que pertenecen no los suscita, y casi estoy por decir si no los crea. De aquí infiero yo que conviene resignarse y no quejarse cuando en momentos dados se echan de menos hombres tales. La culpa, la causa de esta falta, no es de ésta ni de aquella persona, ni de tal ó cual parcialidad, sino de todo el conjunto de la

nación, abatida ó decaída entonces, aunque no por eso ha de perderse la esperanza de que se reponga y regenere en menos infaustos días.

Lo mismo que de los grandes hombres de acción, puede decirse, aunque no sin limitaciones y distingos, de los hombres que descuellan por el pensamiento, y sobre todo de los poetas. Y bien claro está que por poetas entendemos aquí, en el sentido más amplio, los que escriben obras de imaginación, ya en verso, ya en prosa.

Para que nazca uno de estos poetas de primera magnitud, no basta que del seno materno salga enriquecido con todas las brillantes facultades que para tanto fin se requieren. Importa además que la idea de la nación, su pensamiento vago y difuso, y, por decirlo así, el espíritu del pueblo, acuda á confundirse con el alma del poeta y á compenetrarla.

Resulta de lo expuesto que cuando el espíritu colectivo nacional duerme ó desmaya, no sólo no aparecen eminentes políticos y guerreros, pero ni tampoco ingenios de superior valer.

Lo que sí ocurre con frecuencia es que no sea sincrónica la aparición de los grandes hombres de acción y de pensamiento. La literatura y la filosofía florecen en ocasiones como último fruto de un período dichoso de elevación nacional; y en ocasiones florecen también como precursoras y como para mostrar el camino, y hasta para allanarle, de ulterior elevación militar y política. Así, por ejemplo, en Italia precedió á su unidad y á su egregio político Cavour la pasmosa serie

de escritores, como Parini, Leopardi, Balbo, Fóscolo, Rosmini, Alfieri, Mamiani, Gioberti, Nicolini, y no pocos otros, que vinieron á fijar la mira con sus esfuerzos, y á hacer que retoñasen y reverdeciesen con su entusiasmo las ya marchitas esperanzas.

También en Alemania precedió á su actual preponderancia guerrera y política una edad de oro de la imaginación y del pensamiento puramente especulativo. Schiller, Gœthe, Kant, Fichte, Schelling y Hegel, se adelantaron como para anunciar el advenimiento de Bismarck, de Moltke y de los príncipes triunfadores de la casa de Hohenzollern. En una nación de nobilísima excelencia en las artes de la paz y de la guerra, en Grecia, bien puede afirmarse que coincidieron y perduraron el florecimiento intelectual y el poder político y belicoso casi desde su aparición en la historia hasta el punto, á mi ver, de su mayor auge, cuando dicha nación, si bien bajo el cetro de Alejandro de Macedonia, difundió por el mundo su predominio, su idioma y su cultura.

En otras naciones, y particularmente en las modernas, cuya civilización presente es al empezar como retoño y reverdecimiento de otra civilización pasada, aunque después de trasplantada y arraigada adquiera esta civilización carácter original y propio, el florecimiento literario y artístico, la primavera mental, digámoslo así, no brota y se desenvuelve hasta que llega también el glorioso momento de su mayor poder militar y de su más alto encumbramiento político. La nación

decae después; sus fuerzas se debilitan y tal ve acaban, y hasta la postración sobreviene por último; y, sin embargo, el brío intelectual y la fecunda actividad literaria y artística persisten y sobreviven como rastro luminoso que deja en el éter, al perderse en insondables abismos, la fugaz estrella de su ventura.

Así ha ocurrido en España. Nuestro siglo de oro intelectual coincidió con el mayor encumbramiento á que por la acción hemos llegado. Con rapidez descendimos luego políticamente; pero la imaginación poética y el pensamiento especulativo persistieron, y aun puede afirmarse que se elevaron á mayor altura y que fueron más originales y fecundos cuando ya el vigor del Estado iba desfalleciendo y amenazaba consumirse en más ó menos lenta agonía.

Con nuestros audaces y dichosos navegantes, con la unidad de España y su casi simultánea difusión por el mundo, con nuestros enérgicos príncipes y avasalladores hombres de Estado, y con nuestros teólogos, dogmáticos y místicos, santos fundadores y defensores de la Iglesia, cuyos dogmas sostienen y cuya disciplina reforman, coinciden el brotar y el desplegarse en toda su lozanía del poderoso ingenio español. De entonces es la flor de nuestro romancero. Entonces nace nuestro riquísimo teatro, que hasta en la decadencia de la nación sigue creciendo. Con el *Amadís* en su definitiva redacción y con la pasmosa *Celestina* creamos dos acabados é inmortales modelos de las dos más opuestas escuelas literarias: la idealis-

ta y la *naturalista*. Y según mi opinión, que quiero que conste, pero que no trato de imponer á nadie, viene á colocarse sobre todo el *Quijote*, que cierra y ataja con puerta y llave de oro el retroceso al mundo fantástico de los siglos medios.

Este libro sin par pone término al ciclo de las proezas sin finalidad y de las aventuras sin propósito; pero, enamorado de ellas todavía el autor del libro, é inspirado por el noble sentimiento de que ellas nacieron, las ensalza más que las escarnece y las retrae á la mente absorta de los lectores como hermoso y perdido ideal, tal vez ya inasequible, tal vez jamás realizado.

El *Quijote*, pues, tiene, en mi sentir, doble faz. Mira hacia lo pasado la una, y refleja con brillante colorido y luz mágica toda la poesía de lo pasado. La otra faz mira al porvenir, evoca eficazmente al genio de la epopeya novísima, de la ficción narrada en prosa, ó dígase de la novela, según en el día debe entenderse, y produce en este género dechado tal, que no ha habido hasta hoy quien le supere ni tal vez quien le iguale.

Las anteriores consideraciones generales han acudido á mi mente con tanta fuerza, que no he sabido vencer el deseo de estamparlas en este papel, aunque se me censure de inoportuno por ser de corta importancia el caso que me mueve á tocar tan elevados puntos de crítica, y hasta, si vale decirlo, de filosofía de la historia.

Sin embargo, aunque sea poco importante el caso, yo no acierto á despojarle de un extraordi-

nario valer que mi pensamiento le presta, poniendo en él algo de consolador y patético al mismo tiempo.

En el país de Europa que con mayor desdén y con menos cariño mira hoy á España; tan afligida y abrumada por inmerecidos infortunios; en el país que simpatiza más con nuestros enemigos y donde el más autorizado de sus gobernantes deja entrever que juzga á nuestra nación punto menos que condenada á muerte, por leyes históricas ineluctables y por definitiva sentencia del destino que dirige la marcha y el progreso del humano linaje, se está dando evidente prueba de altísimo aprecio al genio español al publicar una nueva edición de la obra capital que ese genio ha creado, poniendo en ello el esmero más cuidadoso.

El Sr. D. Jaime Fitz Maurice-Kelly, auxiliado al principio por el Sr. D. Juan Ormsby, y hoy solo por muerte de su colega, está haciendo esta nueva, lujosa y elegante edición, en la ciudad de Edimburgo, estudiando con profunda y detenida crítica, y confrontando los textos de todas las ediciones anteriores, á fin de restablecer el genuíno y legítimo sentido del *Quijote*, limpiándole de cuantas faltas, equivocaciones y alteraciones le han deslustrado hasta hoy. Este trabajo, hecho con inteligente tino, con benedictina paciencia y con amor entusiasta al libro inmortal, coloca este libro, en el pensamiento de su crítico editor, á la altura de los clásicos más venerados. Ninguno de los compatriotas del editor mostró nunca hacia Shakespeare respeto más afectuoso, ni ningún sa-

bio humanista del renacimiento se desveló más que él en ofrecernos la lección clara y depurada de los poemas de Homero y de Virgilio.

No viene esto á contradecir la insinuación de que España esté moribunda ó muerta ya; pero esto afirma que ha vivido España nobilísima y fecunda vida.

Si Tomás Carlyle pudo decir, sin que se calificase de extravagante paradoja, que preferiría que Inglaterra se quedase sin la India y sin sus otros dominios ultramarinos, á que se quedase sin Shakespeare, ¿por qué no hemos de decir nosotros, con no menor fundamento, que de la pérdida de todas nuestras colonias puede y debe consolarnos la persistencia inmortal de Miguel Cervantes?

No: no fué ni es raza inferior á las otras la raza que le produjo; podrá menguar, achicarse y hasta desaparecer éste ó aquel Estado formado por dicha raza; pero ni el idioma ni el espíritu que informa la colectividad de la raza misma llevan trazas de desaparecer en muchos siglos. No hay indicio razonable para que se nos cuente ya entre los muertos, como á los antiguos griegos y latinos. Desbaratado ha sido el ingente imperio español; pero de sus restos han brotado quince ó diez y seis Repúblicas, que es de esperar y que es de desear para nosotros que no desaparezcan, sino que medren y logren al cabo prosperidad y poderío. En España y entre todas ellas será lazo de unión y prenda de alianza el libro que está publicando en Edimburgo el Sr. Fitz Maurice-Kelly, y que da ocasion á este artículo. Hartas veces lo he

dicho en otros artículos míos, y lo repito ahora. Nuestros hermanos de América podrán acabar de expulsarnos del continente y de las islas que descubrimos y civilizamos; podrán jactarse de haber sacudido el yugo de nuestra por ellos imaginada tiranía; pero de la tiranía del genio español, de su lengua y de su carácter no podrán libertarse nunca sino con la muerte, y no querrá el cielo que mueran.

Nosotros tampoco podemos ni debemos morir. No falta quien entienda que, al terminar el siglo XVII con la muerte del desdichado Carlos II y con la guerra de sucesión, pereció extenuada la España castiza, con su literatura propia y con su antiguo espíritu y altos ideales. Para los que tal entienden, nuestra vida ulterior tiene ya diversa significación y carácter diverso, y nuestras ciencias y artes han sido como reflejo y como imitación de las de otras naciones de Europa más adelantadas y felices. Desde entonces, en vez de movernos por impulso propio, hemos ido arrastrados como á remolque.

Idea es ésta concebida sin duda por extranjeros que han tratado de nuestras cosas; pero idea aceptada después en España por no pocos críticos y considerada como verdadera. Durante todo el siglo XVIII y durante el primer tercio del XIX, los pseudo-clásicos á la francesa aceptaron tal idea, con gran menosprecio de nuestra antigua cultura. Y desde que penetró en España la nueva escuela literaria del romanticismo, si bien volvimos á estimar y á ensalzar á nuestros autores antiguos y

á los contemporáneos de los reyes de la casa de Austria, nos volvimos contra los que florecieron en el siglo XVIII y á principios del XIX, suponiendo que carecían del espíritu nacional y calificándolos de serviles imitadores de los franceses.

Tiempo es ya de protestar contra todo esto y de considerarlo falso y absurdo. Tan castizos y tan españoles son Jovellanos, ambos Moratines, el sainetero D. Ramón de la Cruz, los elegantes líricos de las escuelas de Salamanca y de Sevilla y los ilustres y expulsados jesuitas que resplandecieron en Italia, como Calderón, Lope, Tirso, ambos Luises, Hurtado de Mendoza y Mariana. Nuestro espíritu habrá tomado distinta faz con el andar del tiempo; habrá quizás cambiado de ideales; pero en su esencia es el mismo: no ha habido solución de continuidad en su vida, y persiste aún vivo y alerta.

A mi ver, cabe todavía más arrogante afirmación, sin que nadie la califique de infundada. La Revolución francesa primero, y sus ideas de emancipación y de igualdad inspirando simpatías, y después las guerras napoleónicas reavivando la conciencia de nacionalidad y el amor á la independencia, produjeron en todo el mundo hondo sacudimiento, el cual, más que en otros países, fué poderoso en España, no sólo para despertarla á nueva vida y para llevarla á combates heróicos, sino también para renovar en el espíritu de sus hijos la poesía más alta, añadiendo una cuerda muy resonante á la lira española y dando sér á pasmosos poetas líricos, sin antecedente alguno,

como Quintana y Gallego. Nada semejante á ellos, nada tan hermoso y rico de entusiasmo y de amor á la libertad, á la patria y al humano progreso, hubo antes en Francia, de donde se supone que desde hace dos siglos lo tomamos todo. Si Andrés Chenier se adelantó ó coincidió con Gallego y Quintana y con otros líricos nuestros de la misma época, bien puede decirse que no fué por ellos imitado, ya que hasta mucho después ni en la propia Francia fué conocido, divulgado y famoso.

Con lo expuesto aspiro yo á demostrar, y me parece que lo consigo, que España no cayó en prolongado letargo y no vino á despertarse olvidada de sí propia y viviendo sólo de sentimientos y pensamientos ajenos; que su decadencia no ha sido en todo, ni ha ido constantemente agravándose, y que, si vive aún su espíritu y da gallarda muestra de sí, al menos en ciertas esferas ideales, no es desatino esperar que viva aún para la vida práctica y de acción y no caiga por bajo del nivel de las más engreídas naciones europeas, sino que se levante y rehaga, en circunstancias menos desventuradas que las actuales.

No me atrevo yo á calificar y á justipreciar el movimiento intelectual de España y el desarrollo de su cultura desde las guerras napoleónicas hasta el día presente. No me atrevo á pronosticar que pueda ó deba aquí, como en Alemania y en Italia, anunciar la fecunda vida del pensamiento, en medio de grandes desventuras y humillaciones prácticas, la rehabilitación y restauración de nuestro vigor como Estado, en un porvenir no muy

remoto. Sólo digo que todo es posible: que España no ha muerto aún, y que su historia ofrece ejemplos de cambios más imprevistos y bruscos, desde la postración más lamentable á la prosperidad más gloriosa. ¿Quién hubiera podido imaginar, contemplando nuestra desbaratada y anárquica situación en el reinado de Enrique IV de Castilla, que poco tiempo después, reinando los Reyes Católicos, había de llegar España á su apogeo?

Harto conozco que todas estas divagaciones y cavilaciones patrióticas parecerán extrañas y no traídas muy á cuento con motivo de la nueva edición del *Quijote* que se está haciendo en Edimburgo; pero el lector me disculpará, considerando que precisamente en las más terribles aflicciones es cuando más se sutiliza y alambica para lograr como por destilación algún consuelo.

El *Quijote*, además, se ha prestado siempre á todo linaje de disertaciones y comentarios, hasta los más extravagantes. Mírense, pues, con indulgencia los míos. Comentadores ha tenido Cervantes que se han empeñado en probar que fué, ya notable médico, ya librepensador y filósofo, ya liberal-progresista y hasta revolucionario, ya inventor de reformas sociales, cuyo sentido oculto se afanan hoy en descifrar y en sacar á luz, penetrando en las entrañas de su admirable obra maestra.

No voy yo tan lejos, ni con mucho. Para mí, Cervantes no tuvo en el *Quijote* otro propósito que el de escribir un libro de pasatiempo. Su intención didáctica, harto inferior á su inspiración

inconsciente, se limitó á censurar los disparatados libros de caballería, haciendo de ellos lindísima parodia; pero Cervantes hizo la parodia con tanto amor de lo parodiado, que los lectores más bien se prendan de ello que se disgustan.

Superficial, ligero y necio fué sin duda el juicio de un célebre autor francés del siglo pasado, al imaginar esta frase que estuvo muy en moda: *los españoles sólo tienen un buen libro, y es el que se burla de todos los otros.* La tal sentencia, aunque sea del mismo Montesquieu, no merece refutación por lo absurda y por la supina ignorancia que deja ver, en quien la dictó, de todas nuestras cosas y hasta del mismo *Quijote*, libro el más español de cuantos se han escrito, y el más conforme al pensar y al sentir de los españoles.

Otra singular manera han tenido y tienen no pocos extranjeros de alabar el *Quijote*, haciendo que redunde en burla y vituperio de todo español la concedida alabanza. Don Quijote para ellos es una infeliz caricatura, cifra y resumen de nuestro carácter nacional, á quien, si algo falta, viene á servir de complemento Sancho Panza, que es otra caricatura.

Dos errores fundamentales hay en esta manera de juzgar, y de ellos proceden multitud de otros errores. Don Quijote es ridículo, porque está tocado de enajenación mental; pero, fuera de esto, no es posible imaginar más honrado, amable, discreto, cortés y virtuoso personaje que Don Quijote. Si tal es el fondo, si tal es la esencia del carácter español, bien podemos estar contentos, y

hasta orgullosos de ser así, con tal de que Dios nos libre de la locura y nos conserve en nuestro sano juicio.

Tampoco Sancho es caricatura repugnante, sino sér humano, en cuyas cualidades morales lo que merece estimación, amor y respeto está muy por cima de lo ridículo. Sobre la ignorante sencillez y sobre la ciega credulidad del rústico, resplandecen en Sancho virtudes y excelencias que le honran. Su inocente malicia, el leal y constante afecto que profesa á su amo, el amor á su mujer y á sus hijos que disculpa su afán codicioso, la paciencia y el buen humor con que sufre los reveses de fortuna, y sus chistes espontáneos y amenos, siempre sin amargura en medio de los mayores infortunios, todo esto, si Sancho fuese el tipo que representase al campesino español, al individuo de nuestra ínfima plebe, ciertamente que, lejos de ofenderla, la ensalzaría.

Pero ni Don Quijote ni Sancho son los tipos ó como los moldes en que los españoles están vaciados. Don Quijote y Sancho, creados por la fantasía del gran novelista, son dos seres llenos de idealidad y de realidad á la vez, que compiten, en consistencia y en fuerza vividora, con los más admirables personajes creados por los poetas épicos y dramáticos de todos los tiempos. Claro está que hablan en español, que viven en España, que piensan, sienten, se tratan y se visten á la española en un momento dado de nuestra historia; mas no por eso dejan de ser tipos llenos de verdad humana, y por sus extravagancias y sandeces, como

por sus discreciones y bondad moral, lo mismo puede haber Sanchos y Quijotes en España que en cualquiera otra región del mundo y entre cualquiera otra casta de gente. Entiéndase con todo, y esto se debe á la prodigiosa inventiva de Cervantes, que ha de ser harto difícil hallar en parte alguna, si del extravío mental prescindimos, más perfecto caballero que Don Quijote, ni villano más gracioso que su escudero. Hay mucho que subir desde la realidad hasta el punto en que el poeta los ha encumbrado.

Porque es de advertir y de celebrar que Cervantes, á pesar de que fué harto poco dichoso, jamás fué misántropo ni lo que hoy se llama pesimista, ni se quejó acerbamente de la Providencia ó del destino, ni tuvo agriado el carácter ni torcidos los ojos del alma para ver y pintar á los seres humanos más feos y viciosos de lo que son, sino que fué indulgente con ellos, y hasta en las figuras más negras de sus cuadros se complació en poner algo que mitigase la deformidad moral ó física. Apenas hay en la larga serie de personajes del *Quijote* uno que no sea simpático, y muchos son hermosos. Así, Dorotea, Lucinda, Cardenio, Doña Clara, Don Luis, el Caballero del Verde gabán, el Oidor, el Cautivo, Ana Félix, Ricote, los Duques y otros ciento. Hasta Juan Palomeque el Zurdo, Maritornes, Ginés de Pasamonte y los otros galeotes poseen cierto fondo de bondad, de misericordia y de gracia que atenúan sus delitos y sus pecados.

No hubo de ser, por cierto, muy corrompida la

sociedad española de entonces cuando, al reflejarse como en terso espejo en el *Quijote*, nos presenta personajes que tanto distan de ser depravados y ruínes.

Quizás se los acuse, en general, de sobrado crueles. Las burlas que á Don Quijote y á Sancho se hacen hasta por los mismos Duques, son feroces con frecuencia; y en todo el proceso de las desventuradas aventuras de amo y mozo abundan y menudean las pedradas, las coces, los pellizcos, los alfilerazos, los puñetazos y los palos. Conviene, no obstante, reflexionar que el linaje humano, al empezar el siglo XVII, era, lo mismo en España que en los países más civilizados y de más suaves costumbres, harto más duro de entrañas que en el día de hoy; por donde no poco de lo que hoy puede condenarse como crueldad bárbara, no pasaba entonces de ser mirado como niñería ó broma ligera. En una edad en que se aplicaba el tormento en todos los países, se amputaban los miembros y se arrancaban las lenguas con tenazas á los delincuentes ó á los que pasaban por tales, se hacían andar los barcos azotando el cómitre con la penca la espalda de los forzados, y se quemaba viva á la gente, más que en España con Inquisición, sin Inquisición fuera de ella, todavía los percances que ocurren á Sancho y á Don Quijote y los malos tratamientos que padecen son cosa de juego y de risa, y no traspasan los límites de la piadosa mansedumbre.

Hoy, cuando no pocas de nuestras glorias se eclipsan ó se anublan, no se debe extrañar que,

con motivo de la reciente edición de Edimburgo, hagamos resaltar el extraordinario mérito del libro donde se cuentan las aventuras del hidalgo manchego. Tan notorio y patente es el valer de este libro, que apenas hay crítico descontentadizo y enemigo nuestro que se atreva á ponerle en duda. Lo que sí suelen hacer es convertir el encomio dado al libro en vituperio y censura contra la nación en cuyo seno y lengua fué escrito. Siempre hay quien se empeñe en hacer creer que Don Quijote fué y sigue siendo la viva representación de nuestro carácter nacional, y por lo mismo causa de nuestra mala ventura. Raras veces hemos dado fundamento para que se forme tal juicio, y nunca le hemos dado menos que ahora. Nadie en España se ha forjado ilusiones, nadie ha provocado ni deseado la guerra. La hemos aceptado cuando se nos puso entre la espada y la pared, cuando ya no había otro recurso, cuando habíamos agotado nuestro sufrimiento en aguantar insultos, amenazas, injustas reclamaciones y todo linaje de auxilios prestados á nuestros rebeldes enemigos. Por cierto que España no se ha parecido en esta ocasión á Don Quijote, confiando en sus fuerzas y creyéndose invencible. España se ha parecido, y sigue pareciéndose, á Job, por la paciencia, no perdida aún en medio de una lucha sin esperanza, á la que no podía negarse cuando un injusto agresor quería despojarla de sus bienes y entraba en su casa para arrojarla de ella ignominiosamente. Pobre, desangrada y extenuada España por largas guerras civiles, ha tenido que

defenderse, sin esperanza de triunfo, contra un enemigo incomparablemente más poderoso y bastante artero á la vez para acrecentar sus fuerzas con las de los rebeldes.

Tal vez hemos incurrido en gran falta, que cruelmente expiamos, aislándonos de las grandes potencias de Europa; pero, si nos hemos aislado, ha sido por humildad y no por soberbia: porque sentíamos la necesidad del reposo; porque anhelábamos vivir en paz; porque no queríamos lanzarnos en aventuras. Mal ha pagado Europa ésta nuestra apacible neutralidad, mirando con indiferente sosiego, y más curiosa y complacida que compadecida, el inmotivado despojo de que somos víctimas ahora.

Tremenda es nuestra desdicha; pero, á pesar de las insinuaciones de Lord Salisbury, no debemos ni queremos creer que ha llegado la hora de nuestro fin como pueblo, y hasta de la degradación de nuestra casta entre las castas inferiores, que en la lucha por la vida ceden su puesto á castas superiores, predestinadas á ejercer el imperio y á realizar el progreso.

No nos resignamos á creer que España, á pesar de la corta ventura y de las débiles fuerzas con que ahora combate, se parezca á aquel personaje de un poema burlesco italiano, de quien dice el poeta:

> Così colui dal colpo non accorto,
> Andava combattendo, ed era morto.

Vivimos aún y seguiremos viviendo, aunque vencidos. Acaso nos cumpla imitar al Caballero

de la Triste Figura cuando fué vencido por el de la Blanca Luna en la playa de Barcelona. Nada de recriminaciones, nada de quejas, nada de exigir responsabilidades. Resignémonos en paz; sometámonos al fallo de nuestro adverso destino, y tratemos de reponernos, dedicándonos á ocupaciones bucólicas y agrícolas y á algo parecido á la vida pastoril que, retirado por fuerza en su lugar y depuestas las armas, se propuso hacer Don Quijote.

Más de lo que yo pensaba he discurrido sobre todo esto, excitado melancólicamente por la deplorable situación en que nos hallamos.

¿Qué he de añadir yo, después de lo dicho, en elogio del trabajo del ilustre hispanófilo D. Jaime Fitz Maurice-Kelly, que me ha dado ocasión para tan extensas divagaciones? Diré sólo, para concluir, que el mencionado generoso hispanófilo no nos da por muertos, aunque andemos poco lucidos y harto desmedrados, y aunque nuestras heridas sean profundas; que hasta políticamente ha tratado de defendernos y de realzarnos en muy bellos escritos; que ha publicado nuevas y elegantísimas ediciones de las traducciones inglesas, hechas á principios del siglo XVII, del *Quijote* y de *La Celestina;* y, por último, que dentro de poco dará al público una *Breve historia de la literatura española*, donde mostrará que vivimos aún, y que seguiremos viviendo, si la vida del pensamiento es indicio de que no ha terminado la vida de acción y de que puede reaparecer con los antiguos bríos.

D. RAMÓN DE LA CRUZ

D. RAMÓN DE LA CRUZ

Con las fiestas que han de solemnizar la honrosa inhumación en el suelo patrio de los restos mortales de cuatro varones ilustres, que yacían sepultados en tierra extranjera, va á coincidir la celebración de un acto con que el Ayuntamiento y el pueblo de Madrid quieren dar duradero testimonio de su aprecio y de su admiración á otro personaje, mucho más modesto, pero más popular y espontáneo que los antes aludidos, si exceptuamos á Goya.

En la calle de Alcalá, en la casa donde vivió D. Ramón de la Cruz, se colocará una lápida que lo recuerde.

La ocasión no sólo es propicia, sino que requiere y hasta exige que se escriba algo que retraiga á la memoria de la generalidad de los españoles el mérito de un poeta que hace más de un siglo los deleitó y encantó, durante muchos años, con las incesantes creaciones de su fértil y amenísimo ingenio.

Fácil es esta tarea para quien sepa y quiera extractar; pero es harto difícil, si no nos conformamos con el extracto, decir algo bueno sobre tan ingenioso dramaturgo que no esté ya consignado,

con sana crítica y con estilo agradable, en la obra eruditísima de D. Emilio Cotarelo. Conformémonos, pues, con extractar esta obra, precioso monumento que acrisola y divulga el valer del hombre que, evitando la solución de continuidad, engarzó sus joyas en la áurea cadena de nuestra poesía dramática para que sin rotura se prolongase hasta hoy reluciente y espléndida.

Y no fué D. Ramón de la Cruz mero continuador de lo antiguo, ni eco de lo pasado. Con el mismo espíritu, con idéntica inspiración castiza, acertó á poner en sus escritos el sello, el carácter, la traza y la fisonomía indeleble de la época en que se compusieron y de la sociedad que con tanto acierto y con tan esmerada fidelidad retrataron.

Bien puede afirmarse que para ello, si D. Ramón de la Cruz no creó nuevas formas, dió consistencia y desarrollo á las que apenas estaban en germen, por donde podemos considerarle casi como inventor de la zarzuela y del sainete. El abrió brillante camino á los zarzueleros y sainetistas del día, que le deben respetuosa gratitud, como á su patriarca.

Para quien esto escribe es insignificante ó es absurda la división de los géneros en *grande* y *chico*. Los objetos de arte no se miden por varas ni se tasan y pagan por el peso. Tonadilla puede haber que valga más que una ópera tan larga como las de Wagner, y sin duda hay sainete que vale más que muchas tragedias en cinco actos, y que no pocos dramas, románticos ó transcenden-

tales, con prólogo, con epílogo y con tesis. Sirva de ejemplo el sainete *Las castañeras picadas*, que, salvo acaso la *Raquel* de Huertas, no se debe cambiar por todas las tragedias galo-clásicas que se escribieron en el siglo XVIII, como las de Montiano y Cadalso, y como las de D. Nicolás Fernández de Moratín, tan feliz é inspirado poeta en canciones, quintillas y romances.

Pasmosa fué la fecundidad de D. Ramón de la Cruz. Sus obras, que pasan de quinientas, le acreditan como el autor más fecundo después de Lope.

No hemos de ocultar que el escribir tanto impide á menudo el escribir bien; pero en los poetas populares la crítica no suele preceder ni acompañar á la inspiración. Ya es el numen poético, ya es la necesidad ó la conveniencia quien á componer los incita. Indispensable es que escriban mucho, malo y bueno, distinción que el público contemporáneo ó la posteridad hará más tarde. Lo que importa es que gran parte de lo que escriben agrade al público contemporáneo y que no poco llegue á la posteridad y sea por ella recibido con aplauso. D. Ramón de la Cruz nos ha legado suficiente riqueza y caudal de sobra para merecer, no sólo la ovación que hoy se le otorga, sino mayor triunfo y monumento más costoso.

El conjunto de sus sainetes escogidos es la más animada y simpática representación de la vida social de España, y muy singularmente de Madrid, durante el reinado de Carlos III. Con la magia de su talento, se diría que el poeta nos lleva en espí-

ritu contra la corriente de los años, y remontando más de un siglo, nos deja ver con exactitud y verdad los usos y costumbres de la edad y del país en que vivía: regocijos, diversiones, galanteos, intrigas, virtudes y vicios; todo ello depurado por un instintivo buen gusto y por cierto sentido moral, y todo ello alegremente iluminado por los destellos de un alma bondadosa en quien la sátira no tenía veneno ni hiel, sino sal y pimienta.

Abates, petimetres, rústicos y cortesanos, pajes y fregonas, majos y majas, hidalgos linajudos y pobres, viejas beatas y chismosas y otros caracteres y tipos de entonces, todos aparecen en el mundo fantástico con que el poeta ha dotado la escena, y charlan, ríen, enamoran y disputan con naturalidad que prueba la aguda y exacta observación y la fiel maestría de la copia. Al mismo tiempo, sin embargo, la sobriedad y el primor de la copia dejan conocer que dista mucho de ser servil. El poeta ha copiado lo real, mas no con sus pesadeces é impurezas, sino destilándole como en alambique para que sólo quede en su labor artística lo gracioso, lo divertido ó lo interesante.

Claro está que quien ha escrito tantas obras, cuando no repetirse, tiene que parecerse á menudo en los argumentos, pareciéndose también no pocos de sus personajes. Hay con todo bastante variedad en ellos, y bien pueden leerse cuarenta ó cincuenta sainetes de D. Ramón de la Cruz sin que cansen por la monotonía, hallando algo nuevo en cada uno, y en todos ellos chistes no rebuscados, candoroso donaire y muy natural sencillez

en el estilo. Las majas particularmente (y yo me atrevo á sospechar que D. Ramón gustaba de ellas y frecuentaba su trato, porque ciertas cosas no se adivinan, sino que por experiencia se aprenden); las majas, digo, jóvenes y guapas, como hubieron de ser evidentemente la Pintosilla, la Temeraria, Juliana, Colasa y la Juana y la Petra de *La casa de tócame Roque*, hablan con tal propiedad, chiste y desgarro que apenas hay frases de cuantas dicen que no imaginemos como cogidas al vuelo por D. Ramón, al salir de los labios de ellas y conservadas luego sin perder su frescura para adorno y esmalte de los mejores saînetes. Y debe notarse y celebrarse la claridad del habla empleada en los diálogos. Salvo algún francés peluquero y tal cual gallego ó vizcaíno, todos los interlocutores emplean un castellano tan claro, que apenas hay palabra que no entienda hoy el más lerdo sin necesidad de glosario. Los petimetres, lo mismo que los manolos, se expresan con claridad que persiste en el día. Yo extraño esto, porque si en el día escribiésemos sainetes donde se imitase fielmente el lenguaje de *gomosos*, *cremosos* y *golfos*, de las damas elegantes y de las chulapas, es casi seguro que nadie los entendería dentro de un siglo como el modo de hablar no persistiese, lo cual no es probable. Por el lado chulo se han inventado mil frases nuevas, como de germanía, y por el lado *cremoso* se han introducido en el castellano un enjambre de voces, en su mayor parte inglesas, que le desfiguran. En muy lindas bocas se combina á veces lo *cremoso* con lo chulo, resultando

la endiablada mezcolanza de que puede formarse concepto citando aquí una pequeña parte de los vocablos y frases que hoy se emplean y se barajan en la conversación. Valgan para muestra: *hacer planchas*, *flirt*, *sport*, *fast*, *soltar latas*, *meeting*, *smoking*, *tomar el pelo*, *high-life*, *steple-chasse*, *spleen*, *dar la hora*, *leader*, *fashionable*, *ser muy barbián*, *five o'clock tea*, *garden-party* y *timarse*.

Por fortuna, los sainetistas del día no abusan de este importado aluvión léxico y de esta recientemente creada fraseología con que se va enriqueciendo nuestro idioma; pero siempre tienen que ser menos claros ó menos fieles imitadores que nuestro D. Ramón de la sociedad en que viven. Para esto del lenguaje, D. Ramón no tuvo que vencer tantas dificultades como los sainetistas de ahora. En cambio, los sainetistas de ahora, para ser naturales en el diálogo, no necesitan vencer un obstáculo de que D. Ramón de la Cruz no podía prescindir. Hoy se escriben sainetes en prosa; entonces, nunca ó casi nunca se escribían á no ser en verso. De este requisito, punto menos que indispensable, nacían varios inconvenientes. El verso era á menudo tan llano, tan prosáico, tan desmayado y tan poco difícil, que parecía prosa, sin que apenas llegue á comprenderse la necesidad ó la conveniencia de que en realidad fuera verso. Y en otros casos, en los que D. Ramón de la Cruz no incurrió nunca, el verso ya desfiguraba á los personajes, haciéndoles pensar y sentir como nadie pensó y sintió nunca, ya servía como de arti-

ficio y pantalla para encubrir lo falso y vano de las figuras que aparecían en la escena, de las pasiones que las movían y de los caracteres que representaban.

D. Ramón de la Cruz, por dicha, aunque sus romances sean harto prosáicos, no tiene que disimular, ni disimula con el sonsonete de la asonancia y del metro, la falsedad ó la inanidad de sus personajes dramáticos. Al contrario, todos ellos son verdaderos y reales. Más de cien años hará ya que desaparecieron de sobre la faz de la tierra; pero los reconocemos á todos como si hubieran vivido y como si nosotros hubiéramos vivido con ellos y los hubiéramos tratado. Es de maravillar la maestría con que Cruz, semejante á Goya en sus caprichos, retrata y anima á sus personajes y con pocos ligerísimos rasgos les presta vida inmortal. Los argumentos de los sainetes son casi siempre muy poco complicados. A veces hay en ellos tan corto enredo, tan sencilla y casi nula acción dramática, que el sainete no es drama y queda reducido á pequeño cuadro de costumbres; pero esto importa poco, porque en el cuadro las figuras están vivas y siempre nos interesan, deleitan y hasta conmueven, más que si fueran de verdad.

La fuerza plástica y animadora con que traslada D. Ramón á sus personajes desde el mundo real al mundo de su fantasía, se manifiesta hasta en los más imaginarios y menos reales de sus sainetes: en las parodias de las tragedias galo-clásicas. Farsa y caricatura hay por cierto en la pompa y en la majestad del lenguaje, de los afectos y

de los lances trágicos de *Inesilla la de Pinto*, *El manolo y El muñuelo;* y, sin embargo, todo aquello es verdad aunque esté exagerado; todo aquello, en lo substancial, debe de haber sucedido: no se inventa, sino que se recuerda y se reproduce con vigor gracioso que no lo desfigura, aunque lo aumenta.

Prolijo sería hablar aquí de D. Ramón de la Cruz como traductor de zarzuelas y como autor de otras originales. En algunas de ellas la música es española, buena, según aseguran los que entienden el arte, y muy digna, aunque sólo fuese por curiosidad, de que alguna vez volviera á oirse en nuestros teatros.

No hablaremos tampoco de las demás composiciones de todo género que D. Ramón escribió para el teatro desde el año de 1763 hasta el de 1794, en que terminó su vida; ni de las guerras literarias, más sangrientas entonces que en nuestros días; ni del empleo humilde que D. Ramón tuvo; ni del estado de su hacienda y de los recursos pecuniarios que le proporcionó el ser tan favorito de los comediantes y del público; ni de la protección que las Duquesas de Alba y de Benavente y otras damas le dieron. A quien de todo esto quiera enterarse le aconsejamos que lea la ya citada, curiosa y divertida obra de D. Emilio Cotarelo, donde se cuenta todo con circunstanciada puntualidad y donde no fatigan, sino agradan, hasta las menudencias. Bástenos añadir, para poner término á este artículo, que D. Ramón de la Cruz fué un autor en extremo simpático, y no sólo fecundo en

obras que vivirán siempre y que podrán ser representadas con aplauso, sino fecundo también en discípulos y secuaces, de los que él no renegaría y tal vez se envanecería porque siguen sus huellas, comparten su gloria sin eclipsarla y perpetúan sin interrupción, al menos en el mal llamado género chico, el florecimiento de nuestro teatro.

LA ESPAÑA LITERARIA

POR

BORIS DE TANNENBERG

LA ESPAÑA LITERARIA

POR

BORIS DE TANNENBERG

I

París es y sigue siendo desde hace siglos la capital, la ciudad santa de los literatos, el corazón y el cerebro del mundo, como la llama uno de sus grandes escritores; algo á modo de una Jerusalén ó de una Meca, donde acuden en peregrinación los devotos de las musas y los anhelantes de nombradía. Así como las mujeres de países atrasados, cuando pueden permitirse este lujo, van á París á comprar galas y dijes, á elegantizar el cuerpo, aprisionándole en corsé sabiamente confeccionado y hasta á adobarse y esmaltarse rostro y garganta, puliendo la tez y dotándola de suave lisura, con la supresión de feos lunares, vello y otras excrescencias, así van también de los mismos países, no sólo los ricos que quieren divertirse y gozar de refinados deleites, sino también los aspirantes á sabios y á poetas, que tal vez esperan sorber á largos tragos ciencia en la Sorbona y em-

briagarse de furor poético, bebiendo el agua del Sena como si brotara de la Peña de Horeb ó de la fuente Hipocrene. En París, por lo menos, imaginan no pocos de los susodichos que acaban de civilizarse y de hacerse *raros*, soltando el pelo de la dehesa al salir de los primeros baños que allí toman.

Tiene ó puede tener también otra gran ventaja nuestra ida y estancia en París, ya corporalmente, ya sólo en espíritu.

El aplauso que allí se recibe se dilata en ondas sonoras por toda el haz de la tierra, y despierta muy gratos ecos en las más distantes regiones, acrecentando y sancionando el crédito y la gloria del aplaudido en su misma patria.

No es fácil alcanzar en París tan benéfico, ruidoso y envidiable aplauso. En estos últimos años hemos de conceder, no obstante, que París, ya que no se diga que se ha mostrado pródigo, ha difundido con entusiasmo y generosidad la fama de no pocos extranjeros, especialmente suecos y rusos. No nos incumbe discutir aquí hasta qué punto merecen tanto premio los así premiados, y si es justo que París, que da la moda, los haya puesto tan en moda.

Como no puede negarse que en Francia hay siempre gran multitud de ingenios indígenas y siempre es rica la cosecha de libros propios de todas clases, la dificultad de fijar la atención de aquel público sobre los libros extranjeros es muy grande para los traductores ó críticos que lo intentan. A veces, cuando esto se logra, me atrevo

yo á recelar que el acaso ó el capricho ó circunstancias que nada tienen que ver con el mérito de las obras literarias, entran por mucho en la nombradía que adquieren. Así, por ejemplo, y sin que escatime yo ó regatee la alabanza que á un buen autor se debe, he de aventurarme á decir que no corresponden ni están en proporción la celebridad y los elogios que desde París se extienden por todo el mundo sobre las obras de Gabriel d'Annunzio, con el desdén, casi con el silencio que en París se ha guardado sobre la rica y floreciente literatura, sobre el estol brillante y numeroso de poetas, historiadores y filósofos, que precedió y preparó en Italia las últimas revoluciones y la unidad al cabo lograda.

Con relación á España, es de notar un muy curioso fenómeno. Yo reconozco que durante el siglo XIX ha habido en Francia multitud de sabios hispanófilos, que entienden perfectamente nuestro idioma, que conocen los libros que en él se han escrito y se escriben, que procuran darlos á conocer y que los celebran con justicia y hasta con benevolencia. La lista de tales hispanófilos llenaría más de cien renglones si me decidiese yo á ponerla aquí. Es cierto que la mayor parte de ellos, más que de lo presente, tratan de lo pasado.

Tal vez entiende el gran público, aunque ellos no lo entiendan, que tratan de las producciones intelectuales de España, como pudieran tratar de las producciones intelectuales de Roma, Grecia ó India antiguas ú otra civilización remota y punto menos que extinguida. Libros tales no pueden me-

nos de tener poquísimos lectores. Sólo los que son muy eruditos ó presumen de serlo se arriesgan á tan para ellos enrevesada lectura. De aquí tal vez que Puibusque, Dámaso Hinard, Ozanam, Puymaigre, Rousselot, Morel-Fatio y Ernesto Merimée, doctos conocedores y hábiles expositores de la cultura intelectual española, no hayan conseguido hacernos populares en Francia, sobre todo por lo que ahora somos y no por lo que fuimos en otras edades.

El concepto vulgar que se forma en Francia de la España del día tiene mucho de grotescamente cargado de color, merced á los atrevidos pinceles de Teófilo Gauthier y de Alejandro Dumas. En el cuadro hay más majos y majas, más toreros, cantadoras y bailadoras de fandango, que escritores y poetas.

Aunque se suponga que los que en España escribimos somos más pesados que ligeros, ignoramos la medida y no adivinamos el secreto de hacer agradables nuestros escritos, todavía pudiéramos aspirar al menos á que algunos discretos escritores franceses arrancasen la maleza de nuestras enmarañadas creaciones y mostrasen al mundo, libres ya de mala hierba y de estorbos, las flores y los frutos que en ellas hay. Ahora como en otro tiempo, bien pudiera haber escritores de menor tamaño, aunque en proporción semejantes á Corneille, Molière, Scarron, Maribaux y Lesage, que nos tradujesen corrigiéndonos, nos imitasen ó nos adaptasen.

Algo, en verdad, hay de esto, pero yo creo que

hasta hoy con escasa fortuna para los escritores españoles. Obras de ellos, por ejemplo, de Galdós, de Blasco Ibáñez, de Echegaray y de varios otros, han sido en Francia traducidas, adaptadas y celebradas.

Líbreme Dios de querer amenguar la fama de nadie; pero me aventuro á decir que el buen éxito dista mucho de haber sido estrepitoso ni muy lisonjero para ninguno de nosotros. Y á fin de que nadie se me muestre enojado, empezaré por lanzar sobre mi propia cabeza la causa del enojo. Varias novelas y cuentos míos han sido traducidos ó adaptados en francés, y, lo declaro con humildad, maldito el caso que nadie ha hecho de ellos. ¿Quién tiene la culpa de esta desgracia: la impericia de los traductores, adaptadores ó críticos, nuestro corto valer ó nuestra más corta y menguada fortuna?

La empresa que acomete el Sr. Boris de Tannenberg y que presta ocasión á las anteriores reflexiones, es digna de nuestra mayor gratitud y también de nuestros elogios.

Dicho señor ha escrito y dado á la estampa un libro titulado *La España literaria: retratos de ayer y de hoy*, primera serie, que contiene los *retratos* de los Sres. D. Manuel Tamayo, Don Marcelino Menéndez y Pelayo, D. José María de Pereda y Doña Emilia Pardo Bazán. Ingratos seríamos si no dijésemos nada de este libro. Sería además falta de justicia el negar á lo mucho bueno que el libro contiene, el merecido elogio. Esto me mueve á dársele públicamente, pro-

curando fundarle en razones valederas y claras.

De los cuatro *retratos*, los dos más fieles y mejor pintados son, á mi ver, los de D. Manuel Tamayo y D. José de Pereda.

En la historia literaria de España, donde siempre persiste sin romperse el hilo de la tradición, donde nunca hay ni parece solución de continuidad es en el teatro. Y en el teatro, sin embargo, es donde más han influído en España las doctrinas francesas, políticas y filosóficas, y las reglas y preceptos pseudo-clásicos primero y las innovaciones románticas por último. Pero por cima de todo ha prevalecido, jamás aletargado y siempre fecundo, el ingenio español con savia castiza y propia, mostrándose brillantemente en los saineteros Cruz y Castillo, en Moratín, en Bretón de los Herreros y en los más egregios dramaturgos del tiempo del romanticismo, entre los que sobresalen el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch y Zorrilla.

A época posterior, que puede considerarse no ya como clásica ni como romántica, sino como ecléctica, pertenecen Tamayo y sus obras, eminentemente españolas por la pureza del lenguaje, por la fuerza del estilo y muy singularmente por el carácter de quien las compuso.

No he de negar yo que los autores dramáticos españoles, desde hace bastante tiempo, han garbeado y merodeado mucho en las ricas cosechas dramáticas francesas, abasteciendo la escena insaciable de por acá con traducciones, imitaciones, arreglos ó desarreglos de las obras traspirenáicas.

La multitud de teatros que entre nosotros hay; la afición de los españoles, aun de los que nunca leen un libro, á oir comedias y dramas, y la necesidad de darles con frecuencia espectáculos nuevos, según la moda y el uso del día, explican bien los mencionados merodeos, á pesar de la virtud prolífica de nuestra Melpómene y de nuestra Talía, lozanas y fecundas siempre.

No está exento Tamayo de la nota de haber traducido ó arreglado no poco del francés; pero lo ha hecho con tan buena maña y arte tan exquisito, que casi siempre ha mejorado la obra que traduce ó arregla, como sucede, y el señor de Tannenberg lo reconoce, en *Lo positivo*, cuyo original ó modelo es el *Duque Job*, de León Laya.

De las obras enteramente originales de Tamayo da cuenta exacta el Sr. de Tannenberg, comprendiéndolas bien y juzgándolas con imparcial y recto criterio. De su tragedia *Virginia* hace grande y merecido elogio, poniéndola por cima de la del francés Latour-de-Saint-Ibars y hasta de la del gran trágico italiano Victorio Alfieri. El gusto ecléctico se manifiesta en la obra de Tamayo, que no es clásica ni romántica, sino pintoresca, rica de movimiento y de acción y escrita por vigoroso y conciso estilo. La mira del poeta está en producir lo bello y lo sublime, representando pasiones y actos humanos, caracteres verosímiles y grandes, y conflictos tan violentos que, si no justifican, explican y prestan hermosura y grandeza á la tremenda resolución de Virginio de matar á su hija y al brío de la voluntad con que lo lleva á cabo,

venciendo la resistencia del amor paterno. Virginio, dado su carácter y dada la terrible situación en que le coloca la suerte, es parricida, sin que al espectador le repugne, sino inspirándole honda piedad y hasta admiración, cuando no cumplida alabanza.

No sucede así con el remedo á la moderna de la antigua y legendaria Virginia romana en la *Emilia Galotti*, de Lessing. El padre de Emilia no inspira compasión, sino disgusto y rabia. Momentos hay, si no recuerdo mal, en que tiene á mano al tiranuelo y al privado infame, causa del asesinato de su futuro yerno y de la proyectada deshonra de su hija. No apruebo yo el tiranicidio ni me parece bien siquiera que un hombre dé á otro de puñaladas sin decir oxte ni moxte; pero confieso que asistiendo en el teatro á la representación del drama de Lessing, me han dado ganas de gritar al padre ofendido:—¡Hombre del diablo, ahí tienes al tirano, ahí tienes á su inicuo consejero Marinelli: mátalos á ambos, ó mata al menos al que tienes más cerca, y deja á tu hija sana y salva! —A Virginio no se le puede aconsejar cosa semejante. Apio Claudio está en su tribunal, cercado de lictores y de guardias, y Virginio no puede llegar hasta él. La muerte de su hija es, pues, ineludible, así para salvarla de la deshonra como para vengarse después de los que ocasionan su muerte sublevando al pueblo, destruyendo la tiranía y dando libertad á Roma.

Me parece que Tamayo, cuya fe religiosa era ferviente y cuya moralidad era muy severa, sentía

en su espíritu la obsesión de una real ó imaginada antinomia, que hubo de influir en sus obras dramáticas, ya anhelando que fuesen ejemplares y probasen una tesis, ya apartándole de aquel propósito como irrealizable y peligroso, por la divergencia que cree advertir entre la moral y la estética. Ello es lo cierto que mientras menos tesis hay, mejores son los dramas de Tamayo; mientras menos prueban, más interesan y más conmueven. Sus mejores dramas son, sin duda, *Locura de amor* y *El drama nuevo*, donde con toda evidencia puede asegurarse que Tamayo no trata de probar cosa alguna, sino de representar la realidad purificada, mostrando en ella toda la hermosura y toda la sublimidad patética y trágica que nace de la lucha de nobles y encontrados sentimientos y de vehementes pasiones.

En cambio, en *Lances de honor*, donde en balde quiere Tamayo demostrar una tesis, el interés y la simpatía que inspiran los personajes no son muy decididos y poderosos en el ánimo del espectador, á pesar de lo bien tomados é imitados de la vida real que están los cuadros todos que Tamayo nos representa, y á pesar de su magistral conocimiento y de su hábil manejo de los resortes y movimientos de las escenas.

Tamayo, en suma, está imparcialmente juzgado por el Sr. de Tannenberg, después de un examen detenido é inteligente de casi todas sus obras.

Todavía me parece mejor estudiado, comprendido y trazado el *retrato* del novelista D. José de Pereda. Nada hay que objetar, en mi sentir, á

cuanto de él dice el Sr. Boris. Acaso pudiera afirmarse que no hemos tenido en España crítico alguno que comprenda, juzgue y tase con mayor exactitud el mérito del novelista de la Montaña.

El concepto, tan hermoso como exacto, que el Sr. Boris hace formar á sus lectores de las obras de Pereda, picará, sin duda, la curiosidad y excitará el deseo del público francés de leer *Peñas arriba*, *La Puchera*, las *Escenas montañesas* y otras narraciones y pinturas no menos originales é inspiradas que *Sotileza*, novela traducida y publicada ya en el idioma de Flaubert y de Zola, con algún buen éxito á lo que entiendo.

Casi todos los franceses tienen la idea, sin que dilucide yo aquí si con razón ó sin razón, de que el español es tanto más español y tanto más diferente de lo que fuera de España se usa, cuanto más retrógrado se manifiesta, llamando retrógrado al que no gusta de ciertas ideas modernas y las cree nacidas fuera de España é importadas entre nosotros para nuestra degeneración y ruína.

De aquí proviene acaso que así en Pereda, como con mayor exageración en Tamayo, en Menéndez y hasta en la propia Doña Emilia Pardo Bazán, de gustos tan cosmopolitas y tan aficionada á las novedades, el Sr. Boris de Tannenberg ponga de realce la susodicha cualidad como sello exclusivo y claro de originalidad española.

Algo quiero yo expresar sobre esto; pero lo dejo para un segundo artículo, porque todo lo que tengo que decir no cabe ya en éste como no le alargue en demasía.

II

Hablar del propio individuo y hasta hablar de la colectividad, casta ó nación á que pertenecemos, es hablar muy ocasionado á equivocaciones y á errores, porque tal vez el amor propio nos alucine. Yo creo, no obstante, que en el día de hoy, más que de presumidos y de vanos, pecamos los españoles de humildes. Y no sólo porque nuestra decadencia y nuestras últimas desventuras nos hayan abatido el ánimo, sino porque hasta cuando había sobrado motivo para que formásemos de nosotros mismos alto concepto, nunca le formamos deprimiendo el de las otras naciones, sino elevándole al mismo nivel y en no pocos puntos poniéndole por cima. A la cultura de los árabes prestamos más valer del que en realidad tuvo entre nosotros, y magnificamos tanto las rudimentarias civilizaciones de la América precolombina, que dimos aparente fundamento á los que después nos censuraron de haberla marchitado y segado en flor. De Italia, maestra de las gentes, jamás dejó de estar la alabanza en nuestros labios, en nuestro corazón la gratitud y la admiración en nuestro espíritu. Todavía Lope, con verse tan lisonjeado y con poder estar tan engreído, declara que no se atreve á competir con los italianos, que son

..... solos y soles.
El con sus rudos versos españoles.

Nuestra opinión sobre Inglaterra siempre fué también muy elevada. Hasta en los momentos de nuestra mayor irritación contra aquel pueblo, después de morir María Estuardo, y cuando aspirábamos en balde á vengar su muerte, Góngora, en su canción á la invencible armada, se desata en injurias contra la Reina Isabel; pero á la muchedumbre de sus súbditos los ensalza y pone por las nubes. Y lo que es de Francia, del admirable ingenio de sus hijos, de sus ciencias, artes y letras, del afable trato que allí hay y de los refinamientos y elegancias que allí se disfrutan, casi todos nuestros escritores se hacen lenguas, desde Gutierre Díez de Games, secretario y alférez de Pedro Niño, y desde los que compusieron los más viejos romances, hasta cuantos escriben ahora en lengua castellana.

Apenas hay español que no reconozca, lamente y confiese nuestro atraso; que no crea y declare que desde hace lo menos dos siglos, modas, adornos, trajes, invenciones primorosas que hacen menos ingrata la vida humana, fotografía, teléfono, electricidad, máquinas de coser y automóviles, todo nos viene de Francia ó por conducto de Francia. Nada de esto hemos inventado nosotros. Desde hace mucho tiempo, apenas inventamos cosa alguna. Hasta las palabras que han pasado de nuestro idioma á los idiomas extranjeros, dan de ello muy lastimoso testimonio: así, «pronunciamiento, auto de fe, camarilla, guerrilla, toreador, bolero,» etc.

Hecha esta confesión modestísima, ¿no nos será

lícito oponernos á que se aumente con injusticia el capítulo de nuestras culpas y á que de continuo se nos echen en cara? No es defender las corridas de toros el que aleguemos que en los más cultos países suele haber espectáculos no menos bárbaros. Ni es defender la Inquisición el afirmar que en otras comarcas cristianas, donde nunca la hubo, se han quemado mil veces más brujas y más herejes que en España, y se han cometido atrocidades fanáticas, en cuya comparación la conducta del Santo Oficio es toda benignidad, indulgencia y dulzura.

Presupuesto lo dicho, se explican y aun se justifican no pocos pensamientos y afirmaciones de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que tal vez hace resaltar el Sr. Boris, con contradicción y censura, en medio de las más entusiastas alabanzas.

Ya en el *retrato* que hace el Sr. Boris de Doña Emilia Pardo Bazán, puede advertirse algo parecido: la preocupación de nuestros pensadores y escritores más patriotas de que, desde hace doscientos ó trescientos años, en el Norte de Europa, y especialmente en Francia y en Inglaterra, naciones florecientes y preponderantes en todo, se ha compuesto la historia del desenvolvimiento intelectual y de la civilización del linaje humano, así como la filosofía de esta historia, muy para lisonjear la vanidad de las gentes de aquellos países, escatimando á Italia no poco de la gloriosa parte que puso en los más grandes progresos científicos y filosóficos, y desconociendo ó negando

que España tuviese en ellos parte alguna, por culpa acaso de la Inquisición, de las corridas de toros ó de otras causas más pasmosas todavía. Buckel, por ejemplo, asegura que los muchos terremotos á que está sujeta nuestra Península, así como otros fenómenos geológicos y meteorológicos, nos han infundido tan funesto «temor de Dios,» que nos han hecho incapaces para la filosofía y las ciencias, y crueles además, fanáticos y obscurantistas. Fundado Buckel en tales asertos, lanza contra nosotros las más injuriosas diatribas. El «yankee» Draper no le va en zaga. Y otros autores que se jactan de imparciales y serenos, como el Sr. Guizot, nos desdeñan amablemente, nos pasan en silencio y poco ó nada cuentan con nosotros para civilizar el mundo.

Desde que escribió el Sr. Masson su famoso artículo de la enciclopedia metódica, no han cesado de llover los vituperios contra la inteligencia española, atrofiada ó estragada por el fanatismo. Para nuestra bella literatura han solido ser más indulgentes los críticos extranjeros. Con el romanticismo, la indulgencia se ha convertido en entusiasmo en no pocas ocasiones. Escritores alemanes, sobre todo, han celebrado á nuestros antiguos novelistas y poetas, extremando quizás su admiración por los dramáticos. Pero respecto á filosofía y á ciencia, la más vulgar opinión, fuera de España, es que España vino á ser, quizás por los terremotos y por el funesto «temor de Dios,» de que habla Buckel, la Beocia de la moderna Europa.

En el retrato de Doña Emilia, trazado por el Sr. Boris, hay mucho parecido, y se advierte bien que el autor ha estudiado y comprendido casi todas las obras de tan fecundo y poderoso ingenio. Lo que más encomia el Sr. Boris es el *San Francisco de Asís*. Ensalza, además, como es justo, la fertilidad asombrosa de Doña Emilia, que sin esfuerzo ni cansancio redactó ella sola la revista *Nuevo Teatro Crítico;* compuso un volumen para defender é implantar entre nosotros el naturalismo de Zola y otro para darnos á conocer todo el mérito y los primores de la flamante novela rusa, y todavía tuvo y tiene tiempo para redactar amenísimas impresiones de viajes, donde todo está agudamente observado y lindamente descrito, y para componer y publicar, primero en periódicos y revistas y después en tomos, multitud de cuentos y novelas. Todas estas novelas y estos cuentos se leen siempre con singular agrado, por la espontaneidad y la gracia del estilo, y por el amor y el artístico esmero con que se pintan en ellos las costumbres, el paisaje y la vida de Galicia, patria de la autora. En algunos de estos cuentos y novelas, ya son de admirar la creación y representación de figuras y caracteres humanos, ya lo bien urdido que está el enredo ó la trama, estimulando la curiosidad del lector y moviendo su interés hasta llegar al desenlace, sin que el libro se caiga ni un momento de las manos.

Aunque muy velada por la galantería, entreveo yo una vislumbre de censura del Sr. Boris contra Doña Emilia, que, en mi sentir, carece de fun-

damento; pero el verdadero censor, y un tanto cuanto ingrato además, no es el Sr. Boris, sino el mismo novelista Zola, de quien dice que se maravilló de que una dama católica y española siguiese y sostuviese su partido. Yo creo que Zola no tenía razón, que estaba mal enterado, ó que no había leído *La cuestión palpitante*, de Doña Emilia. Bien se puede, aunque sería prolijo explicarlo aquí y desistimos de ello, aceptar el procedimiento literario de observación minuciosa, así de lo bonito y aseado, como de lo feo y sucio, y describirlo todo, como vulgarmente se dice, con sus pelos y señales, sin perdonar pequeñez ni ocultar basura, y no afirmar por eso que el sér humano es una máquina ó un alambique, cuyos actos son determinados y fatales, y cuyas pasiones, buenas ó malas, vienen á ser á modo de productos químicos, como el azúcar y el vitriolo.

En suma: las noticias que el Sr. Boris da de Doña Emilia al público francés, son, en mi sentir, bastante exactas, y el juicio que de ella forma, aunque no peque de sobrado lisonjero, no debe descontentar á la dama sobre quien recae, dama que indudablemente, desde hace cerca de trescientos años, no ha tenido más rivales en España que Doña Concepcion Arenal y Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, aunque ambas fueron por otros caminos á conquistar sus laureles.

Reproduce el Sr. Boris una anécdota graciosa, contada antes por la propia Doña Emilia: la primera visita que hizo á Víctor Hugo. Sin duda hubo de ser por finura y claro reconocimiento de

nuestra natural aptitud para la sabiduría, y no para enojar á nuestra compatriota, aquello que el gran poeta francés le dijo de que España estaba atrasadísima, y no había tenido sabios porque la Inquisición los había expulsado ó quemado vivos. Doña Emilia se creyó entonces obligada á salir á nuestra defensa, y en plena tertulia del autor de los *Cantos del crepúsculo* y de *Napoleón el pequeño*, defendió á los españoles de la nota de fanáticos y crueles.

Yo he de confesar que tengo á veces el endiablado recelo de que la tal defensa pudiera parecerse en algo á la que hizo Quevedo de D. Pedro el Cruel. Dicen que forzó doncellas; pero el poeta satírico le defiende suponiendo, ó que no las hubo en su reinado, ó que ellas no se resistieron. Aplicando el cuento á nuestro caso, surge otra cuestión: la de si hubo ó no hubo sabios. Yo doy por cierto que los hubo; pero considero verosímil y aun probada la falta de «resistencia.» Para ello retraigo á la memoria la chistosa contestación de cierto sabio español, á quien motejaban por haber sido familiar del Santo Oficio: ¿pues había yo de ser tan tonto, dijo, que prefiriese ser pollo á ser cocinero? Como quiera que ello sea y burlas aparte, la verdad es que en España apenas han sido víctimas de la Inquisición sino gentecilla ruín y sujetos de poca importancia, sin que hayamos quemado ni ajusticiado á un Giordano Bruno, á un Vanini, á un Miguel Servet ó á un Tomás Moro. Y bien puede asegurarse, aun sin acudir á otra prueba, que

donde tan claros personajes eran así tratados, no había de contar, con mayor tolerancia y clemencia, la baja plebe que pensase, dijese ó hiciese algo contra las creencias y doctrinas de los mandones.

Creo haber dicho que los dos *retratos* más completos trazados por el Sr. Boris son los de Tamayo y Pereda; mas no por eso tienen menos mérito los otros, salvo que por lo complicado y vasto del original y por la multitud de consideraciones á que se presta el asunto, los otros dos retratos son harto más difíciles de hacer, sin que en ellos se note falta ó confusión en varios puntos y pormenores. Ya esto se advierte en el retrato de Doña Emilia. Y muchísimo más se advierte aún en el de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, donde el Sr. Boris, por más que desee concretarse al asunto y por más que procure no divagar, necesita hablarnos de toda la ciencia, de toda la filosofía y de toda la creación intelectual que ha habido en España, desde las más remotas edades hasta la presente.

Yo mismo considero ahora punto menos que imposible extractar en pocas palabras, cuando no todo, algo de lo que dice el Sr. Boris, y me veo obligado, venciendo mi fundadísimo temor de cansar á los lectores, á escribir sobre el *retrato* de Menéndez un tercer artículo que será el último de esta serie.

III

Gœthe, hablando de Hans-Sachse, dice en cuatro versos algo que me complazco yo en aplicar á D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Lo difícil es traducir ó parafrasear los cuatro versos sin achicar ni obscurecer su sentido. «Tiene, dice, una vista, una comprensión tan fiel y tan aguda, y es además tan apasionado, que ve muchísimas cosas con claridad y limpieza y luego las hace suyas.» Quiero significar con esto que, si bien la memoria es importantísima, valen más otras facultades. Sin contar con ellas, no es posible ni explicable Don Marcelino.

Para atesorar en la memoria se requiere aprender antes con los ojos del alma todo cuanto se atesora, y aprenderlo y percibirlo con rectitud y agudamente. Y todavía servirfa esto de poco si el amor del alma de quien aprende y percibe no fuese bastante poderoso para convertir lo percibido en substancia propia y mostrarlo luego al mundo con orden, con luz y con sello individual y propio. De aquí que á un gran crítico no le baste la erudición, aunque la necesita, sino que necesite además juicio luminoso y sereno para rechazar lo feo y amar lo hermoso, y, por último, fuerza plasmante ó creadora en este amor para representar después lo que se sabe, como caudal ó riqueza de nuestra propiedad y señalada con nuestra marca.

El Sr. Boris y yo coincidimos en afirmar que Menéndez es poeta antes de ser crítico y erudito.

Su prosa castiza y fácil, su estilo ameno y en no pocas ocasiones vehemente y su hábil método para enseñar, no se comprenden sin pasión y sin poesía. Las Epístolas á Horacio y á los amigos de Santander que le regalaron la Biblioteca griega, y no pocas otras composiciones, propias y traducidas, como la Galerna del Sábado Santo, el joven enfermo y el ciego de Andrés Chenier, el Canto de los Sepulcros de Fóscolo y el Prometeo de Esquilo, dan testimonio experimental de la verdad que dialécticamente hemos afirmado antes. En lo que ya me aparto de la opinión del Sr. Boris, es en considerar al Sr. Menéndez, permítaseme la expresión por no tener á mano otra más propia, católico en demasía, intolerante hasta el extremo de aprobar la violencia y el castigo para imponer y conservar la fe religiosa.

Sobre esto es menester hacer no pocos distingos. En su más temprana mocedad, arrebatado por el entusiasmo estudiantil y en el ardor de sus primeras polémicas, no es extraño que Menéndez fuese más allá de lo que nos parece justo y razonable al defender la Iglesia á cuya comunión pertenece y la patria en que ha nacido; pero, con el tiempo, y llegado Menéndez á la madurez de su razón y á la mayor altura y plenitud de su inteligencia, se ha serenado y suavizado por completo. Su espíritu, despejado hoy de toda niebla de preocupaciones, acepta y recibe con entusiasmo y simpatía, y venga de donde venga, toda belleza y toda verdad, aunque no sin estimar antes su buena ley y pesar sus quilates.

Las principales obras en prosa de Menéndez, que el Sr. Boris examina y juzga, son *La ciencia española*, *Horacio en España*, la *Historia de los heterodoxos*, la *Historia de las ideas estéticas*, la *Antología de poetas líricos castellanos*, de que van publicados once volúmenes, y las obras completas de Lope de Vega, edición monumental, hecha á expensas de la Real Academia Española y admirable y copiosamente ilustrada por D. Marcelino, con eruditísimos comentarios, cuya amenidad es tal que hasta las personas menos aficionadas á estudios serios los leen ó pueden leerlos con no menor deleite que la más entretenida y discreta novela. De estas obras de Lope van publicados trece gruesos tomos, donde se diría que el comentador quiere competir y compite en fecundidad con el comentado.

Para mostrar todo el mérito de Menéndez y ensalzarle con fundamento, el Sr. Boris tiene que tratar de toda la cultura española. Nosotros, á fin de seguirle y á fin de condensarlo todo en este artículo, tendríamos que ser maravillosamente concisos, á no pasar en silencio sobre multitud de puntos en que nos agradaría detenernos. Uno de los primeros escritos, en que mostró Menéndez su saber y su ingenio, fué en la polémica que sostuvo con D. Manuel de la Revilla defendiendo la ciencia española. En lo que hay en esta ciencia de observación experimental de las cosas del universo visible estudiadas con el auxilio de la dialéctica y de las matemáticas, se detiene menos el Sr. Menéndez, por considerarse, con

gran modestia, poco competente en el asunto.

Prueba, no obstante, con los nombres y las obras que cita y con los razonamientos que hace, que si España no puede jactarse de haber tenido un Copérnico, un Galileo, un Newton ó un Lavoisier, ha tenido sabios de todas clases, grandes navegantes, cosmógrafos, zoólogos y botánicos, cuyos estudios, descubrimientos é invenciones han servido de firme base á los grandes sistemas y á las hipótesis atrevidas que explican ó tratan de explicar el cosmos y la naturaleza toda. Tal vez el ardor y la fe con que el Sr. Menéndez reivindica nuestra importancia científica han llamado la atención de los estudiosos españoles hacia tal objeto y han ocasionado la producción y la aparición de libros en que, si no se escribe la historia científica de nuestro país, se acumulan y ordenan copiosos datos é interesantes documentos para escribirla. Así, por ejemplo, los *Apuntes para una biblioteca española del siglo* XVI por D. Felipe Picatoste. Desde que el Infante D. Enrique fundó la escuela de navegación en el Promontorio Sacro, preparando con tenacidad los medios de surcar el Mar Tenebroso, de vencer á Adamastor, de descubrir el Nuevo Mundo, de ir á India y á China y de circunnavegar el planeta, hasta bien entrado el siglo XVII, en que ya se notan y deploran nuestra decadencia y fatiga, ¿quién podrá negar, sin mala fe ó sin ignorancia supina, la actividad intelectual y fecunda de españoles y portugueses en la investigación y reconocimiento de cuantos son los seres visibles y creados? Y es curioso y

muy digno de observarse que, ni bajo el cetro del austero Felipe II, valió alegar argumentos teológicos, ni autoridades de las Sagradas Escrituras contra las más atrevidas afirmaciones de los matemáticos y naturalistas de entonces. Los que de tales argumentos se servían eran comparados por Villalobos á los malhechores, que buscan asilo é impunidad en la iglesia contra sus fechorías y atentados. ¿Y cuál atentado mayor que estorbar la difusión de las luces, la aparición de la verdad y el consiguiente progreso?

Ciencias nuevas hay que, aun no atreviéndonos á afirmar que han nacido en España, todavía no se comprende que nacieran en parte alguna sin los abundantes y riquísimos gérmenes que trajo España para que se lograse su nacimiento. Así la filología comparativa. Los vocabularios y las gramáticas, de centenares de idiomas, americanos, asiáticos y de las islas del mar del Sur, debidos á nuestros misioneros y de los que el Conde de la Viñaza nos ha dado tan extensa y bien razonada bibliografía, son los precedentes de la lingüística y la base de las teorías y especulaciones de Hervás y Panduro, de los Adelung y de otros más recientes filólogos.

Llegamos ya á la filosofía ó dígase á la ciencia primera que trata de averiguar el origen legítimo de nuestro conocer, el por qué de las cosas y el fin y el propósito á que son encaminadas, presupuesta una suprema inteligencia que las encamine. Sobre esto discurre con extensión el Sr. Menéndez, y el Sr. Boris trata de seguirle. ¿Hubo

grandes filósofos en España? ¿Podemos afirmar que hay una filosofía española? Cuestiones son éstas que han procurado dilucidar algunos de nuestros compatriotas, siendo los más inmediatos predecesores de Menéndez, entre otros, D. Gumersindo Laverde Ruiz, D. Francisco de Paula Canalejas y D. Nicomedes Martín Mateos.

Niegan ó desconocen los eruditos de otros países que en España haya habido filosofía y hasta filósofos, sobre todo desde la época del Renacimiento hasta ahora. En la Edad Media los tuvimos, especialmente entre los judíos y muslimes. Y no se puede negar que el examen y el análisis de sus obras han sido mejor hechos hasta hoy fuera que dentro de nuestra Península. Así Averroes Maimónides, Ibn Gebirol, Tofail y Jehuda Levita.

Desde la época del Renacimiento en adelante, la más común opinión de los extranjeros es que el Santo Oficio mató todo espíritu filosófico entre nosotros, y cortó las alas del alma para elevarse á lo absoluto y á lo infinito, salvo acaso en los arrobos y éxtasis de los místicos.

Contra estos asertos protesta el Sr. Menéndez. El Sr. Boris acoge la protesta con simpatía, pero no se decide en su favor muy á las claras. ¿Qué diremos nosotros? Lo primero que diremos es que la cuestión es complicadísima. Tanto se puede y se debe disertar sobre ella, que no cabe en este artículo sino indicar ligeramente los puntos más esenciales.

Toda filosofía que ha recibido el epíteto de nacional, debe el epíteto á la lengua en que está es-

crita. Hubo en lo antiguo filosofía griega. En la edad moderna se habla de filosofía francesa y de filosofía alemana, sobre todo desde que los filósofos de aquellos países escribieron en francés ó en alemán. Los grandes filósofos españoles, y yo creo que los hubo, han escrito en latín los más de ellos. Sus filosofías fueron, pues, más que españolas, cosmopolitas. Si ejercieron ó no grande influjo en su tiempo, es uno de los puntos que conviene dilucidar. ¿Qué importan en la historia de la filosofía Luis Vives, Francisco Suárez, Gómez Pereira, Foxo Morcillo y Francisco Sánchez, para no citar sino los más célebres? Si los tenemos injustamente olvidados, la erudición y la crítica modernas deben retraerlos á la memoria de las gentes, exponer de nuevo y con claridad sus doctrinas, y tasar el valor que tuvieron y que todavía tienen. Algo de esto hizo el Sr. Menéndez con el escéptico Francisco Sánchez en su bello discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Y premiado por esta misma Academia ha sido poco há un libro de D. Adolfo Bonilla sobre Luis Vives, libro inédito aún, pero que celebran mucho cuantos le conocen, y donde sin duda se verá con claridad si fué ó no aquel sabio valenciano inspirado predecesor y maestro de Bacon y Descartes. Por lo demás, nada tiene de incontrovertible, y bien puede calificarse de arbitrario el honor que se otorga á Bacon de haber fundado la moderna ciencia experimental, y á Descartes de ser como Sócrates para la antigua filosofía, el padre de la filosofía novísima; del sen-

sualismo de Locke y de Condillac, del escepticismo de Hume, del acosmismo de Berkeley, del criticismo de Kant y del idealismo de Schelling, Fichte y Hegel.

Contra la sentencia que otorga el mencionado honor á Bacon se rebelan no pocos positivistas, rebajando tanto su obra como vilipendiando su persona. Y la importancia de Descartes no es menos controvertida. Gioberti, pongo por caso, le trata como metafísico con el más soberano desprecio. Triste gloria recaería, por consiguiente, en Luis Vives para los que piensan como Gioberti, que son bastantes, por haber inspirado al autor del *Método* y las *Meditaciones*.

En suma: todo esto de nuestra filosofía española tiene aún no poco que estudiar, que sacar del olvido y que poner en claro. Lo que sí puede afirmarse desde ahora, es que los extranjeros, sobre todo franceses, alemanes é ingleses, se han prodigado el incienso y se han despachado á su gusto, así en la historia de la filosofía como en la filosofía de la historia. Desde Vico, á quien se supone inventor de esta ciencia, que también se supone nueva, no hay para los que la explican ó la cursan por esas tierras extrañas, mejora alguna, adelanto ó perfección que no haya brotado y crecido entre ellos, ni tropiezo, estorbo ó valla que no hayamos opuesto nosotros al paso de la humanidad en su carrera progresiva.

Confieso que contra este prurito de deprimirnos y de humillarnos, ha habido y hay en varios autores españoles, excitados por excesivo celo pa-

triótico, la manía de exagerar acaso cuanto en España se ha inventado ó discurrido. A veces, de invenciones y de discursos cuya originalidad, yo por lo menos, dejaría con gusto al extranjero á quien se atribuyen, sale un erudito español jactándose de que un compatriota suyo fué el autor primitivo. D. Antonio Cánovas del Castillo ha sacado á relucir, v. gr., á un pensador de nuestra tierra, cuyo nombre no recuerdo ahora ni merece la pena de buscarle en el escrito de Cánovas para recordarle aquí, que incurrió en las mismas lúgubres extravagancias, en la misma falta de fe y de confianza en la Providencia divina y en las mismas profecías ominosas que el inglés Malthus. Para este Calcas economista hispano, para este tremendo adivino de males, la población irá siempre creciendo más que los medios de subsistencia, y pronto no tendremos qué comer ó no cabremos en nuestro mundo sublunar si la guerra, la peste y el hambre no se encargan de despoblarle un poco, haciendo que las razas selectas y mejores sometan, amengüen y hasta aniquilen á las desmedradas y ruínes.

Prescindiendo ya de estas cuestiones, sobre las cuales podrían escribirse muchas columnas, y no sólo un artículo, terminaré éste declarando que el Sr. Boris da á conocer muy bien á los franceses y aprecia con la debida justicia el mérito de Don Marcelino Menéndez y Pelayo como crítico é historiador de nuestra gran literatura y como imparcial apreciador de las extrañas, y de la francesa sobre todo.

En un punto pone reparos el Sr. Boris, y lo que es yo, á pesar del respeto y de la admiración que el Sr. Menéndez me infunde, me siento inclinado á aceptar los reparos del Sr. Boris. Menéndez, en mi sentir, aprecia en menos de lo justo el valer y la transcendencia del florecimiento intelectual de Francia en el gran siglo de Luis XIV, y en cambio exagera también el mérito de la literatura francesa de la Edad Media, canciones de gesta, leyendas y tradiciones heróicas y religiosas, siclos carlovingio y de la Tabla Redonda, etc., etc. Todo ello se mostraría en Francia, pero no es de Francia sólo, sino de Europa entera. En su origen, los más brillantes de dichos siclos aparecen fuera de Francia, y también llegan fuera de Francia al más alto grado de perfección y de hermosura en obras inmortales. Nada hay en Francia que valga ni remotamente lo que valen el *Nibelungenlied;* el *Parsival*, de Volfram y Eschenbach, y la *Divina Comedia*, de Dante. Hasta para terminar aquellos siclos, hasta para cerrar con llave de oro los encantados palacios y jardines de los medioevales ensueños y acabar graciosamente con «tutta la romanzeria» cuando ya no se tuvo fe en ella, no le cupo gloria á Francia, sino á Italia con Ludovico Ariosto. Bien lo confiesa Boileau, sin querer, cuando dice:

.....Laissons á l'Italie
De touts ces faux brillans l'eclatante folie.

Con otras consideraciones que limitan las alabanzas dadas por el Sr. Boris á Menéndez, no es-

toy yo del todo conforme. Convengo en que Menéndez sabe desentrañar el sentido y estimar en cuanto vale el mérito de las obras literarias de que da cuenta; pero, en mi opinión, no es menos hábil y lucido pintor de la vida, carácter y fisonomía de las personas que dichas obras escribieron. Con extraordinaria brillantez aparece esta cualidad de Menéndez en las pinturas que hace de casi todos los poetas de los siglos XIV y XV, cuyos lances de amor y fortuna tienen mil veces más poesía que cuantas coplas de ellos hay insertas en los cancioneros, y todavía es más de admirar la firmeza y destreza de su pincel al retratar á los hombres de acción con las circunstancias políticas y el ambiente social en que vivieron, ya en el admirable prólogo á *La Propaladia*, de Torres Naharro, ya en su escrito sobre los historiadores primitivos de Indias, donde Colón, Fr. Bartolomé de las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo aparecen retratados de mano maestra.

Los prólogos de la *Antología* van siendo, y llegarán á ser, cuando la *Antología* esté terminada, una historia completa de nuestra bella literatura. Mejor sería, lo confieso de acuerdo con el señor Boris, que esta historia tuviese más forma de historia y no se compusiese de una sarta de prólogos extensísimos. Y sin embargo, este defecto, dado que lo sea, sólo arguye modestia en el autor, que promete poco y cumple luego muchísimo más de lo que promete.

Del admirable y divertido comentario á las obras de Lope, dice poco ó nada el Sr. Boris. Tan ex-

tenso comentario acaso parezca sobrado á quien no le lea; pero no está de sobra si se atiende á la inmensidad del poeta que se comenta y si se ve que allí se dilucida el origen de las fábulas, de las tradiciones, de las leyendas históricas y de toda la poesía difusa, popular, épica y dramática que sirvió de materia prima y fué como el oro y como las amontonadas piedras preciosas con que formó Lope las ricas joyas de su teatro.

De todos modos, repito que el Sr. Boris de Tannenberg merece nuestro aplauso por lo que ha hecho, y más merece aún nuestra gratitud por la buena voluntad y por el empeño que muestra de dar á conocer y de hacer estimar en Francia nuestra literatura en la edad presente.

Por dicha, no es sólo el Sr. Boris quien hoy en esto se emplea. El número de buenos hispanófilos va aumentando en Francia. De ello dan testimonio la *Revista Hispánica*, que se publica en París; el *Boletín Hispánico*, que se publica en Burdeos, y la actividad del editor Eduardo Privat, de Tolosa, cuya «Biblioteca Española» ha dado á luz ya varios interesantes volúmenes y tiene en preparación muchos otros, debidos al saber y al ingenio de los Sres. Morel-Fatio, Piñeyro, Farinelli, Cuervo, Ernesto Merimée y otros.

SOBRE

LA PRIMERA REPRESENTACIÓN

DE LA

TRAGEDIA "CLEOPATRA,,"

SOBRE LA PRIMERA REPRESENTACIÓN

DE LA

TRAGEDIA «CLEOPATRA»

Con motivo de la representación de *Cleopatra*, tragedia tomada por Eugenio Sellés de la que Guillermo Shakespeare escribió, siglos há, en lengua inglesa, acuden á mi espíritu no pocas consideraciones, al parecer contradictorias, algunas de las cuales voy á expresar en el presente escrito.

Lo primero que yo afirmo es la infalibilidad del público en asuntos literarios; pero esta infalibilidad suele quedarse *en potencia*, y á veces no se *actúa*, por faltar las condiciones que para ello se requieren.

Pongamos por caso la oda de Quintana al levantamiento de España en 1808. Sin duda es dicha oda una de las más sublimes poesías líricas entre cuantas se han compuesto en toda lengua humana, desde que componen versos los hombres. Cuanto en ella se dice es en extremo nacional y popular; se halla en perfecta armoníaa con el sentir y el pensar del pueblo en todos los momentos, y singularmente en el momento en que se compuso la oda. Y, sin embargo, la belleza de

la forma, el primor ineludible del estilo poético, sin el cual no sería verso, sino mala prosa, lo que escribió Quintana, y su rapto lírico, á todo lo cual no está acostumbrado, y para todo lo cual no está educado el vulgo, inhabilitan la composición para que sea del vulgo comprendida. De aquí que la mencionada oda de Quintana, que debió ser popularísima en nuestro país, sea sólo estimada y gustada por los refinados aristócratas del pensamiento, y sea para el vulgo como el *Libro de los siete sellos*, ó por lo menos como algo escrito en griego ó en hebráico.

En la oda de Quintana comprendo yo perfectamente la causa de la contradicción, y dejo á salvo la infalibilidad del vulgo *en potencia*. Si fuera posible ilustrarle de repente para que penetrase el misterio de la forma, donde lo bello y lo sublime residen, acaso no habría composición alguna poética española que tanto conmoviese y entusiasmase á la muchedumbre.

En otros casos la contradicción es más difícil de explicar, pero también se explica. Sea uno de estos otros casos el de la tragedia *Cleopatra*, escrita en prosa, cuyas bellezas y sublimidades entran ó deben entrar más por los ojos y por los oídos, y representada muy bien, así por María Guerrero como por Antonio Vico, con atinado lujo, propiedad y elegancia en trajes y decoraciones. La tragedia, no obstante, ¿para qué disimularlo? ha gustado poco. ¿En qué consiste esto? ¿Dónde está, pues, la infalibilidad del vulgo?

La contestación se cae de su peso. No era vul-

go, ni era, por consiguiente, infalible, el público que acogió la *Cleopatra* fría y desdeñosamente la noche de su estreno. Yo tengo por seguro que la *Cleopatra* hubiera sido estrepitosamente aplaudida si acude á oirla, no un público selecto, sino el más humilde y verdadero público de Madrid. El vulgo madrileño del siglo XIX se hubiera complacido é interesado tanto en la representación de *Cleopatra*, como el vulgo de Londres en el siglo XVII.

No era menester esfuerzos de atención ni conocimientos previos para percibir la hermosura y hacerse cargo de la grandeza de la obra y del alto valer que tiene.

Expongamos aquí alguna de las razones que hay para afirmar este valer; valer claro y patente, para cuya demostración no se requiere alambicar mucho, aunque no seamos entusiastas de Shakespeare como Víctor Hugo, sino severos con él como Voltaire y Moratín, de quienes no estará de más sostener aquí que nunca negaron que Shakespeare fuese un maravilloso dramaturgo, un genio extraordinario, por más que censurasen el desenfreno y la carencia de reglas y de medida en sus producciones.

El argumento de la tragedia no puede pasar de moda, ni puede ménos de interesar en todas las edades. La situación del mundo civilizado pocos años antes de la venida de Cristo, y el destino de las más importantes naciones de Europa, Asia y Africa, todo se cifra y compendia en una acción cuyo poderoso móvil es el amor ciego y entraña-

ble de un hombre hacia una asombrosa mujer, cuyos hechizos y seducciones parecerían fabulosos é inverosímiles si no estuvieran tan irrefragablemente probados por los testimonios históricos más fidedignos y concordes.

Entre estos testimonios hay uno admirable por la sencillez, candor y naturalidad del estilo: el de Plutarco, á quien la docta antigüedad aclamó *el bueno* y *el hermoso*. Shakespeare ha seguido fielmente á Plutarco, poniendo en diálogo y en escena, hasta con las mismas palabras á veces, lo que Plutarco narra. De aquí que, al desdeñar la tragedia de *Cleopatra*, no parece sino que se desdeña el asunto histórico como de poca cuenta, y que se desdeña también al *bueno* y *hermoso* Plutarco como impertinente, fastidioso y desmañado.

¿Será acaso que Shakespeare haya estropeado el asunto y destruído el encanto de la narración de Plutarco al convertir la narración en drama? Aunque nos sujetásemos á preceptos literarios seudoclásicos, más estrechos que los de Voltaire y Moratín, y aunque fuésemos más severos que ellos, tendríamos que contestar con un no á la anterior pregunta. Todas las infracciones de las reglas, las impropiedades y los anacronismos; las chocarrerías que para divertir y hacerse simpático á la plebe de su tiempo pueda haber ingerido el poeta inglés en su drama; los discreteos y tiquismiquis, tan impropios del siglo de Augusto, que sin duda hay también, y de que Shakespeare gustaba, cediendo á la moda del *eufuísmo*, que en el reinado de Isabel de Inglaterra corresponde á lo

que fué el estilo culterano entre nosotros; y los personajes inútiles ó inconducentes á lo esencial de la acción, no bastan á desnaturalizarla, ni destruyen ni ofuscan tampoco los rasgos magistrales con que están trazados y con que aparecen á nuestra vista los dos principales personajes del drama: Cleopatra y su amante el triunviro Antonio. Lo complicado de ambos caracteres los hace más humanos, más conformes con la realidad, más históricos y más *vividos*, sin menoscabar su elevación heróica, sino prestándoles el atractivo de lo inexplicado y misterioso. En el carácter de Cleopatra, en las pasiones que agitan su espíritu, hay una indeterminación y una vaguedad que tienen su fundamento en la natural condición humana. ¿Es Cleopatra ambiciosa y soberbia, y ama á Antonio y tiene celos de Antonio por ambición, por amor propio y por orgullo, ó le ama también de amor vehemente, más ó menos sensual y perverso, pero como aman otras mujeres enamoradas? Esto, ni lo deslinda Plutarco, ni Shakespeare lo aclara, ni Cleopatra misma lo supo durante su vida, ni tuvo de ello plena conciencia. Tal vez lo sintió todo alternativa ó simultáneamente, de donde los diversos aspectos bajo los cuales se nos muestra la figura moral de la singular Reina de Egipto, último vástago de los Lagidas; despreciadora de los dioses; sin más ley moral que su capricho y su deleite; heróicamente valerosa cuando le daba vigor su orgullo; con cobardes desfallecimientos de mujer en otras ocasiones; prendada acaso real y efectivamente de

Antonio, como antes lo estuvo de César, como lo están las mariposas de la brillante llama en cuyo resplandor van á quemarse, y tal vez prendada de sus ensueños y proyectos de ambición, y de llegar á ser reina y emperatriz del mundo, imponiéndole como leyes sus antojos desde el Capitolio de Roma, á donde hubiera subido con Antonio si Antonio en Accio hubiera vencido.

El admirable ingenio de Shakespeare está por cima de todas las faltas en que el mal gusto de su tiempo pudo hacerle caer, que la crítica negativa señala, y que aquí no se disimulan ni se atenúan siquiera.

El general aplauso, el entusiasmo secular, la casi adoración con que Shakespeare es mirado en el mundo todo, y especialmente por una de las naciones más inteligentes, ricas, civilizadas y poderosas que ha habido en la tierra, deben infundir é infunden tal respeto, que parece desacato temerario y punto menos que delirio de la vanidad ignorante y presuntuosa el mirar á Shakespeare con desdén, poniendo nuestro propio criterio por cima del de tantos y tan egregios entendimientos humanos, durante tres siglos, unánimes en ensalzarle.

En España somos no poco inclinados á tales atrevimientos, que á veces tienen algo de chistosos, y que á veces también nos parecen simpáticos, como manifestación de cierta independencia de espíritu que no se deja arrastrar de lo que otras personas dicen y piensan. Aquí, si Calderón ó Lope no nos agradan, tendremos el miramiento

de no silbarlos; pero lo que es el desagrado no le disimularemos en manera alguna: nuestro disimulo, en todo caso, valdrá para poner en nuestra reprobación la sal y pimienta del chiste. Yo recuerdo que personas bastante ilustradas, llamándome aparte y hablándome con cierto sigilo, han tratado de hacerme confesar que la *Eneida* y que las *Geórgicas* eran obras inaguantables; que la *Iliada* no vale un pito, y que yo elogiaba los tales poemas para no chocar, para conformarme con el parecer de los doctos y para pasar por docto también. Hasta se cuenta de un atildado é ingenioso poeta de nuestros días, que, poco antes de morir, llamó á sus hijos como si tratase de hacerles importantísima revelación, y lo que les reveló fué que el Dante le apestaba.

La verdad es que lo dicho no carece de gracia, y que demuestra que, así como ya no hay Inquisición para las cosas de la fe, tampoco debe haberla para la literatura, y que cada cual debe ser libre de examinar y de juzgar según su criterio y como mejor le parezca á los autores vivos y muertos.

Indudablemente los principios en que se funda el criterio literario no son un dogma revelado; pero, en mi sentir, no son tampoco meramente subjetivos. Para mí, así como la moral tiene un fundamento absoluto, superior á toda mente humana, así también, y si no tan claro, no menos firme ni menos absoluto, tiene su fundamento la estética, por cuya virtud comprendemos lo bello y juzgamos las obras literarias y artísticas.

Ahora bien: ¿no es lícito sospechar, como consecuencia de lo expuesto, que implica por lo menos frivolidad, intelectual miopía, ó ineptitud para fijar la atención y comprender las cosas, el desdeñarlas por malas ó por poco divertidas, cuando han sido celebradas como buenas y excelentes por inteligencias superiores de varias épocas y países?

Shakespeare tendrá sus defectos. ¿Qué sér humano no los tiene? Pero mucho ha de valer, á pesar de ellos, cuando nación tan grande y tan dominadora en el mundo como la nación inglesa ha hecho de él su ídolo; cuando Emerson se atreve á decir que dicho poeta anuncia la posibilidad de la aparición en la tierra de una raza superior á la humana, y cuando Carlyle afirma que Inglaterra, su patria, preferiría perder todo el Imperio de la India á perder á Shakespeare, ya que éste, perdida la India y desbaratado y roto en mil pedazos el Imperio británico, será todavía inmortal y glorioso lazo de unión de cuantos hombres esparcidos sobre el haz de nuestro planeta sigan hablando en inglés y pongan en Albión el origen de su casta. No habrá autonomía, ni completa independencia, ni sujeción á nuevo dominio que destruya ó borre la original fraternidad de los ingleses, cuya más clara manifestación será el libro que contiene los dramas del gran poeta. Así, Cervantes, no sólo para la Península española, sino para todas sus antiguas colonias, hoy Repúblicas independientes, será rey ó benigno tirano, cuyo yugo no sacudirán nunca, y que las unirá á nosotros

mientras no se olvide el habla castellana, y contribuyendo noble y eficazmente á que no se olvide.

Ya hemos visto que el asunto no es para desdeñado, porque, sobre ser de muy apasionados amores, envuelve en sí la suerte del mundo en un solemne momento histórico, y, con el nacimiento del Imperio de Roma, constituye y marca una nueva era. Plutarco, al referirlo todo, me parece que no lo ha echado á perder. Shakespeare no lo ha estropeado tampoco, á pesar de sus *eufuismos* y desarreglos. ¿Lo habrá estropeado acaso Eugenio Sellés? Pero ¿cómo ha de ser esto posible? Eugenio Sellés, procediendo con el más atinado buen gusto y sujetándose á las exigencias del teatro en el día, ha suprimido cuantos personajes no son indispensables para que la acción se cumpla, se realice á la vista de los espectadores y sea comprendida por ellos; ha procurado observar el precepto de las tres unidades, y casi ha logrado la de lugar, evitando las frecuentes mutaciones de escena, la subida y bajada de los telones y la traslación algo fatigosa del público, aunque sea en espíritu, de Egipto á Italia, de Italia á Grecia, y de Grecia á Egipto de nuevo; ha traducido fielmente, en elegante y castiza prosa castellana, lo más bello de Shakespeare, y, por consiguiente, lo más bello también de Plutarco; y, por último, si vale decirlo así sin faltar al respeto que á Shakespeare se debe, ha hecho algo parecido á lo que haría hábil y entendido agricultor que convirtiese un magnífico, frondoso y un tanto cuanto en-

marañado bosque, donde pudiéramos extraviarnos, en primoroso huerto, en el que persisten las más ricas y lozanas plantas y flores que en el bosque había, y donde siempre quedan á la vista, sin perderse en el exuberante laberinto del follaje, las dos personas sobre las cuales importa que la atención se fije.

Claro está que para leer á Shakespeare en casa, todo este arreglo estaría de sobra y hasta sería una profanación; mas para ver la obra de Shakespeare en España y en el teatro, era indispensable el arreglo, y Eugenio Sellés le ha llevado á cabo con amor y con entendimiento del eminente poeta cuya obra arreglaba, con no corta habilidad y con el conveniente saber y experiencia de los efectos y juegos de la escena.

Hecha así la apología de la tragedia *Cleopatra*, que recientemente se ha estrenado en el teatro Español, resulta grave acusación contra el público, á causa de su frialdad y de sus desdenes.

Tal vez me calificará alguien de contemporizador; tal vez me llamará, y perdóneseme lo bajo y familiar de la palabra, sobrado pastelero. Yo, sin embargo, voy á ver si disculpo al público ó atenúo al menos su pecado. Líbreme Dios de ser poco galante, de echar la culpa de todo á las mujeres, y de decir como decía Iriarte, hace ya cerca de un siglo:

Las mujeres, que ahora no despuntan
Como en siglos pasados por discretas,
Si en el teatro público se juntan,

Aplauden cuando más al tramoyista,
Oyen tal cual chulada del sainete
Y sirve lo demás de sonsonete
Mientras que están haciendo una conquista.

Nada de eso. Las mujeres son en el día tan discretas ó más discretas que en cualquiera otra época. Su afición á hacer conquistas no es mayor ni menor. Y en lo tocante á que gusten de las chuladas ó chuscadas de los sainetes, lo que es yo las absuelvo, y hasta me confieso tan pecador como ellas, porque también á mí me divierte y me hace reir lo chusco ó lo chulo, y no veo por dónde ha de oponerse esto á que agraden é interesen también las tragedias. Jamás he llegado á comprender ese á modo de antagonismo, de que ahora se habla tanto, entre el *género grande* y el *género chico*. A mi ver, todo lo que es ingenioso, inspirado y sentido, ya propenda á conmover, ya tenga por objeto excitar la risa, pertenece al género grande, aunque sea un sainete, como *La Casa de tócame Roque* ó *Las Castañeras picadas* ú otros de autores vivos que no nombro, para que nadie diga que los adulo. No consiste, pues, ni en la frivolidad de las damas, ni en sus pobres y malos instintos literarios, el que la *Cleopatra* no agrade.

Otra razón se aduce para esto; pero aún me parece más falsa. Se dice que vivimos en tiempos harto calamitosos y tristes, por lo cual no quiere la gente que se añadan calamidades y tristezas fantásticas á las reales y positivas que ya la

abruman, sino que quiere ir á reir y no á llorar al teatro.

El anterior razonamiento, con todo, no tiene fuerza alguna cuando se considera que, por calamitosos que sean los tiempos presentes, apenas hay tiempo pasado que pueda calificarse de mejor en toda la prolongación de los siglos, por donde siempre debieron de agradar los sainetes y desagradar las tragedias. Y por otra parte, las lágrimas que puede hacer verter una tragedia, y el terror y la compasión que la tragedia inspira, son de otra índole muy diferente de las lágrimas, del terror y de la compasión que causan los acontecimientos reales y no imaginados ó reproducidos imaginariamente, con arreglo á lo que sucedió siglos há. De aquí lo que llamaba Aristóteles purificación de las pasiones en el drama, porque nuestro llanto, nuestra compasión ó nuestro terror, por lo que en nuestra vida real sobreviene, traen siempre consigo el dolor, la amargura y la pena, mientras que el llanto, el terror y la compasión que nacen por virtud estética en el espíritu humano, realzan este espíritu en vez de deprimirle, y soberanamente le deleitan. Y en el caso de *Cleopatra* se ve esto con mayor claridad que en cualquiera otro caso. ¿Qué espectador habría en el teatro la noche del estreno que hubiera perdido ó que temiera perder el imperio del mundo, que hubiera dominado despóticamente multitud de pueblos distintos, que hubiera tenido príncipes y reyes en su séquito, y que hubiera caído por su estupendo orgullo, por la ceguedad de sus amores ó por sus crímenes casi so-

brehumanos de puro grandes, en tan hondo abismo como cayeron Cleopatra y Antonio desde elevación tan pasmosa? Confesemos que la compasión y el terror que puede infundir tal caída, por lo mismo que es tan descomunal y extraordinaria, no molesta ni disgusta. Cualquier sainete, por gracioso que sea, puede molestar y disgustar más. *El Sutil tramposo*, por ejemplo, molestará interiormente, aunque exteriormente haga reir, á todos los tramposos más ó menos sutiles que le vean ó le oigan. Y *Los Tres novios imperfectos* afligirán más que las desventuras de Cleopatra y de Antonio á cuantos novios carezcan de perfecciones y de requisitos, acaso más transcendentales que los que faltaban á los tres del sainete, que eran: tuerto uno, sordo otro, y otro tartamudo.

En suma: por nada de cuanto va dicho ha desagradado ó ha agradado poco la tragedia de *Cleopatra*. La causa del desagrado estriba en lo poco que se fija la atención; en que entre nosotros acude la gente al teatro, más para ver y ser vista, que para oir los dramas, y en que cierto género de composiciones requiere y hasta exige cuidadoso recogimiento para comprenderlas bien, estimarlas y juzgarlas. El mismo público que hubo en el teatro Español la noche del estreno, hubiera aplaudido y celebrado la *Cleopatra* si la hubiera mirado y escuchado más atentamente. Entre tanto, yo creo que, en vez de motejarle por su falta de atención y en vez de censurar su ligereza, debemos celebrar y aplaudir que se haya aficionado á ir al teatro Español y á escuchar las obras maestras, aunque pe-

que en ocasiones de algo distraído. Esperemos que se corrija de esta falta y que así contribuya eficazmente á que reverdezcan los laureles y á que reviva la gloria que las musas de España alcanzaron en su teatro, el cual compite en hermosura, en elevación y en gracia con los de las demás naciones del mundo, superándolos en riqueza.

La actual compañía del teatro Español se esmera con tino y por cuantos medios están á su alcance para que se realice dicha esperanza, y algo hace también el público para ello acudiendo ahora al teatro Español con empeño y constancia que desde hace años no se mostraban. Nadie, pues, debe quejarse de la indiferencia del público. De su distracción en algunas obras serias hay, en mi sentir, hasta ciertas causas materiales que serían muy fáciles de remediar. ¿Por qué ha de empezar la función por una obra importante, que exige ser oída desde el principio, con reposo y con el espíritu completamente despejado? Mi observación hará reir, pero no importa: he de atreverme á decirla. La gente come muy tarde en Madrid; llega al teatro á la mitad del primer acto, ó cuando ya el primer acto ha concluído; se sienta de mal humor porque ha tomado de prisa el café ó porque no le ha tomado, y porque no ha fumado si fuma. El espectador, sobre todo el espectador elegante, se halla así muy mal dispuesto para escuchar con atención un drama que lo merezca y que sin atención no puede comprenderse ni estimarse en lo justo. Debiera, pues, toda función de teatro empezar por el sainete, que en vez de llamarse

fin de fiesta, se podría llamar algo que equivaliese en nuestra lengua á lo que llaman *lever du rideau* en Francia. Desde el fin del sainete hasta el comienzo del drama, pudieran mediar dos ó tres cuartos de hora para que charlasen y *flirteasen* galanes y damas, para que estuviesen ya reposados y bien acomodados los espectadores que hubiesen venido á pie, y para que todos estuviesen ya en el teatro, sin que interrumpiesen la representación los que á cada momento, durante ella, fuesen llegando de sus casas. Convendría también que, durante la representación, se atenuase muchísimo la luz de la sala, á fin de que los espectadores no se distrajesen mirándose unos á otros, y fijasen la mirada y la mente en el escenario. No estaría de sobra, por último, que, una vez empezada la representación de un drama, fuesen los entreactos lo más cortos que se pudiese. Así no se daría tiempo para que los espectadores se reinstalasen cómoda y hondamente en la vida contemporánea y real de Madrid, y no tuviesen que hacer un grande esfuerzo de voluntad para echar á volar la imaginación perezosa cada vez que el telón se levantase de nuevo, y salvar con ella, en *Cleopatra*, por ejemplo, en el tiempo veinte siglos, y en el espacio toda la multitud de kilómetros que hay desde Madrid á Alejandría.

De todos modos, y aun sin apelar á éstos y á otros remedios, tal vez la *Cleopatra* acabe por agradar cuando la gente se haga cargo de que debe ser así, y verdaderamente sienta el agrado, porque lo que es yo, lo digo con franqueza, detesto la hi-

pocresía, y prefiero que silben á Sófocles, á Shakespeare y á otro mayor dramaturgo si le hubiese, aunque fuera yo quien le tradujera ó le arreglara, á que le aplaudiesen como para cumplir un deber de conciencia aparentando entusiasmo y disimulando bostezos.

TRES RECIENTES

REPRESENTACIONES TEATRALES

TRES RECIENTES

REPRESENTACIONES TEATRALES

Los españoles deben de ser, sin duda, el pueblo más aficionado á divertirse que vive sobre la faz de la tierra. Las calamidades públicas que hoy nos abruman; la prolongada guerra civil en Cuba, que nos cuesta tanto sacrificio de hombres y dinero, y el empeño tenaz que parece tener una nación amiga en hacernos perder la paciencia, nada vale para que la perdamos ni para quitarnos la afición á las diversiones públicas, entre las cuales es la primera la del teatro.

La gloriosa fecundidad de nuestra literatura dramática aún da muestras de sí como en siglos pasados. No entiendo yo, como entienden y deploran algunos, que en este punto hayamos decaído mucho en la época presente. Tal vez ha habido en los últimos tiempos períodos de postración y de relativa inferioridad; pero se notan síntomas de que el gusto renace, de que la ópera italiana no es ya el único espectáculo que atrae á las clases elegantes y aristocráticas, y de que así éstas como el vulgo en general acuden á las representaciones de toda suerte de dramas en castellano, ya con música, ya sin música. Las quejas que antes se oían

contra nuestros actores y nuestras actrices han cesado por fortuna. Y no sin razón cesan, porque los hay de verdadero mérito, y porque todos se esmeran y á porfía trabajan para ganarse el favor de la muchedumbre.

Relativamente á su población, tal vez no haya en el mundo ciudad alguna que tenga tantos teatros como Madrid, abiertos, en actividad y muy concurridos.

Tres de ellos, donde no se canta y sólo se recita, son igualmente celebrados por sus actores y por las obras que en ellos se representan. Y es mayor el motivo que hay para elogiarlos y para dar más estimación á los esfuerzos que hacen las empresas, si se considera que en Madrid no hay una población flotante y rica de extranjeros que, como en París, van á divertirse, y que tanto contribuyen á sostener los teatros, ni soberano, príncipe ó gobierno que profusamente los subvencione. De aquí que los autores tengan que escribir más y que ganen menos, porque es difícil que una obra se repita muchas veces, por aplaudida que sea, y de aquí que los actores tengan que estudiar, ensayar y aprender de continuo nuevos papeles para atraer al público, que no se renueva ni puede renovarse tanto como en otras partes.

Los estrenos tienen, pues, que ser muy frecuentes; la ganancia de los autores más corta, y cien veces mayor el trabajo de los actores.

A pesar de nuestro rico teatro de los tiempos pasados y de la activa producción del día, nada basta para satisfacer el anhelo de novedades que

el público tiene; de suerte que hay que recurrir á menudo á traducciones, imitaciones ó arreglos de dramas franceses, cuando no se refunden ó modifican y adaptan á la moda de ahora y á las exigencias de la escena en el día, los dramas de Calderón, Lope, Tirso y otros clásicos.

A mi ver, todos los géneros son buenos con tal de que la obra. original, traducida, refundida ó arreglada, sea buena: esto es, divierta ó interese.

Aunque parezca perogrullada lo que acabo de decir, lo digo para que conste la expansiva imparcialidad de mi criterio. En mí no hay predilección ni por el género chico ni por el género grande, ni por lo moderno ni por lo antiguo, ni por lo nacional ni por lo extranjero. Claro está que por patriotismo preferiría yo que fuese nacional y no extranjero lo que obtuviese mayor aplauso; y claro está también que, por amor á la edad en que vivo y á las personas que conozco y trato, preferiría yo que gustase más el público de las obras españolas del día que de las antiguas obras españolas. Nada de esto, sin embargo, basta á torcer mi juicio. Por falta de inteligencia podrá pecar de poco atinado; pero nunca me cegará la pasión y hará que pierda su rectitud mi juicio.

Voy á dar cuenta aquí de algunas de las últimas representaciones. Y como no es posible tratar de todas, sólo hablaré de las tres que más han llamado mi atención recientemente. Cada una de ellas se ha representado en distinto teatro, y en cada una de ellas han brillado actrices muy celebradas y queridas del público, si bien de condiciones y

carácter tan distintos, que ni se prestan á odiosas comparaciones, ni la emulación cabe entre ellas.

En Lara se ha representado una comedia original y en verso de D. Miguel Echegaray, sobre la cual, aunque otro escritor ha hablado ya, no podemos resistir á la tentación de decir algo ahora. En dicha comedia se han lucido y han agradado como siempre todos los actores de aquella excelente compañía, y en particular las Sras. Valverde y Pino.

Mimo es el título de la referida comedia. En el primer acto se advierte cierta intención moral y *económica*, que tal vez perjudica un poco al desenfado y á la gracia de la obra. Hay allí una dura y larga diatriba contra el lujo de las damas, contra su afán por comprar sombreros, joyas y prendas de vestir. A veces tiene chiste lo que dicen sobre esto los personajes de la comedia; pero á veces también llega á lo extremoso, y casi toca en cansado y prolijo. Perdóneme Dios si hay en lo que siento y digo alguna injusticia. La culpa es de las damas con quienes estuve y hablé, las cuales no acertaban á disimular su enojo de que tanto se declamase contra lo caros que cuestan los sombreros y contra la supuesta necesidad de que cada señora, en vez de tener dos ó tres, tenga cinco ó seis. Sin duda sería mejor que aún se llevasen más á menudo las mantillas, en las cuales no caben muchas alteraciones ni cambios, y de las cuales no es menester comprar unas cuantas cada año; pero, en fin, el hombre propone y Dios dispone. En este caso no es Dios, sino la moda. La moda

obliga á usar sombrero, y los sombreros son caros cuando no son feos. Un marido, por consiguiente, debe llevar entendido al casarse que su mujer ha de necesitar unos cuantos sombreros anuales, y no está bien que halle en esto causa bastante de divorcio, de separación ó de lanzarse á la vida alegre y rota, abandonando á su legítima consorte y yéndose de bureo á cenar con malas mujeres, gastándose el valor de tres ó cuatro sombreros en cada cena. Pero, como quiera que sea, es lo cierto que no bien el autor dramático desecha ú olvida su moralidad económica, la comedia *Mimo* resulta y es regocijadísima y amena. Las señoras y señoritas, que fruncían el entrecejo y mostraban enojo y fastidio cuando la moralidad, empezaron á alegrarse y á sonreir, y luego se rieron á carcajadas, y casi perdonaron la moralidad del principio, y aplaudieron, por último, estrepitosamente al autor, cuya obra, sobre todo en el segundo acto, está llena de chistes y de lances graciosos, y está versificada con primor y facilidad envidiable.

La Sra, Pino apareció tan graciosa y simpática en su papel de joven mimada y caprichosa, pero buena y muy enamorada de su marido, que, á mi ver, no hubo espectador que al aceptar por un instante en su pensamiento el papel del marido, no le hubiera comprado sin refunfuñar, y ya se entiende que contando con recursos, media docena de sombreros y trajes y joyas. Muy de celebrar fueron también el arte y la gracia maliciosa y cómica con que la Valverde y el Sr. Larra hicieron

de viejos abuelitos casados, que recuerdan con amoroso desasosiego los buenos tiempos de la mocedad; que sienten el prurito de celebrar algo á modo de bodas de oro, y que se van de tapadillas á un gabinete reservado de cierta fonda á echar unas cuantas canas al aire. A esta fonda acuden también por casualidad casi todos los demás personajes de la comedia, lo cual da motivo á muy divertidas situaciones, terminando luego con el más feliz desenlace.

En el teatro Español sigue María Guerrero alcanzando brillantes y merecidos triunfos. Los viernes y los lunes, especialmente, acude á verla, oirla y aplaudirla cuanto hay de más distinguido en la sociedad madrileña. Restablecido ya de la dolencia que le ha aquejado durante algún tiempo, el Sr. Díaz de Mendoza sale de nuevo á las tablas y comparte, con su joven compañera, así los triunfos como el hábil trabajo que es menester emplear para obtenerlos.

La última obra, en que ambos actores han mostrado lo que valen, ha sido lo comedia de Lope titulada *La Hermosa fea*.

Dicha comedia está refundida por el Sr. Luceño. No me aventuraré yo á juzgar sobre el mayor ó menor acierto de la refundición. Para sentenciar bien acerca de este punto sería indispensable examinar con detención lo original y lo refundido, y yo ni he tenido tiempo para hacer ni he hecho este examen. Diré, sin embargo, y hablando en general, que ya que sean casi inevitables las refundiciones, conviene que sean muy sobrias y más ne-

gativas que positivas; esto es, que se limiten á evitar las muy frecuentes mutaciones de escena, á suprimir largas relaciones que no tiene hoy el público la paciencia de oir, y á suprimir también algún lance ó episodio que acaso no conduzca al desarrollo y desenlace de la fábula, sino que confunda ó estorbe. El refundidor, para hacer todo esto, sólo debe poner de su cosecha los pocos versos ó palabras que basten á enlazar ó á empalmar lo que antes se ha dividido. De lo contrario, se expone á ingerir en la obra antigua frases y pensamientos que á la legua parecen como del día, y son como remiendos de otro paño sobrepuestos con poco respeto en antiguo tapiz ó en dechado primoroso. Y el remiendo, aunque sea de tela muy fina, casi siempre desarmoniza y desentona el conjunto.

La Hermosa fea, como no pocas otras comedías de Lope, que las escribió á millares, pasma y hechiza por la genial facilidad con que la escribió el poeta, por las galas de ingenio que brillan en ella y por los primores de estilo de que está salpicada. Pero como la comedia se conoce que está escrita á escape, deja mucho que desear, dicho sea con el debido respeto. Lope era riquísimo y tan pródigo como rico, y no siempre empleaba bien, sino que despilfarraba á menudo, los inagotables tesoros de su inventiva. Así es que en *La Hermosa fea* están en germen *El desdén con el desdén* y otras preciosas comedias de capa y espada de posteriores dramaturgos. *La Hermosa fea* está menos estudiada y menos meditada; hay me-

nos interés y menos gradación en el desenvolvimiento de la fábula que en las otras comedias á las que sirvió de modelo; pero hay más riqueza que en el argumento de esas otras comedias en el argumento de la de Lope, y su desdeñosa heroína, ofendida de que el Príncipe la ha calificado de fea, y deseosa de vengarse enamorándole y despreciándole, es más real, humana, simpática y graciosa que la Diana de Agustín Moreto.

Como quiera que sea, nos complacemos en afirmar que la comedia de Lope estuvo bien representada y puesta en escena, y que María Guerrero fué una *hermosa fea* que desmintió del modo más evidente el aserto calumnioso del presumido galán, porque estaba lindísima y vestida con la mayor propiedad, elegancia y lujo. Al creciente aplauso que siempre se le tributa, no contribuye sólo su arte, en el que adelanta más cada día, ni las prendas visibles que realzan su persona, sino también la melodiosa y musical dulzura de su voz, que tiene extraordinario encanto y á la que sabe prestar convenientes y variados acentos, desechando la melopeya monótona y cansada con que suelen recitar los versos otros actores.

Aunque peque de largo este artículo, me cumple hablar ahora, y tal vez con mayor extensión, del último estreno que ha habido en el teatro de la Princesa. La obra representada ha sido una famosa comedia de Victoriano Sardou (en colaboración con otro dramaturgo que se llama Moreau), y cuyo título en la traducción castellana es *La Corte de Napoleón*. Esta comedia ha sido vertida

en no pocas lenguas de Europa y puesta en escena con general aplauso en los mejores teatros de varias capitales. Sin duda, el autor de la comedia quiso al componerla dar ocasión para que desplegase y luciese todas sus facultades una actriz de primer orden. La joven lavandera y planchadora del tiempo de la Revolución, convertida luego en Mme. Lefebvre, Duquesa de Dantzig y mujer de un ilustre Mariscal de Francia, es la singular y preeminente heroína de esta composición dramática. Al elevarla para que resplandezca mejor, el poeta no ha vacilado en ponerle como séquito ó comitiva, ó más bien como pedestal, un conjunto de personajes históricos del primer Imperio, sin excluir al mismo Emperador, todos los cuales la aúpan, la sostienen y se quedan muy por bajo. No hay virtud ni excelencia de que carezca la Mariscala Lefebvre. Es hermosa mujer, fiel y enamorada esposa, patriota ferviente, amiga leal llena de generosa abnegación, graciosísima y discreta, y tan atrevida y valiente, que lo mismo arrostra las balas y la metralla en los más encarnizados combates, que el enojo y la cólera de los más soberbios y despóticos tiranos.

Yo no sé por qué se dice, pero se dice, que los teólogos de Albacete negaron el *posse*. No quiero yo contarme en el número de estos teólogos; no quiero poner límites á lo posible. Diré sí que lo posible suele en la realidad aparecer inverosímil. El arte, el ingenio, la magia, pues, de un autor dramático, consiste principalmente en hacernos aceptar lo que en realidad es inverosímil, como

verosímil y natural en el mundo encantado de la fantasía. Para que esto se logre, el autor dramático tiene sin duda misteriosas palabras de ensalmo, algo á modo del *ábrete ajonjolí*, por cuya virtud abre á los espectadores de su obra las puertas de ese encantado mundo y consigue que se deleiten admirando sus tesoros.

En vista de lo expuesto, todas las observaciones que hagamos ó que podamos hacer sobre las inverosimilitudes de *La Corte de Napoleón*, no son censura, sino elogio; porque á pesar de ellas, y saltando por encima de ellas, la tal comedia nos divierte' nos interesa y nos conmueve. Por eso mismo admiramos más el arte exquisito de Sardou, su profundo conocimiento del público y de los efectos escénicos y su rara destreza para enlazar y entretejer los hilos de la trama con que logra tener al público embelesado y suspenso. Francisco José Lefebvre fué capitán poco después de casarse, y luego coronel y general y mariscal y duque, por último. Siempre hubo de ser muy estimado y muy íntimamente tratado por Bonaparte, á quien prestó auxilio, del modo más eficaz, en día tan solemne y decisivo como el 18 de Brumario. Apenas se compagina. por consiguiente, ni parece verosímil que Napoleón no hubiera conocido á la mariscala Lefebvre, sino de oídas, hasta el año de 1810, cuando la llama á su gabinete para conferenciar con ella y para exigirle que se resigne al divorcio, porque sus modales plebeyos y sus insolentes y atrevidas palabras sientan muy mal en una Mariscala y en una Duquesa, y ofen-

den el buen tono que debe haber en la corte. La Mariscala acude á la conferencia á que Napoleón la ha llamado; en ella desafía la ira del enojado Monarca, la transforma en admiración y en gustosa sorpresa, y hasta llega á infundir en el ánimo del Príncipe anhelos amorosos, ó, por lo menos, muy galantes y tiernos, que ella virtuosamente rechaza con discreta y gentil cortesía y con entereza muy honrada. A la verdad, toda esta escena es bellísima. El espectador se deleita y aplaude viéndola y oyéndola, y se olvida, y hasta prescinde, de lo inverosímil. Sólo la tardía reflexión viene después á ponerlo de realce. ¿Cómo la Mariscala, que llevaba ya cerca de veinte años de ser señora principal, no había acertado á desechar su rudeza primitiva? ¿Por qué había de ser tan arraigada y tan honda esta rudeza, cuando ya en el prólogo, veinte años antes de la acción del drama, Mme. Lefebvré no es una lavandera ordinaria, sino maestra en París, con oficialas que dependen de ella, con casa-tienda y con cierto desahogo? Y es lo más singular que Napoleón la conoció entonces, siendo él teniente ó capitán de artillería, y la trató con tal intimidad, que llegó á confiarle sus apuros y miserias y los de su casa y familia, y hasta le dejó á deber sesenta francos de una cuenta de zurcido, lavado y planchado de camisas. ¿Dónde se hundió ó se escabulló Mme. Lefebvre para que Napoleón la olvidase por completo, después de haberle confiado su situación menesterosa, y después de haberle dejado á deber sesenta francos? Nada de esto parece verdad, aunque pue-

da serlo. Y no obstante, agrada, sorprende y gusta que Mme. Lefebvre acuda, provista de la cuenta de los sesenta francos, á la conferencia que tiene con Napoleón y le pida con suavidad que se los pague.

Para que brille más el valer de Mme. Lefebvre y aparezca como un *Deus ex machina*, ó más bien como una diosa ó genio providencial que desenlaza dichosamente toda la tramoya, hay en la comedia una acción secundaria, ó mejor diremos supeditada, que se combina bastante bien con la acción principal, ó sea con la vida y destinos de la protagonista.

El Conde de Neipperg aparece ya en el prólogo herido y perseguido por las turbas, después de un combate en las calles de París. Nuestra heroína le salva escondiéndole en su casa. Lefebvre, que era ya novio de ella, le busca celoso, le descubre, comprende el noble propósito de su amada y contribuye á que se logre.

En el drama, el Conde de Neipperg no ha sido tan olvidadizo como Napoleón: ha conservado sus buenas relaciones con Mme. Lefebvre, á quien en verdad no debía sólo sesenta francos, sino la vida.

Enamorado devotísimo y platónicamente el Conde de Neipperg de su compatriota la Archiduquesa de Austria, Emperatriz María Luisa, infunde á Napoleón celosas sospechas, las cuales le inducen á mandar que salga el Conde de París y de Francia en el término de pocas horas. El Conde tiene la audacia de penetrar de noche y recatada-

mente en palacio para despedirse de la Emperatriz. Napoleón le sorprende precisamente cuando estaba conferenciando con Mme. Lefebvre; hace que le detengan y le traigan á su presencia. Hay entonces una escena terrible y violentísima en la que pierde el Emperador la conveniente serenidad de su augusto carácter, é insulta al Conde de un modo ignominioso. El Conde desenvaina la espada contra el Emperador, con intento de vengar el agravio; pero es detenido y preso, y Napoleón, furioso, decide su muerte. La serie de casos y de recursos ingeniosos, por cuya virtud la mariscala Lefebvre salva de nuevo la vida del Conde, contribuye á que se disipen los celos del Emperador, y á que la Emperatriz María Luisa aparezca inocente, da á todas las escenas que se siguen el más vivo interés melodramático.

Al buen término que la Mariscala Lefebvre acierta á poner en todo este lance, que amenazaba acabar en tragedia, contribuye el famoso Fouché, ministro de Policía, pesante á la sazón, haciendo tan agudos prodigios de ingenio que recobra la cartera de Policía, y consigue que la pierda Savary y que además se acredite de torpe ó de tonto. Esta acusación parece gratuita y sin el menor fundamento cuando se recuerdan las delicadas y difíciles comisiones y negocios diplomáticos que Napoleón confió en Rusia y en España al Duque de Rovigo, y que éste desempeñó tan hábilmente. Pero á Sardou le convenía que resaltase la maravillosa aptitud policiaca de Fouché, y no vaciló en sacrificarle la reputación de Savary como hombre

discreto, entendido y oportuno. Fouché, además, entra y sale, se cuela á deshoras en palacio, sin saber cómo, y más que hombre parece diablo benéfico ó espíritu familiar de la Mariscala. Todo esto entretiene, hechiza y complace al público lo que no es decible.

Muy de alabar es también en *La Corte de Napoleón* el audaz talento con que Sardou saca á la escena á tantos personajes históricos, casi contemporáneos, sin que se ofendan los hijos ó los nietos de dichos personajes, que sin duda han asistido alguna vez á la representación y que la han aplaudido. Yo recuerdo haber visto esta comedia en Viena, donde hacía el papel de la Mariscala Lefebvre la hermosa y elegante actriz Odilon, y donde veía la representación de sucesos reales ó fingidos, ocurridos á su abuelo, el Duque de Montenuovo, nieto del Conde de Neipperg y de la Emperatriz María Luisa, de quien él fué mayordomo cuando ella dejó de ser Emperatriz, y con quien se casó después de la muerte de Napoleón en Santa Elena.

En suma, *La Corte de Napoleón* es divertidísima comedia, escrita con gran conocimiento del teatro. El público escogido que asistió la noche de su estreno en el teatro de la Princesa, la vió y la oyó con gusto y le dió extraordinarios aplausos y mayores alabanzas. De creer es que dicha comedia tenga muchas representaciones y dé grandes entradas. La empresa la ha presentado con toda propiedad, buen gusto y riqueza, contribuyendo á ello la generosidad del señor Duque de Tamames, que ha prestado al teatro los preciosos

muebles que posee en el estilo del primer Imperio, y cuya elegancia admiramos todos.

La Sra. Tubau salió muy bien y muy ricamente vestida, haciendo reconocer y confesar hasta á los más descontentadizos que posee raras prendas y notables facultades de artista. En todo estuvo bien; pero, en mi sentir, sobresalió en los arranques impetuosos de enojo y de cólera, y en recitar los trozos elocuentes que pone el autor en su boca en algunas ocasiones, como, por ejemplo, cuando contesta á la Reina de Nápoles y á su hermana, que le habían echado en cara su origen plebeyo y obscuro. En la conversación con Lefebvre, cuando rechaza el propuesto divorcio, y en toda la conferencia con Napoleón, estuvo asimismo muy atinada y hasta inspirada la Sra. Tubau.

Los demás actores se esmeraron y lograron salir airosos y ser aplaudidos, señalándose muy singularmente el actor Valero, que hizo el dificilísimo papel de Napoleón y que mostró ser no indigno sucesor de su padre, uno de los actores á mi ver de más mérito, quizás el más genial, que ha habido en España en este siglo.

SOBRE

LA PRIMERA REPRESENTACION

DE

"EL PADRE JUANICO„

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

D. ANGEL GUIMERÁ

SOBRE

LA PRIMERA REPRESENTACIÓN

DE

«EL PADRE JUANICO»

Si no transcendiese nunca á la vida política de la nación española, y si nunca produjese el menor conato de desunión entre los hombres que la constituyen, para mí sería considerado como un bien y no como un mal, y como muestra de exuberancia y rica variedad de nuestro ingenio, el que poseyéramos dos ó tres lenguas literarias, con sus literaturas respectivas, y no una sola lengua y una literatura sola. Para mí, pues, desechando el temor que indico y que á veces me asalta, no es de lamentar, sino es muy de celebrar, que la lengua catalana haya vuelto á florecer espléndidamente en nuestro siglo, y haya dado frutos tan abundantes y sazonados en la poesía lírica y épica, y en las novelas y dramas de Mosén Jacinto Verdaguer, de Víctor Balaguer, de Narciso Oller, de Angel Guimerá y de muchos otros autores.

Toda obra de mérito escrita recientemente en lengua catalana ha sido ó puede ser traducida en castellano. Así la conoceremos bien todos los es-

pañoles y gustaremos de ella; pero ya siga la obra sólo en catalán, ya se traduzca en el lenguaje de Castilla, siempre formará parte de la literatura española, y podrá contarse como gloria nacional de España mientras no se rompa el lazo que nos une y la nación persista sin desbaratarse y morir, lo que no permita jamás el cielo. Unidos catalanes, aragoneses y castellanos hemos incurrido en no pocas faltas, hemos padecido multitud de infortunios, y tal vez á causa del rápido aumento en cultura, fuerza productiva, inventos y recursos de otros pueblos, hemos quedado á la zaga de algunos de ellos, resultando del atraso cierta relativa y lastimosa decadencia. Pero también nuestro predominio en el mundo, nuestra hegemonía en Europa y las cosas más altas que España ha hecho, las ha hecho cuando ya todos los españoles estábamos unidos. De aquí infiero yo que si hubiera alguna causa para que una porción de los españoles culpase á la otra de los males que hoy padecemos, la misma causa podría haber para que una porción se atribuyese todas las glorias, todas las hazañas, todas las conquistas y todo el mérito. Lo razonable, por consiguiente, es tener por seguro que, así en la habilidad como en la torpeza, en los aciertos como en los errores, en el desfallecimiento como en los bríos, somos por igual responsables, y debemos repartirnos también por igual el vituperio y la alabanza.

Prescindiendo de las anteriores consideraciones, yo he de confesar, aunque castellano, que el esmero con que hoy se cultiva el idioma de Cata-

luña tiene cierta ventaja que tal vez logre yo explicar valiéndome de un símil. Un campo, por fértil que sea y por muy cuidado y cultivado que esté, puede esterilizarse si á menudo se siembra ó se planta y se sacan de él muchas cosechas, mientras que, si se le deja reposar y en barbecho durante largo período, su fertilidad renace, y cuando se cultiva de nuevo, aquello que produce tiene más jugo y substancia, y tiene además un no sé qué de primitiva originalidad y pureza de que carece el producto de lo que continuamente y sin descansar un momento ha estado beneficiándose. Durante más de tres siglos apenas han escrito en catalán los más fervorosos catalanes. En cambio, catalanes y castellanos han escrito en la lengua de Castilla, y usando esta lengua han incurrido en maneras viciosas, en prosaísmos, culteranismos, lirismos falsos, sentimentalismos tontos y extranjerismos de toda laya, de que la lengua catalana ha acertado á libertarse porque estaba como dormida. Ha sido esta lengua como la encantada princesa de los cuentos fantásticos, que, al despertar de un sueño de tres ó cuatro siglos, se halla tan joven, tan lozana y tan pura y limpia de toda contagiosa y fea convivencia como en el día en que empezó su sueño secular en apartado retiro.

No afirmo yo que así sea, sino que así debe ser. El escritor catalán, al hacer que resucite su lengua escrita ó literaria, la aprende y la toma de dos fuentes: de los antiguos prosistas y poetas de los siglos XIII, XIV y XV, y de los candorosos la-

bios del vulgo. De ambas fuentes deben manar las palabras y las frases como onda cristalina sin mezcla de elementos extraños que la enturbien; con el delicado y embriagador aroma de un vino añejo y generoso conservado por largo tiempo en vaso sellado, á par que con el sabor campesino y con la sencilla candidez que persisten ó que se supone que persisten entre los habitadores de las pequeñas aldeas, de las montañas y de otros lugares esquivos. Es evidente, sin embargo, que el poeta que escribe de esta suerte en lengua catalana se ha criado y se ha educado en nuestro siglo, leyendo no poco en castellano, en francés, en inglés y en otros idiomas, é impregnando y nutriendo su espíritu con los refinamientos, sutilezas, dudas y enmarañados conceptos de nuestros días, de todo lo cual no es fácil que se despoje. Por esto recelo yo mucho que el escritor catalán de ahora ha de introducir en lo que escribe, consciente ó inconscientemente, enorme multitud, si no de palabras, de frases y de giros que ni emplean ni entienden sus compatriotas rústicos de nuestra edad, y que no emplearían ni entenderían tampoco los antiguos escritores clásicos catalanes si resucitaran. En suma: yo sospecho, no experimentalmente, sino por deducción, que en la actual literatura catalana ha de haber no poco de sobrepuesto, que sería ininteligible para los antiguos escritores, y que si el vulgo catalán de ahora va entendiendo ya, es porque insensiblemente modifica y trastorna su lengua creando un catalán nuevo.

En el drama del Sr. Guimerá, que nos sugiere las anteriores reflexiones, se incurre menos en ésta que apenas me atrevo á calificar de falta: en este inofensivo y piadoso embuste.

Me refiero al drama titulado *El Padre Juanico*, representado por primera vez en el teatro Español de Madrid en la noche del 18 de Marzo. Según mi leal saber y corto entender, sin el prurito presuntuoso de impugnar las opiniones de otros críticos y de hacer que prevalezca la mía, voy á dar aquí cuenta de dicho drama y á exponer el juicio que de él he formado; juicio muy en consonancia, por fortuna, con el del público, que recibió el drama dándole extraordinarias muestras de aprobación y repetidos y estrepitosos aplausos, llamando al autor á la escena y concediéndole todos los honores de un verdadero triunfo. Los personajes de dicho drama son rústicos aldeanos, más inocentes acaso en su mayoría de lo que, á no dudarlo, serán en realidad los aldeanos de ahora en el país de nuestro poeta. Como no filosofan, ni politiquean, ni discurren sobre quintas esencias y tiquis-miquis, conservan el candor, la sencillez y la pureza castiza de la lengua, á lo cual contribuye no poco el estar en prosa el drama, salvándose así el escollo de la amanerada dicción poética que hace á menudo que los personajes de un drama se expresen como jamás se expresó ningún sér humano en ninguna de las lenguas *naturales* conocidas hasta el día presente.

Aunque conocemos el drama traducido ya al castellano, la traducción ha de ser, sin duda, muy

fiel y ceñida á la letra, por donde la cándida sencillez del original se conserva en la traducción en gran parte. Y éste ha sido, á mi ver, uno de los principales hechizos por cuya virtud el drama agradó á los espectadores y fué por ellos tan celebrado. Sus interlocutores todos se expresan con naturalidad, si no inusitada, muy rara en el teatro, sobre todo cuando no tropieza el autor, por buscar la naturalidad, en lo sobrado trivial, prosáico y rastrero, ó no cae en lo ruín y en lo chabacano.

Hemos oído tildar los caracteres y la acción del drama de muy comunes y manoseados. No negaré yo que el asunto carece por completo de novedad. Es asunto que, desde las primeras edades en que se escribieron cosas poéticas hasta el día de hoy, ha atraído por manera irresistible la atención de los poetas y los ha impulsado á tratarle. Su beldad no puede ser más antigua; pero también es siempre nueva y siempre renaciente cuando la busca en dicho asunto un poeta de corazón y de ingenio. Las circunstancias, pormenores y accidentes suelen variar; pero lo esencial es idéntico.

Un simple jovenzuelo ó inexperto pastorcillo y una muchacha inocente, ya sea princesa, dama ó zagala, se enamoran sin saberlo; é ignorando hasta el sér y el nombre del amor, el amor brota, aparece y se revela de súbito en sus almas puras. Nada más bello ni más simpático para el público, en todas las épocas y pueblos, que esta aparición y revelación del amor en las almas que ni le conocen ni le evocan, pero que por lo mismo son

más dignas de recibirle. Para penetrar en ellas, creando mil benéficos y divinos prodigios, el amor baja del cielo en la antigua fábula de Esopo. La hija del Rey Lomapad y el mancebo criado en el yermo y que no había visto nunca mujeres, cuenta el poema indio que se enamoran y se besan; y al punto pierde su poder la maldición brahmánica: los dioses todos del cielo de Indra se vuelven propicios; cae abundante lluvia sobre los sedientos campos de Angra, desolados por la sequía, y todo aquel reino se transforma en floreciente paraíso. Los amores idílicos de este género reaparecen en todas las literaturas, y el tema no se agota y produce á menudo lindísimas composiciones, desde el *Oaristis* de Teócrito hasta la *Sed de agua* de Somoza; desde Dafnis y Cloe hasta Julieta y Romeo y Pablo y Virginia. Apenas tenía Mozart doce años cuando, animado por el Emperador de Austria, y tomando por asunto uno de estos inocentes amores, compuso su primera opereta, donde con vernal y pasmosa germinación aparecieron ya las más tempranas flores de sus suaves é inspiradas melodías. La historia de Doña Clara y del adolescente D. Luis, que la siguió, prendadísimo de ella, disfrazándose de mozo de mulas, apenas ocupa una página del *Quijote*, y, sin embargo, D. Luis y Doña Clara viven vida inmortal y simpática en el espíritu de cuantos saben leer, sentir y comprender el precioso libro de Miguel de Cervantes.

Valga lo expuesto para prueba de que en tal asunto la falta de novedad no es falta, sobre todo

cuando Guimerá no imita, sino coincide con los muchos poetas que anteriormente le han tocado. El idilio amoroso de la *pubilla* Rosó y del boyero Toni es obra de la inspiración del poeta, y está tomado directamente de la realidad, aunque purificada y abrillantada por dicha inspiración con ideales destellos. Rosó y Toni no proceden ni son copia de Dafnis y Cloe ó de Pablo y Virginia; pero se les parecen como buenos y dignos hermanos, diferenciándose de ellos por la diversidad de las circunstancias y del medio ambiente. El interés que sus amores nos inspiran es ya grandísimo al terminar la magistral exposición del primer acto; pero el interés no llega á su colmo y va creciendo en el acto segundo, y convirtiendo sin violencia el idilio en tragedia. A mi ver, esta conversión requiere, para que no sea brusca y disonante, una lentitud amena, un desenvolvimiento pausado, que no ha de confundirse con la languidez que halló alguien en el segundo acto del drama. En el tercero la acción se precipita, y no puede menos de precipitarse, porque el interés ha llegado á su colmo. Rosó y Toni se aman ya cuanto es posible amar, y saben que se aman. Jorge está decidido á abusar de su autoridad y de la pasiva obediencia de Rosó para obligarla á que acepte á Llorensó por marido. Al boyero Toni se le van á llevar como prófugo para que sea soldado. Menester es un poder superior y benéfico que deshaga las intrigas y maquinaciones de Llorensó y de Jorge, salve á los amantes y haga que triunfe el amor de ellos... La nobilísima figura del Padre

Juanico es el *Deus ex machina* del poema. A costa de su vida salva él á los dos enamorados, y herido de muerte, los casa y santifica sus amores.

Hay quien hila muy delgado, y censura que el Padre Juanico muera por casualidad. Llorensó dispara una pistola para matar á Toni, y la bala hiere y mata al Padre Juanico, que aparece en aquel momento.

Se nos presenta aquí una cuestión que no me atrevo yo á dilucidar y resolver de un modo definitivo y terminante, defendiendo al Sr. Guimerá y condenando á los que le censuran. Diré, no obstante, lo que en defensa del Sr. Guimerá acude á mi pensamiento; pero lo diré con mucha modestia, y valga por lo que valga.

Es lo cierto que lo casual, lo contingente ó lo fortuito se da sólo para la mente humana, y sólo se aplica á cosas que no prevemos ni pronosticamos, aunque nada tengan de casuales. Lo probable es que todo cuanto sucede esté ya determinado y prescrito fatal ó providencialmente; que el sino, el destino, las leyes de la naturaleza ó Dios mismo lo tengan de antemano irresistiblemente dispuesto. En este sentido, casi no hay drama ni cuento donde lo mal llamado casual no entre por mucho, ya porque en el suceso real que el poeta imita ha entrado por mucho, ya porque el poeta, que hace el papel de Providencia en el mundo artístico que ha creado, dispone las cosas como mejor conviene á sus fines. Nada más casual que la muerte del Marqués de Calatrava. La pistola de D. Alvaro le mata sin que D. Alvaro tenga se-

mejante propósito. Y de esta casualidad, con todo, resulta el drama: dos homicidios en duelo, un fratricidio y un suicidio. Casual es también, en el *Orestes* de Alfieri, que, al interponerse Clitemnestra entre Egisto y su hijo, Orestes mate á su madre; pero la ley de los hados debía cumplirse así, y de aquella tremenda casualidad proviene la persecución de las Furias que atormentan y acosan al parricida, y su ulterior purificación y absolución en el templo de Minerva. Otelo no hubiera ahogado á Desdémona si la evidente prueba que le dieron de que era fiel se la hubieran dado pocos minutos antes. Nada más casual ni más imprevisto tampoco que el accidente que impidió á Fray Juan entregar á Romeo la carta en que Fray Lorenzo le decía que Julieta había tomado un narcótico y que no estaba muerta, sino dormida. Romeo, sin estar prevenido, acude al cementerio; se mata con veneno por creer muerta á su amada, y cuando Julieta vuelve en sí se mata ella también; de suerte que, á no ser por una desdichada casualidad, Romeo y Julieta se hubieran ido vivos y contentos desde Verona á Mantua y hubieran sido muy dichosos.

Deduzco yo de los ejemplos citados, ejemplos que pudiera multiplicar si no temiese aburrir á los lectores, que lo casual, lo imprevisto ó como quiera llamarse, entra como factor en los casos de la vida real, y no puede menos de entrar también como factor en el mundo y la vida de las ficciones poéticas, que de la vida real deben ser adecuado trasunto.

El poeta no lo deja ver á las claras. Esto queda semivelado en misterio y envuelto en indecisa penumbra. Y vagamente nace en el ánimo del lector ó del espectador el sentimiento de que lo imprevisto ha sido providencial y de que ha sido así porque no podía ser de otra manera.

Por más vueltas que demos al argumento del drama del Sr. Guimerá, no hallaremos para él mejor desenlace que el desenlace que el Sr. Guimerá le ha dado.

La aparición de la Virgen del Rosario, traída en procesión devota por las muchachas del pueblo, impide, como por milagro, que el bondadoso Toni, ciego ya de ira, aunque casi en justa defensa, cometa un homicidio. Llorensó, que es el personaje más odioso del drama, es quien estéticamente debe cometerle y quien le comete. El rencor, la mala vergüenza de verse vencido y postrado, y también los celos, son móviles sobrado poderosos para impulsarle al crimen y hacerle disparar la pistola contra su venturoso rival. Claro está que la bala bien dirigida hubiera debido herir á Toni y no al Padre Juanico; pero al herir al Padre Juanico no es realmente la casualidad quien dirige la bala, sino el certero tino dramático, que se sustituye aquí á la Providencia y dispone los sucesos para que tengan, hasta cierto punto, un término patético á par que dichoso. El sacerdote salva y redime con su inocente sangre á los inocentes enamorados; da la vida por inmaculado amor y por caridad desinteresada hacia la hija de la que amó en su juventud con amor terrenal,

aunque honrado y legítimo, y expira gloriosamente, como héroe vencedor y como mártir, casando á Toni y á Rosó, saliendo airoso del empeño en que se puso, allanando las dificultades que se le presentaban y llevando á cabo su empresa.

Si Llorensó fué ó no después castigado por su crimen, esto, aunque importe, no es fácil que quepa y se decida dadas las condiciones del drama. Baste con que el Padre Juanico evangélicamente le perdone. En una novela tal vez podría atarse este cabo suelto probando que Llorensó, en riña con Toni, disparó la pistola y mató al cura por acaso. En virtud de estos hechos verdaderos y bien probados, cada cual puede calcular ó dictar él mismo la sentencia.

La que nosotros dictamos acerca del drama es casi tan favorable como la dictada por el público en la noche del estreno. Mucho contribuyeron á que así fuera, acrecentando el valer de la obra del Sr. Guimerá, el esmero con que fué puesta en escena y el talento con que desempeñaron sus papeles todos los actores, y principalmente Donato Jiménez, Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, la cual cada día da mayores pruebas de aptitud y de amor á su arte. María Guerrero caracterizó muy hábilmente la condición, tono y modales de la sencilla y joven aldeana cándidamente enamorada; y hasta en el traje, que realzaba su graciosa y linda figura, acertó á lucir el cuidado, el buen gusto y el estudio que á todo consagra.

PLEITO LITERARIO

«EL NIÑO DE LA BOLA» Y «CURRO VARGAS»

«EL NIÑO DE LA BOLA» Y «CURRO VARGAS»

Sr. Director de La Ilustración Española y Americana.

Muy señor mío y distinguido amigo: En carta de ayer me excita usted á que diga mi parecer sobre la cuestión promovida por los herederos de D. Pedro Antonio de Alarcón contra los autores de una zarzuela titulada *Curro Vargas*, cuyo argumento y principales personajes se dice que están tomados de la novela *El Niño de la Bola*.

Nada pretende usted que yo declare sobre este asunto, jurídicamente considerado. Encárguense de ello los abogados y los jueces á quienes incumbe interpretar y aplicar las leyes positivas. Usted me pide sólo que discurra yo sobre el asunto bajo el aspecto literario, y así lo voy á hacer, movido por mi deseo de complacerle, y también porque la cuestión me parece tan complicada como interesante.

Debo advertir, ante todo, que yo no he visto, ni leído, ni oído la zarzuela; de suerte que no puedo tratar singularmente de este caso; pero si usted

no lo halla fuera de propósito, bien puedo yo decir en general lo que se me ocurre sobre la imitación y sobre el plagio; sobre el derecho que se atribuyan unos autores á tomar planes, argumentos, personajes ó ideas de otros, y sobre el perjuicio que al imitado ó plagiado se le causa.

Empezaré por poner un caso que presumo ha de ser frecuente. Supongamos que un autor dramático toma una comedia francesa ó de otro cualquier país: la traduce con gran libertad, cambiando no poco para disimular que la traduce; traslada á los personajes de Francia ó de Alemania á España; les quita el nombre extranjero que llevan, y los confirma apellidándolos Fernández, González ó Pérez. No he de negar yo que esto llegue á hacerse tan bien, que quien lo haga enriquezca nuestro teatro con una nueva joya; pero, en la mayoría de los casos, tendremos que convenir en que el traductor, adaptador ó arreglador del drama extranjero incurre en varias faltas que tienen apariencia y tal vez sér real de delitos. Hurtan al autor extranjero, privándole de los derechos que, como tal autor, el traductor debe pagarle; bastardean acaso nuestra literatura, introduciendo en ella mil galicismos ó barbarismos, ya que no de palabras y de frases, de pensamientos; y luchan con ventaja, y valiéndose de armas que debieran estar prohibidas, con otros autores que se afanan por escribir, y sin duda escriben obras verdaderamente originales.

En mi sentir, pues, el autor dramático que traduce, arregla ó desarregla y disfraza las produc-

ciones de otro, es merecedor de grave censura y debe ser tildado de plagiario.

Sin embargo, no bien he afirmado yo en mi mente las anteriores premisas y deducciones, surge en mi propia mente multitud de pensamientos que, si no las invalidan y contradicen, las encierran en límites muy estrechos, creando inmenso número de excepciones contra la severidad de mi primer juicio.

Hace ya años que cierto crítico acusó de plagiario á D. Ramón de Campoamor. La cuestión suscitada entonces tenía con la presente muy grande analogía. Yo escribí acerca de ella un extenso artículo, titulado *La originalidad y el plagio*. A este artículo me remito ahora, y le recuerdo por si alguien tiene todavía el capricho de leerle. Sólo expresaré aquí que en dicho artículo se ven acusados de plagiarios y defendidos por mí, sin negar el plagio, sino calificándole de lícito y hasta de laudable, Virgilio, Garcilaso, Fr. Luis de León, Shakespeare, Andrés Chenier, y, miradas las cosas humanamente y con la debida reverencia, nuestro Señor Jesucristo.

En efecto: Alejandro Weill, escritor israelita, sostiene que en el Sermón de la Montaña apenas hay una sentencia que antes no haya sido dictada por algún rabino ó doctor de la Sinagoga. Claro está que yo, careciendo en absoluto de erudición hebráica, no me empeñé en demostrar que las citas de Weill eran amañadas ó falsas. Dí por supuesto que eran verdaderas y fieles; pero, prescindiendo de la divinidad del autor acusado y juz-

gándole profana y descreidamente, como pudo juzgarle Caifás ó Poncio Pilato, no hay modo de condenarle, sino de ensalzarle y glorificarle más todavía, si más cabe en lo humano. Sin duda las sentencias de los rabinos, dado que sean verdad, fueron dictadas desmañadamente, sin inspiración, sin brío y sin entusiasmo fervoroso, y fueron sepultadas después en un fárrago insufrible de tonterías ó de disparates, por lo cuál se olvidaron ó se obscurecieron. Fueron como piedras preciosas arrojadas y escondidas, no en uno, sino en varios muladares. ¿Cómo acusar al Rey, que sacó de aquel lugar inmundo los diamantes, los rubíes y las perlas con que formó su diadema más hermosa? ¿Qué vale lo que, por casualidad y sin saber lo que decían, pudieron decir acaso algunos rabinos obscuros, comparados con el maravilloso discurso, donde se contienen el Padre nuestro y las Bienaventuranzas; con el dechado inmortal de la más alta, de la casi inasequible perfección cristiana, espejo clarísimo de virtudes, en que se mira la más noble parte del linaje humano, diez y nueve siglos hace, y donde seguirá mirándose hasta la consumación de los siglos, sin llegar nunca al término de la aspiración y de la esperanza que allí se le ofrece: á ser perfecta, como es perfecto nuestro Padre que está en el cielo?

Descendiendo ahora de tan veneranda altura, traeré aquí no pocos ejemplos que disculpan ó aprueban y aplauden lo que algunos críticos pudieran calificar de plagio, y que demuestran además que al plagiado ó imitado no se le infiere

perjuicio, sino que, por lo común, la obra original de donde se ha tomado ó copiado algo, en vez de perder por ello, sale ganando.

Fuerza es convenir, desde luego, en que nadie imita, copia ó plagia lo que considera malo, sino aquello de que gusta y que halla excelente. Por lo tanto, el imitador ó el copista rinde homenaje al mérito de la obra que le sirve de original, y más aún si declara con franca modestia que la copia ó que la imita.

Con frecuencia se cita una frase muy aguda, que algunos atribuyen á D. Juan Nicasio Gallego. Yo no niego la agudeza de la frase; niego, no obstante, que sea verdadero su contenido. La frase es la siguiente: *En literatura sólo es lícito el robo cuando va acompañado del asesinato.* Nada más fácil que probar la falsedad de esta afirmación. Las más veces el robado crece en nombradía y en gloria, ó revive en vez de morir.

Lo probable sería que no se representase ya en ningún teatro *El Burlador de Sevilla*, de Tirso. Los literatos seguirían leyendo aquel drama; ¿pero tendría aquel drama la fama que tiene si, apoderándose de su asunto con más ó menos variedad, no hubieran escrito Molière en Francia, Byron en Inglaterra, Hoffmann en Alemania, Puschkin en Rusia y en nuestra propia tierra Zorrilla? ¿Qué pierde con esto Fr. Gabriel Téllez? ¿No gana en fama y no recibe como de derecho, por haber sido el primer inventor, los aplausos y las coronas que se dan hoy al dramaturgo vallisoletano? Las suaves, encantadoras é inspiradas melodías del divino

compositor de Salzburgo, lejos de ofender á Tirso, ¿no parecen más bien imperecedera serenata que para agasajarle y honrarle le dan las Musas? ¿Tendrían razón de enojarse Beaumarchais ó sus herederos porque Mozart y Rossini tomasen para asunto de dos de sus más lindas óperas *Las Bodas de Fígaro* y *El Barbero de Sevilla?* El valor de ambas comedias no mengua porque de ellas hayan salido dos tan lindas óperas; antes bien por las óperas viene á ser más conocido, divulgado y estimado el valor de ambas comedias.

Concedo yo que á veces se componen óperas ó zarzuelas con música y libretos malos ó menos que medianos, que afean en la copia ó imitación el primor y la hermosura del drama ó de la novela de donde se ha tomado el asunto. Pero, á mi ver, tampoco en dicho caso padecen las obras originales. Valgan lo que valgan como óperas, *El Trovador*, por ejemplo, el *Don Álvaro*, *Lucrecia Borgia*, *Hernani*, *Rigoletto*, *Los Hugonotes*, *Los Puritanos*, *Lucía*, *Hamlet*, *Macbeth*, etc., toda esta música y hasta los libretos mismos, aunque no sean buenos, contribuyen á difundir y sublimar la fama y á dar más clara resonancia á los nombres de García Gutiérrez, el Duque de Rivas, Víctor Hugo, Próspero Merimée y Walter Scott.

Nada más frecuente en los escritores, y sobre todo en los dramaturgos, que el robarse unos á otros los asuntos de sus obras. Corneille toma *El Cid* de Guillén de Castro, y de Alarcón *La verdad sospechosa*. Y dentro de nuestra misma literatura dramática, los que escribían en el siglo de oro de

nuestro teatro se roban unos á otros despiadadamente. Shakespeare, de quien tanto se ufana la nación inglesa, y á quien críticos entusiastas han llegado á calificar de la primera aparición del *superhombre* en nuestro planeta, está probado que era un copista de pocos escrúpulos y de mucho empuje, que sin aprensión ni remordimientos de conciencia tomaba cuanto le parecía bien donde quiera que lo encontraba, ya en cuentos italianos, ya en dramas de compatriotas y contemporáneos suyos. Y Shakespeare no tomaba sólo el asunto y los personajes, sino escenas, discursos y diálogos enteros.

Tampoco el mérito del raptor ó del copista pierde mucho con esto cuando acierta á hacerlo bien. Las fábulas de Samaniego son dignas de toda alabanza, aunque apenas haya una cuyo asunto no esté tomado de Esopo, de Fedro, de La Fontaine, de Gay y de otros. Max Müller ha escrito muy divertida disertación, casi un tomo de lectura, sobre las emigraciones, apariciones y reproducciones de la fábula de *La Lechera*, desde la India, hace más de tres mil años, hasta la Europa de nuestros días.

Muy original poeta es Zorrilla, y *El Capitán Montoya*, así como *El Estudiante de Salamanca*, de Espronceda, están tomados de un romance popular, y aun de las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, de D. Cristóbal Lozano. *Margarita la Tornera* está en el *Quijote*, de Avellaneda, y en otros mil libros, empezando por las *Cantigas* del Rey Sabio.

Sería cuento de nunca acabar el ir señalando aquí las diversas fuentes de donde sacó Gœthe su *Fausto*. No sabré yo determinar de dónde tomó Calderón *El Mágico Prodigioso*, y no porque la fuente esté oculta, sino porque tuvo multitud de fuentes: una de ellas un poema épico, escrito por Atenais, mujer de Teodosio II y emperatriz de Constantinopla.

Por todo lo expuesto, y por muchísimo más que pudiera añadir, si no temiese fatigar á usted y hacer interminable esta carta, se infiere que el plagio, llamémosle así, entendido de cierta manera, y sobre todo confesado, es culpa muy común, rara vez mortal, venial casi siempre, y en no pocas ocasiones acto benéfico y laudable.

¿Pero qué mucho, si el mismo ilustre é ingenioso poeta en cuyo nombre se acusa hoy á los autores de *Curro Vargas*, ha incurrido también en esa culpa al escribir, no afirmaré yo que la mejor de sus novelas, pero sí la más leída, la más encomiada, y la que, traspasando los límites de España, ha circulado por todo el mundo, traducida en varias lenguas de Europa? Si han plagiado todos los autores que aquí cito, también en *El sombrero de tres picos* ha plagiado Alarcón. El argumento de *El sombrero de tres picos* está todo en la jácara ó *corrida* que he oído yo mil veces cantar en mi tierra al son de la guitarra, y que principia:

En Jerez de la Frontera,
Un molinero afamado,
Que ganaba su sustento

Con un molino alquilado,
Era casado
Con una moza
Como una rosa.
Por ser tan bella,
El Corregidor mismo
Se prendó de ella;
La visitaba,
La cortejaba,
Hasta que un día
Le declaró el efecto
Que pretendía.

Y así y en no menos descomulgados versos, continúa la relación, hasta que el efecto llega á tener en realidad, y no por alucinación del molinero, todo el más cumplido *efecto* que el Corregidor deseaba. Alarcón varía aquí algo para esquivar la crudeza y el desenfado del lance; pero el molinero cree en su desgracia como si hubiera sido real. Y aunque el molinero no es un truhán como en la jácara, sino hombre de elevados sentimientos, que ama entrañable y noblemente á su mujer, y cifra en ella honra y ventura, todavía, en vez de morirse de pena si era de carácter apacible y manso, ó en vez de dar de puñaladas á su mujer, derrengar á palos al Corregidor ó ahorcarse, suicidarse ó hacer otras barrabasadas, incurre en las mismas bellaquerías que el héroe de la jácara, y se va á tomar venganza ó represalias con la Corregidora. No he de negar yo que

con estas modificaciones ganan mucho el pudor y el decoro; pero en el carácter del molinero, tal como Alarcón magistralmente le pinta, se produce, en mi sentir, cierta contradicción psicológica.

Como quiera que sea, *El sombrero de tres picos* es una bellísima novela. Yo no distribuyo patentes de inmortalidad; pero me atrevo á presumir, de acuerdo con la generalidad de los lectores, que *El sombrero de tres picos* es uno de los pocos libros que han de vivir siempre y que siempre han de ser leídos y celebrados. *El sombrero de tres picos,* con todo, es como *Curro Vargas:* ha tomado su asunto y sus personajes de otro autor. Y si este autor viviese y supiésemos quién es, ¿no podríamos excitarle á poner pleito á los herederos de Alarcón para que los obligase á recoger los ejemplares de su novela que están en venta y á no reimprimirla en adelante? Yo creo que no podríamos hacer tal cosa. Sería un absurdo. Ahora bien: ¿no será absurdo, aunque sin duda muchísimo menor por el extraordinario mérito de *El Niño de la Bola,* tratar de prohibir la representación de una zarzuela porque toma de *El Niño de la Bola* el argumento y los principales personajes? Si á esta pregunta contestasen todos sin pasión y de buena fe, entiendo yo que el asunto quedaría literariamente resuelto.

En lo tocante á su resolución jurídica, no quiero ni debo yo mezclarme. Esperemos que no haya pleito. Si le hay, los jueces decidirán con arreglo al espíritu y la letra de las leyes.

Tenga usted presente que esta carta no es de un jurisconsulto, sino de un mero aficionado á la literatura; perdone lo mucho que me he extendido y que tal vez he divagado, y créame siempre su afectísimo amigo q. l. b. l. m.

AL TRAVÉS

DE LA

ESPAÑA LITERARIA

AL TRAVÉS DE LA ESPAÑA LITERARIA

I

Pongo aquí por epígrafe el título de un libro que suscita ideas y cuestiones importantes, estimulándome á decir algo sobre ellas, aunque no tenga yo la pretensión de resolver una sola.

El autor del libro, D. José León Pagano, es, á lo que parece, ciudadano de la República Argentina y de italiana prosapia. La lengua en que escribe es la de Dante y Maquiavelo, claro está que con las modificaciones y gusto del día.

La obra sobre la cual voy á discurrir, salió á luz en Roma, primero en la revista *La Rassegna Internacionale*, y en dos tomos luego. La casa editorial de Maucci ha dado á la estampa en Barcelona una traducción castellana en dos volúmenes de la mencionada obra. Se compone de semblanzas ó retratos de los más notables ó conocidos escritores y poetas de España. Contiene el primer tomo escritores y poetas de Cataluña, y contiene el segundo escritores y poetas de Castilla, ó sea de los que escriben en la lengua oficial de nuestra

nación, lengua que no debemos atrevernos á llamar española, sino castellana, á fin de distinguirla del catalán, que es español también, al menos hasta el día presente.

La manera que ha tenido el Sr. León Pagano de escribir sus semblanzas vale, á no dudarlo, para prestar vivacidad á la pintura; pero ofrece también inconvenientes no pequeños. El Sr. León Pagano ha ido visitando á cuantos sujetos retrata; los ha estudiado; ha hablado con ellos, y los ha retratado al fin, adornando el retrato con cuanto cada uno le dijo ó el Sr. León Pagano entendió que le dijo, en la singular conversación ó en las conversaciones varias que con él tuvo.

Ni los escritores de Cataluña ni los de Castilla podemos quejarnos de nuestro retratista argentino. Yo creo que á todos nos favorece y nos trata generosa y benévolamente.

Del conjunto de la obra resulta, con todo y por extraña contradicción, algo para la nación española de muy depresivo y lastimoso. Cada uno de los retratados aparece radiante de luz entre perfumadas nubes de alabanza; pero el conjunto es para inspirar más compasión que contento, y más recelos y zozobras que satisfacciones de amor propio.

Las naciones neolatinas, según el Sr. León Pagano, y en esto opinamos como él, no se debe afirmar que decaigan. Francia sigue dando la moda en todo: sus escritores y sus artistas son por donde quiera admirados é imitados, y la hermosa Italia, reconquistadas su unidad y su independencia, renace á nueva y gloriosa vida. Sólo España

decae, amenaza total ruína y apenas deja entrever un leve rayo de esperanza regeneradora. Hay más aún: se pone algo en duda, y se cubre de manchas ó de negros y ominosos lunares nuestra historia y nuestro sér en lo pasado. Hay, con todo, una región habitada por mejor dotada casta de gente, cuyo porvenir es risueño y donde surgirá ó resurgirá un pueblo ilustre, como surge ó resurge la fabulosa ave fénix de entre sus propias cenizas. Ya se entiende que este pueblo es el catalán.

Tales conceptos y profecías tales se indican, ya que no se expresen claramente, como sugeridos al Sr. León Pagano, no ya sólo por su propia observación, sino por las conferencias que tuvo con algunos sabios y literatos barceloneses, conferencias de las que él transcribe lo más importante en su libro.

Por lo visto, griegos y romanos y otras gentes nobilísimas, verdaderamente *arias*, colonizaron, poblaron y florecieron en Cataluña desde la antigüedad más remota, mientras que el centro de España, llamémosle Castilla, fué poblado por berberiscos y por otras castas inferiores, propensas á ruínes y nefandas supersticiones y rebeldes á toda humana cultura. De aquí nuestra inferioridad intelectual, social y política *ab initio*.

El Sr. Pompeyo Gener es quien aparece como principal dogmatizador y propagador de doctrinas tan poco lisonjeras para nosotros, y quien profetiza el irremediable fin de España, con el muy probable renacimiento y amplio desenvolvimiento de Cataluña, y tal vez de Galicia y de las Provincias

Vascongadas. Todo lo demás lo da Pompeyo Gener por irremediablemente perdido. Somos moros, somos presemitas, descendientes de una gentuza infecta y plebeya, y volvemos por atavismo y regresión á la bajeza de la que por inexplicable conjunto de circunstancias logramos salir, elevándonos durante algún tiempo, descubriendo y colonizando un nuevo mundo y predominando en el antiguo. Caso rarísimo fué éste; pero ni el Sr. Pompeyo Gener ni el Sr. León Pagano se empeñan en explicarle. No se sabe cómo; pero es lo cierto que la raza inferior y más burda, que vivía en Castilla, se impuso á las otras de la Península, aunque fué por poco tiempo. Esta raza ejerció sobre toda España algo á modo de hegemonía. Y hasta fuera de España, así por Europa como por islas remotísimas y por el vasto continente americano, que aparecía como sacado por ella del fondo del mar tenebroso, difundió su lengua, dilató su imperio y propagó su civilización, aunque por lo viciosa y fanática debiera llamarse de otra suerte. Sólo Dios sabe cómo el Sr. Pompeyo Gener querrá llamarla.

A lo que parece, estudiando mejor el asunto, investigando las causas, y como si dijéramos penetrando en el busilis, alguna luz se columbra y alguna explicación logra darse de tan extraño suceso.

Según el Sr. D. Pompeyo Gener, la facultad científica y artística obedece en Iberia á la misma ley que se ha observado ó se supone que sigue la fiebre amarilla en muy diferentes países. Dicha

fiebre prevalece y es epidémica y hasta endémica en el litoral; pero ya en el centro y á cierta elevación sobre el nivel de los mares, cualquiera puede estar casi seguro de no ser acometido de tal fiebre, como no la traiga ya latente é inoculada desde cualquier punto de la playa. Ahora bien: Castilla es un grande altozano ó meseta central que se eleva 650 metros sobre el nivel de los mares; de donde resulta que ni la fiebre amarilla ni la grande aptitud intelectual llegan á subir hasta aquí, si no se traen de la costa como el salmón y los besugos. Falta además en el aire que respiramos cierto ingrediente nutritivo del pensamiento. Sin duda el señor Pompeyo Gener ha hecho el análisis químico y no ha encontrado ni chispa de tal ingrediente en nuestro aire. Ello es que entre nosotros degeneran los seres humanos y vienen á ser memos, atávicos, regresivos y cacoquimios. Entre las palabras que el Sr. León Pagano pone en boca de D. Pompeyo, se leen las siguientes: el aire de Castilla «es muy pobre de oxígeno ozonizado, y aun modernamente se ha descubierto que casi no contiene *helio*. Así la nutrición es imperfecta, deficiente, y la raza crece raquítica, y lo que va allá del litoral degenera.»

Sea todo por Dios, digo yo. ¿Qué le hemos de hacer? No hay más que aguantarse y resignarse. ¿Cómo impregnar nuestro ambiente del ozono y del *helio* de que carece y cuya falta, digámoslo así, nos incapacita, embrutece y engurruña?

Pero es aún más irremediable nuestra perdición. Aunque lográsemos llenar de helio y de ozo-

no nuestro ambiente, y aunque los respirásemos y los sorbiésemos á todo pasto, poco ó nada conseguiríamos. Lo deletéreo, lo predispuesto á nuestra disolución y acabamiento, radica en el pobre y vicioso origen de nuestro sér, y no hay helio ni ozono que nos libre de la ruinera. Para nuestro pecado original no hay bautismo. Para nuestra virulencia mental no hay vacuna que valga. Somos, según D. Pompeyo, una raza mestiza de semitas y *presemitas*. Y esta combinación de castas inferiores se ha endurecido y retrogradado en la holganza pastoril; ha enfermado de un fanatismo africano, y ha experimentado una horrible regresión al tipo primitivo. Y como esta raza ha predominado sobre las razas céltico-latinas de Cataluña, Valencia, Mallorca, Galicia y sobre las Vascas, ha producido el estado de decadencia en que se halla hoy la nación. «Sólo Cataluña y Mallorca, añade Don Pompeyo, han podido resistir en parte y florecer mirando hacia adelante, comunicándose con Europa y América y haciendo caso omiso de España.» Siga, pues, D. Pompeyo mirando hacia adelante y no vuelva la cara hacia nosotros, para que no se renueve el prodigio de la mujer de Lot y se convierta en estatua.

Amicus Plato, sed magis amica veritas. Quiero afirmar con esto, aunque redunde en mi elogio, que, si bien yo soy muy patriota, mi modestia se opone á que forme yo un concepto de mi patria muy superior á lo que ella realmente vale en el día, y mi veracidad no consiente que disimule yo su flaqueza y su abatimiento actuales. Quiero con-

venir y convengo con el Sr. Gener y con otros ilustres barceloneses, que dieron no menos tristes informes al Sr. León Pagano, en que España está, como vulgarmente se dice, muy de capa caída al presente.

Lo que no me allano á conceder es que se nos puedan y deban aplicar los refranes que rezan: «De atrás le viene el pico al garbanzo» y «De casta le viene al galgo,» etc. No me resigno á creer, á pesar de mi grande humildad, que la inferioridad está en nuestra esencia; que nunca hemos valido nada, y que el mal de España es irremediable, si exceptuamos Cataluña, el litoral de Galicia y algunas otras poblaciones de la costa oriental, donde debe de haber más ozono y más *helio* que por aquí, y donde los habitantes no descienden de berberiscos, sino de romanos y de griegos.

¿Habré yo entendido mal, me pregunto, ciertos hechos históricos, ó se habrá descubierto últimamente que Trajano, Adriano, Lucano y Séneca, lejos de ser andaluces ó berberiscos, fueron greco-romanos ó catalanes? Lo mejor es que no hablemos más de nuestros ascendientes ni exhibamos los títulos de la nobleza que se nos niega. Esas mismas razas inferiores, de las que se supone que procedemos, ¿no pudiera sostenerse que llegaron á mejorarse y hasta á sublimarse en nuestro país, á pesar de la escasez de *helio* y de ozono que en él hay? Aunque fuesen de religión mahometana ó israelita, ¿por qué no habían de ser castellanos de nacimiento y hasta de origen Averroes, Maimónides, Ibn Gebirol, Jeuda Leví, los Ben Ezrá, y

tantos otros sabios y poetas judíos y muslimes? Y si más tarde expulsamos de España á los que no seguían ó se sospechaba que no seguían nuestra religión, ¿quién protestó en Cataluña con más energía que en Castilla de esta intolerencia? En nuestra propia época, tan ilustrada y tolerante, ¿son acaso berberiscos ó castellanos los antisemitas de Alemania, de Rusia y de otras naciones europeas?

De tanto vituperio lanzado contra nosotros no quiero yo hacer capítulo de culpas ni dirigir querellas contra aquéllos que los lanzaron. Mirado con calma el asunto, lejos de enojarme, me entran ganas de admirar la moderación suave de los que tan cruelmente nos tratan. ¿Cómo desconocer, cómo negar el síntoma más deplorable de la enfermedad que nos aqueja en el día? El mal humor y el descontento son generales en España, manifestándose en el menosprecio, en mi sentir injusto, contra todo lo español, salvo raras excepciones. Las excepciones que hace el Sr. Gener son de las menos raras, por donde, en vez de quejarnos, debemos quedar agradecidos. Al fin él exceptúa de la perdición á toda Cataluña, á Mallorca y á otras varias regiones. ¡Cuántos egregios personajes políticos no ha habido y no hay aún entre nosotros, que tal vez para explicarse lo mal que han gobernado, siendo ellos tan capaces y listos, no han atribuído y no atribuyen aún peores cualidades á nuestra pobre España, que es una nación ingobernable y estéril por naturaleza! Las injurias que han dirigido á la nación en tono joco-serio, y

como chiste feroz y rudo, no pueden recordarse sin pena. ¡Cuántas veces, con todo, no se han citado como facecias ingeniosas las siguientes frases: esto es un *presidio revelado*, todos son ó pillos ó tontos, y otros primores por el estilo! Comparados con tan enormes anatemas, son requiebros y piropos los que nos echa el Sr. D. Pompeyo Gener, y es menester decirle con efusión: Dios se lo pague á usted, mi muy querido amigo.

Yo, sin embargo, soy tan optimista y tengo la manga tan ancha, que me inclino á que perdone la nación injurias tan atroces, merced al buen propósito que tuvieron sus autores al formularlas. La letra con sangre entra; quien bien te quiere te hará llorar, se ha dicho siempre.

Tal vez las mencionadas injurias se han lanzado como aguijón que nos estimule y como estro que nos pique y agite para salir de la postración y alzarnos de nuevo. ¡Qué no han dicho contra Italia eminentes políticos, oradores y poetas italianos, á fin de sacarla de su letargo y de traerla á la actividad dichosa que al cabo la ha hecho libre y una! Sólo de Leopardi pudiera yo citar aquí larga serie de estas generosas injurias, con las cuales anhelaba él que su patria

.....o vita agogni
E sorga ad atti illustri o si vergogni.

La injuria antipatriótica de que no gusto yo es la que llega al extremo de negar hasta nuestra gloria pasada como si fuese vano y mentiroso sue-

ño. El amor de la patria chica, por muy vehemente que sea, no debe implicar el desprecio de la patria grande. Y menos aún cuando las mayores glorias de esta patria han sido cuando la chica y la grande estaban unidas. Anacrónico, arcáico sería, por ejemplo, que venecianos ó genoveses menospreciasen á los demás habitantes de Italia; pero aún sería más irracional el menosprecio de los catalanes á los castellanos.

El tal menosprecio tiene, además, otro inconveniente gravísimo: la admiración, ciega á menudo, por todo lo extranjero. Pensando salvar de infección el árbol de nuestra ciencia, tal vez le arrancamos del propio suelo y ponemos en el aire sus raíces. De aquí resulta la solución de continuidad. Y cuando creemos producir algo de original, de nuevo y de progresivo, tal vez nos convertimos en admiradores, arrendajos y ecos de cuantos disparates ó simplezas se ocurren ó pueden ocurrirse á gente, no ya sólo de Inglaterra y de Francia, sino también de Suecia, de Rusia y hasta de Noruega.

¿No sorprende y hasta maravilla un poquito que al encomiar á un dramaturgo catalán, en vez de decir que sigue las huellas de Lope, Alarcón, Tirso, Calderón y Moreto, escribiendo como escribirían ellos si viviesen hoy, se le elogie porque imita ó se parece á Strinber, Ibsen, Björson, Gogol, Griboiedof, Tolstoï, Sudermann y Hauptmann?

Yo me jacto y me he jactado toda mi vida de firme creyente y de apasionado fervorosísimo del

progreso humano; pero, lo confieso, me entrán á veces tentaciones de renegar cuando se nos obliga á desdeñar lo antiguo y propio, á mirar siempre hacia adelante y á correr sin reposo; y con un palmo de lengua de fuera, en pos de la última moda, con marchamo de París, pero traída acaso de entre los modernos hiperbóreos, donde, como en la época prehistórica de Abaris, vuelve á reinar Apolo iluminando las inteligencias. Amargo desengaño es tener que creer y confesar que ni siquiera el teatro castizo ó nacional valga ya como parada, jalón y punto de apoyo en el camino de nuestra cultura.

Prescindiendo ya de enojosas cuestiones, justo es confesar que el Sr. León Pagano nos ha prestado servicio dando á conocer en Italia nuestra literatura novísima, ó por lo menos llamando la atención sobre ella.

Su obra, con todo, en vez de titularse *Al través de la España literaria*, debiera tener por título *La literatura en Barcelona y en Madrid*. Digo esto, porque nuestra actividad intelectual está muy poco centralizada, y no puede formarse idea completa de su valer discurriendo sólo sobre lo que se ha notado en Madrid y en Barcelona. Fuera de Barcelona, dado que el valenciano y el mallorquín vengan á ser lo mismo que el catalán, y dado que tengamos una sola lengua oriental regional, y no tres ó cuatro ó media docena, poetas y escritores hay en Valencia y en Mallorca que no están por bajo de los que el Sr. León Pagano encomia. Así, v. gr., en Valencia el discreto y juicioso publi-

cista y poeta elegantísimo D. Teodoro Llorente, y en Mallorca el altamente inspirado poeta Don Miguel Costa. Cierto es que Costa y Llorente suelen escribir en castellano; pero también escriben en la lengua de su región, que es de suponer que sea, sobre poco más ó menos, la lengua catalana. Sobre todo esto hay en el día de hoy mucha confusión para los que no estamos versados en varias ciencias y estudios nuevos, como, pongamos por caso, la gramática histórica, en cuyo estudio, no bien se penetra algo, viene á descubrirse que en cada edad hay gramática y diccionario distintos; que cada autor tiene también distinto diccionario y gramática, y hasta que en cada localidad se habla ó se escribe ó puede hablarse y escribirse distinto idioma.

Confieso mi ignorancia. Yo no acierto á escudriñar tales honduras ni á distinguir tan exquisitas sutilezas. Comprendo que un lenguaje no es ni debe ser algo de fósil, petrificado é inflexible, sino creación orgánica y viviente; mas no por eso ha de ser el lenguaje un perpetuo *llegar á ser*, cuya instabilidad y cuyas variaciones se adviertan, no ya en cada centuria ó en cada decenio, sino también en cada lugar de una misma provincia y en cada escritor á quien, si por acaso es de Castilla, se le antoje decir de cualquier otro escritor: que si él habla la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana.

Supongamos, pues, á pesar de esta sabiduría flamante, que hay ó conviene que haya un solo idioma catalán literario, y que hay ó conviene que

haya otro solo idioma castellano literario y culto. Los peculiares modismos, los vicios de pronunciación, y el olvido, desaliño ó ignorancia de la sintaxis no bastan, á mi ver, para que nos imaginemos que se crea en cada pueblo un distinto lenguaje, ó por lo menos un dialecto distinto. Así, pues, yo, en mi corto saber, me atrevo á contar entre los poetas catalanes á los mencionados Llorente y Costa, así como cuento entre los poetas y escritores castellanos á los que viven y escriben en Sevilla, en Cádiz, en Almería, en Málaga, en Granada y en otros puntos de la Península. Por este lado, pues, es incompletísimo el libro del señor León Pagano *Al través de la España literaria*. No es sólo en Madrid y en Barcelona donde se cultivan las letras.

Bastan, sin embargo, las noticias que nos da y los retratos que el Sr. León Pagano nos presenta, para poder afirmar que, si no nos lisonjea demasiado, lo que es en amena literatura España no está tan decaída ni tan próxima á hundirse como se presume.

II

En la galería de retratos que el Sr. León Pagano nos presenta, figuran muchos escritores ilustres que florecen hoy en Cataluña y cultivan la lengua regional, escribiendo ya en verso, ya en prosa. Son los más notables de estos retratos los de Don Angel Guimerá, D. Pompeyo Gener, D. Santiago

Rusiñol, Mosén Jacinto Verdaguer, Narciso Oller, Apeles Mestres, Ignacio Iglesias y Víctor Catalá, seudónimo este último bajo el cual se oculta una inspirada y popular autora.

No me incumbe, ó no es mi propósito, discurrir aquí sobre cada uno de los personajes retratados, coincidiendo con el retratista ó censurándole porque favorece demasiado á sus modelos ó porque los afea. Básteme repetir, según ya dije, que los pinta á todos con entusiasmo generoso, repartiendo las alabanzas, en mi sentir, equitativamente, sin mostrar injusta predilección por nadie, y sin rebajar el mérito de los castellanos á fin de que los catalanes resplandezcan más y descuellen sobre ellos. Según ya declaré al principio, no es mi intento hacer un resumen de la obra del señor León Pagano, sino decir algo sobre las cuestiones que su lectura suscita.

Voy á exponer, ya que no á resolver, algunas de estas cuestiones, según se me vayan ocurriendo, y, fuerza es confesarlo, sin método y sin orden.

El Sr. León Pagano dice, ó da á entender en varios pasajes, que la prosa catalana está aún por bajo de la de Castilla; pero que en verso los catalanes nos vencen. Lejos de tener envidia regional ó de afligirme por esto, yo lo celebraría si fuera exacto; pero me parece que tal afirmación peca contra el axioma de que el todo es mayor que cualquiera de sus partes. Por egregios que sean los poetas que sólo en catalán han poetizado, son tantos y tan importantes los poetas catalanes bilingües, que se nos hace duro de creer que no sólo

á los castellanos, sino también á estos catalanes bilingües que con ellos se suman, se adelantan y superan los que sólo versifican en catalán, auxiliados, sin duda, por los bilingües.

La cosecha literaria, ya prosáica, ya poética, me parece que no puede calcularse por quinquenios, sino por épocas, por siglos ó por medios siglos al menos. ¿Cómo sostener, aun suponiendo que en el día de hoy no hay en España un solo poeta lírico completo, y que sólo había dos y medio, según afirmó *Clarín*, antes de que muriesen Campoamor y Núñez de Arce; cómo sostener, repito, que la poesía lírica castellana acabó para siempre? Sin embargo, según la dura sentencia que el señor León Pagano pone en boca de D. Santiago Rusiñol, la muerte de la poesía lírica castellana es ya evidente, y no hay la más leve esperanza de que resucite. Los considerandos y razonamientos que preceden á la dura sentencia son tan alambicados y hondamente filosóficos, que yo no los entiendo, porque me he quedado muy atrás, y ahora se va á escape en filosofía y en ciencias nuevas. Afirma el Sr. Rusiñol, dado que el Sr. León Pagano sea intérprete fiel de su pensamiento, que en Castilla la poesía muere, que no hay *escritores modernos*, que no tenemos ni un solo *libro de ideas*, y que no hemos sentido *la evolución que formó ó forma ahora el alma del arte*. Como triste consecuencia de no ver ó de no haber visto que el alma del arte evoluciona, resulta que «la literatura castellana no tiene tendencias de innovación. Por lo tanto, añade, paréceme inoficioso

tratar de descubrir entre los jóvenes elementos de vida nueva.»

Poco lisonjero está el Sr. Rusiñol con los castellanos de ahora; pero celebra y reconoce el valer de los castellanos de otras edades, y no es como D. Pompeyo Gener, que los declaró á todos inferiores, berberiscos ó *presemitas*.

Como quiera que ello sea, yo no quiero resignarme á que los castellanos nos hayamos quedado sin poesía y hasta sin esperanza de tenerla, á pesar del auxilio que nos han dado los catalanes en estos últimos tiempos; á pesar de que con los poetas castellanos nacidos en Castilla han venido á juntarse Cabanyes, Arolas, Milá y Fontanals, Piferrer, Carbó, Wenceslao Querol, Quadrado, Tomás Aguiló, Roca y Carnet, Aparisi y Guijarro, Juan Alcover, Miguel Costa, Teodoro Llorente y no pocos otros.

Por mucho que valga, y yo me complazco en creer que vale muchísimo, la poesía lírica y épica ó narrativa de Angel Guimerá, de Mosén Jacinto Verdaguer y de los demás que en catalán han versificado, ¿cómo suponer que vence á los doscientos ó trescientos poetas mayores y menores, nacidos en Castilla, que han escrito en castellano, que han florecido en el siglo XIX y que cuentan con un ejército auxiliar de poetas catalanes, valencianos y mallorquines, algunos de *primo cartello* y con ideas, como Quadrado y Balmes, y todos ellos *castellanizantes?*

Corruptio unius generatio alterius. El aforismo es de buena ley; pero conviene no abusar de su

aplicación. Vivamos todos. ¿Qué necesidad hay de matar la poesía castellana, para que retoñe lozana, frondosa, esplendente y rica en flores y en frutos la poesía de Cataluña?

Esta manía me trae á la memoria la orgullosa jactancia de un labrador de mi lugar que ponderaba el mérito de los suculentos y mantecosos garbanzos de su cosecha, atribuyendo tan exquisitas prendas á que se criaban en una haza donde había estado el cementerio pocos años antes.

Los catalanes que supongan que, si bien los castellanos nada valemos en el día, en otras edades hemos valido algo, se parecen sin duda al mencionado labrador de mi lugar; pero no se le parece D. Pompeyo Gener, en cuyo concepto siempre fuimos berberiscos y jamás valimos un pitoche.

Cuando no implica desdén ó aborrecimiento á la cultura castellana, yo me pregunto: ¿Es ó no conveniente que haya en la nación española, no una sola lengua literaria, sino dos, tres ó cuatro? ¿Cuáles de estas lenguas pueden llamarse tales, y cuáles deben calificarse de meros dialectos? ¿El bable es dialecto ó lengua? ¿Es la lengua gallega la lengua madre del portugués, el cual ha crecido y se ha magnificado, mientras que la madre ha ido envejeciendo y consumiéndose hasta poco há, en que quiere remozarse y esponjarse de nuevo? ¿Conviene que sea esta renovación identificándose el gallego con su hijo el portugués, ó saliendo con que el gallego resulta otra lengua completamente distinta?

Dudas por el estilo se me ocurren, sin acertar á

resolverlas, con respecto á la lengua catalana. ¿Es uno solo ó son muchos y distintos el catalán, el mallorquín, el valenciano y los dialectos afines que se hablan en el Mediodía de Francia? Si optamos por la distinción, y en cada localidad la distinción se busca y se extrema, podrá llegar el caso de que tengamos algo parecido á la torre de Babel y no nos entendamos. Decidamos, pues, para nuestra comodidad, y á fin de que podamos entendernos sin fatigarnos mucho, que en Castilla no hay más que una lengua literaria, y que en Cataluña hay otra sola única lengua literaria á la que deben someterse las otras, á fin de que no sobrevenga una Pentecostés, no de Dios, sino del diablo.

Supuesta ya una sola lengua literaria catalana, el empleo de esta lengua al escribir para el público es conveniente en muchos casos y necesario en algunos. Contando con la prudencia y la discreción debidas, no debe alarmarnos esta bifurcación del habla como síntoma y amenaza de que la unidad nacional pueda romperse.

En poesía, cuando el asunto de la poesía es religioso, metafísico ó de transcendente interés político ó social, lo mejor sería que el poeta emplease la más difundida de las dos lenguas nacionales. Para preferir el catalán, no puede tener otro motivo sino el de que lo sabe mejor, pues no es de creer que nadie imagine que en lengua catalana, harto poco cultivada durante tres siglos, puedan expresarse con mayor facilidad y nitidez que en castellano los pensamientos y sentimientos más sutiles y profundos.

El empleo de una ú otra de las dos lenguas es, por lo menos, indiferente en ciertos casos. Bien está la *Atlántida* en versos catalanes; pero si se hubiera escrito en castellano con igual maestría en el manejo de la lengua, poco ó nada hubiera perdido, y hubiera sido más conocida y leída sin apelar á traducciones.

En lo que es irreemplazable la lengua catalana, y se suprimiría, sin su empleo, una parte interesantísima de la literatura regional, del ser, del pensar y del sentir de todo un pueblo, es, así en la poesía como en la prosa, en todo aquello que describe y representa al pueblo según en el día vive y discurre, mostrando su carácter, sus buenas prendas y sus defectos, sus pasiones, virtudes y vicios, así en acción como con las palabras que todo lo expresan.

Quiero yo decir con esto que Mosén Jacinto Verdaguer en la *Atlántida*, y Angel Guimerá, v. gr., en *Mar y Cielo*, pudieron haber sido no menos inspirados é ingeniosos que escribiendo en catalán escribiendo en castellano, mientras que Narciso Oller y otros novelistas jamás hubieran podido ser lo que son, ni como son, si en catalán no hubiesen escrito. Tan difícil, tan punto menos que imposible es concebir á Narciso Oller escribiendo en castellano, como escribiendo en catalán concebir á Pereda.

Todavía hay algo en que la lengua regional es más insustituíble. No valerse de ella, causaría la pérdida de la porción más amena y más regocijada de las producciones del ingenio humano. Lo satí-

rico popular, lo cómico, la pintura de las costumbres contemporáneas de las clases inferiores del pueblo, sus conversaciones, sus alegrías y sus penas, sus amores y sus celos, todo esto se cuenta mal, poco fielmente y con estilo desteñido, cuando no se cuenta en el mismo idioma hablado por el pueblo que se pinta.

No se concibe que D. Ramón de la Cruz dejase de escribir en vulgar castellano *Las castañeras picadas* y *La casa de tócame Roque*. Sólo en el vulgar castellano que se habla en Madrid por esas calles, plazas y mercados, puede hallarse el inagotable venero de chistes que vierte Luis Taboada en sus obrillas. Sólo en el dialecto de Nápoles se comprenden las farsas y sainetes que se representaban en el teatro de San Carlino. Pero, francamente, ¿qué menoscabo hubiera podido tener Sicilia en su gloria, si Meli, en vez de satisfacer el capricho de versificar en dialecto siciliano, hubiera compuesto sus magníficas poesías en la lengua del Dante y del Ariosto?

Ya que Boscán, Moncada, Capmany, Balmes, Quadrado, Milá, Pí y Margall, Aribau y no pocos otros escritores, pensadores y poetas, gloria de Cataluña, no fueron infieles á su patria escribiendo en castellano, ¿por qué no imitarlos en esto y dejar el empleo del catalán para la novela de costumbres contemporáneas, para la poesía popular narrativa y para la representación, en el teatro, de la vida actual y regional de la gente del pueblo?

El mismo D. Pompeyo Gener, aunque á regañadientes, se inclina á que así sea. Para los que

vivimos ahora en Castilla, declara él que no escribiría ni una sola palabra en castellano; pero como da la maldita casualidad de que nuestro idioma sigue todavía hablándose y entendiéndose en América, el Sr. Gener se resigna y castellaniza.

Lo cierto es que el Sr. D. José León Pagano, de muy buena fe y revelándonos lo que piensan de nosotros los más ilustres literatos barceloneses, propende á suscitar rivalidad y enojo entre catalanes y castellanos; rivalidad y enojo que no debieran existir y que verdaderamente no existen, á pesar de lo que digan ó hayan dicho algunas personas muy exaltadas, ya en momentos de mal humor, ya por pasajero y fundadísimo engreimiento.

De esperar es que D. Angel Guimerá no piense ya como pensaba cuando tuvo con el Sr. León Pagano la conversación que éste nos refiere. Acaso haya dejado de entender y de afirmar que Cataluña nunca fué española, que debe hacer en ocasión propicia lo que Portugal hizo, que en Castilla todos somos retrógrados, que si prescindimos de Echegaray no hay teatro, que si prescindimos de Galdós no hay novela, que la poesía lírica ha muerto con Núñez de Arce entre nosotros, y que en Castilla nadie lee.

Algo leemos, no obstante. Y en verdad que todo lector castellano recibe ó debe recibir impresión tristísima al leer el volumen que el Sr. León Pagano dedica á los ingenios de Cataluña. Hundida España para siempre, los mencionados ingenios procuran apartarse de ella, para que no los coja bajo los escombros. El florecimiento literario ca-

talán aparece transformado en catalanismo. Por razones históricas y filosóficas, Cataluña es una nación. Así lo han declarado recientemente en una Asamblea catalanista reunida en Barcelona el 22 y el 23 de Mayo del año presente. Yo no acierto á comprender, ni suena en mis oídos, que haya nación gallega, nación asturiana, nación extremeña ó nación cordobesa; pero no disputemos, y convengamos en que nación catalana sí hay. Convengamos también en que esta nación tuvo lengua propia y una gran literatura en los siglos XIV y XV; y convengamos, por último, y hasta alegrémonos de ello y aplaudámoslo, en que dicha literatura ha renacido y se ha magnificado espléndidamente en el siglo XIX. No creo yo que haya un solo crítico castellano que así no lo confiese y declare, tributando á la moderna literatura catalana merecidos encomios. D. Marcelino Menéndez y Pelayo y el P. Fr. Francisco Blanco García son fervorosos admiradores de no pocas producciones de esa literatura. Los dramas de Guimerá, á pesar de la corta estimacion y poco afecto que Guimerá nos muestra, han sido traducidos, representados y muy aplaudidos en Madrid. La Real Academia Española, en cuyo seno hay siempre catalanes, desea hacer una hermosa edición de las poesías de Mosén Jacinto Verdaguer, á quien se gloría de contar entre los más inspirados poetas españoles, aunque en catalán haya escrito.

¿Por qué, pues, el menosprecio ó el desvío que muestran los más notables ingenios de Cataluña

por todo lo de Castilla? ¿Será que en realidad nos hundimos ó nos vamos hundiendo y no lo notamos?

Tal es la impresión que recibirá quien no esté bien enterado, y que sin duda recibirán en Italia acerca de nuestra pobre Castilla, al leer el volumen del Sr. León Pagano que trata de Cataluña.

Por dicha, en el volumen segundo, que trata de los ingenios de Castilla, el Sr. León Pagano vuelve por nosotros, y nos celebra tan altamente que contradice todo cuanto sobre nuestra decadencia y agotamiento pone en boca de sus catalanes del otro volumen. Pérez Galdós aparece como uno de los primeros novelistas del mundo; Pereda, poco menos; Doña Emilia Pardo Bazán es un asombro, una maravilla. De Echegaray, de Palacio Valdés, de Picón y de algunos más literatos, dice el Sr. León Pagano mil primores, en mi sentir merecidos; mas no por eso debemos dejar de agradecérselo, porque nos da á conocer en Italia.

Todavía no satisfecho el Sr. León Pagano con lo escrito hasta ahora *Al través de la España literaria*, promete escribir un nuevo volumen, donde es de presumir que ponga las semblanzas de Menéndez y Pelayo, de Pereda y de no pocos otros escritores no menos dignos de encomio que los retratados en el volumen que ha publicado ya sobre Castilla. Nuestra decadencia, pues, será económica, será política, habrá rebajado nuestro poderío y valer para la acción, habrá puesto fin á nuestro imperio colonial, nos habrá hecho descender entre las potencias de Europa al segundo, al

tercer orden ó al orden que se quiera; pero si hemos de aceptar como justos los encomios que nos da el Sr. León Pagano, todavía, por el pensamiento y por la palabra, somos en Castilla potencia de primer orden, á pesar de la condenación y anatema de D. Pompeyo Gener y demás señores cuya manía catalanista ó separatista no ha de valer, ni Dios lo permita nunca, para que intelectualmente ni de ningún otro modo nos divorciemos.

UNA POETISA ITALO-HISPANA

UNA POETISA ITALO-HISPANA

Cada día soy yo más escéptico en punto á crítica poética, y, sin embargo, por una contradicción absurda, no ceso de escribir críticas sobre muchos y diferentes poetas. A pesar de la poca fe que tengo en la seguridad de mis juicios, estoy componiendo y publicando un Florilegio atiborrado de críticas tales, y ya mucho antes que el Florilegio apareciese había yo escrito artículos encomiásticos y extensos prólogos sobre las poesías del Marqués de Molíns, de Pedro Antonio de Alarcón, de Campoamor, de Menéndez y Pelayo, de Amador de los Ríos y de no pocos otros poetas. El temor de que llegasen los periódicos á recomendar la adquisición de un tomo de poesías, asegurando que no tenía prólogo mío, como ya se recomendaron otros asegurando que no tenían prólogo de Cañete, tal vez ha impedido que escriba yo dos ó tres veces más prólogos de los que he escrito.

Como quiera que sea, ya en prólogo, ya en artículo encomiástico, siempre que me pongo á examinar y á calificar las poesías de alguien, acude á mi memoria para descorazonarme la frase proverbial que dice: «Tú que no puedes, llévame á cuestas.»

Estas y otras dudas me asaltan hoy, con mayor ímpetu y brío que otras veces, para apartarme del empeño que he formado de recomendar al público las poesías de la muy elegante, discreta y linda Marquesa de Bolaños.

El estar en italiano casi todos los versos de dicha señora, hace mayor la inseguridad de mi juicio. Si atendemos á que siempre que vienen por aquí comediantes de Italia y representan en nuestros teatros la gente va á oirlos y afirma que los entiende, nos parece que el idioma de Dante y de Maquiavelo está como infuso ó ingénito en todos los españoles. Yo, sin embargo, me doy á sospechar que, en general, distamos mucho de saber el mencionado idioma todo lo bien que debe saberse para apreciar las elegancias y primores de lo que en dicho idioma está escrito. No se extrañen, pues, en vista de cuanto va indicado, mis vacilaciones y mi timidez al ir á examinar y juzgar las poesías de la ilustre y encantadora Marquesa, compatriota de otra poetisa, Marquesa también, y también casada con un español.

Doña Paulina Spreca y Picolomini, Marquesa de Bolaños, retrae á mi pensamiento la gentil y simpática figura de Doña Victoria Colonna, Marquesa de Pescara; pero desgraciadamente las circunstancias son harto distintas en el día. Vivió Victoria Colonna cuando era España la primera nación del mundo, y esta otra dama italiana, que ha venido á hacerse española y que también escribe muy lindos versos, vive cuando España se halla harto decaída y es poco conocida y menos estima-

da de las otras naciones. La misma Italia, á pesar de haber logrado al cabo su unidad y su independencia, es en el día harto menos conocida y estimada en el mundo de lo que fué en otras edades, sobre todo por sus grandes ingenios contemporáneos. La rica y brillante labor intelectual de Italia en el siglo XIX, yace en los demás países de Europa casi en la misma obscuridad que la literatura española de nuestros días. No es, pues, de maravillar que los versos de la Marquesa de Bolaños, reunidos en el precioso volumen que tenemos á la vista, no alcancen rápida y extensa fama, aunque sea su mérito grande. Por lo que tienen de italianos y por lo que tienen de españoles, carecen del prestigio que prestan á los escritores y á los poetas la preponderancia de la nación á que pertenecen, la universalidad y difusión de la lengua en que escriben y el irresistible poder con que se impone por moda todo producto intelectual nacido en París ó en Londres, preconizado allí por bueno y difundido é impuesto más tarde por moda á la rutinaria, y servil admiración de las gentes. Quiero yo decir con esto que si la Marquesa de Bolaños hubiera nacido ó se hubiera casado en Francia y hubiera escrito sus versos en francés, sería fácil á cualquier crítico de mediano ingenio hacerlos valer y considerar como un prodigio de inspiración y de buen gusto. Tales como son, y apareciendo en nuestro país, donde andamos todos descorazonadísimos y dudosos de si valemos algo ó no valemos nada, es arduo empeño el de dar valor, aunque en realidad le tenga, á lo que aparece en una tierra calificada

ya, aunque sea sin fundado motivo, por agostada y estéril.

Yo, sin embargo, valga por lo que valga, modestísimamente y desechando tôda pretensión de dar fama inmortal de poetisa á la bella Marquesa, diré aquí que sus versos son dignos de encomio por su sencillez, naturalidad, gracia y ternura.

El amor, en sus varias manifestaciones, es el inexhausto manantial de que proceden. La amistad ha dictado muchos de estos versos. Resplandece en otros el entusiasmo que la contemplación de la naturaleza enciende en el alma. El amor de madre, sentido con más fervor, inspira á la Marquesa sus mejores poesías, ya entonando un himno de júbilo santo al nacimiento de su hijo, ya describiendo en «La Pazza,» por dicha en extraña persona, el delirio angustioso, el profundo dolor de la mujer que ve morir á su hija. Composiciones amorosas en el más frecuente y estricto sentido de la palabra amor, hay también en este libro, dulcísimas y delicadas las más de ellas. La absoluta carencia de afectación, la más evidente y candorosa sinceridad, avalora todos los versos de la Marquesa. Siempre dice lo que siente; siempre reproduce y representa la impresión que recibe y la emoción que causa en su alma, buscando directamente en ella la inspiración conveniente para expresarla, sin imitar á otros poetas, sin recordar nunca lo que en caso idéntico ó semejante escribieron. De aquí que las poesías de la Marquesa de Bolaños no se asemejen á las de ningún poeta clásico italiano; no remeden el estilo ó la manera de alguien,

á no ser que en ellas se noten á veces vagos y suaves dejos de los cantos populares toscanos, más inocentes y almibarados por lo común que los cantares del pueblo en nuestra España.

Aunqué la Marquesa es sin duda piadosísima, hemos de confesar que el sentimiento religioso no entra por mucho en la inspiración de sus poesías; pero más vale que sea así, porque no sintiéndose muy movida por las cosas divinas, faltaría á su noble sinceridad si se empeñase en cantarlas con fervor aparente ó exagerado.

Todo lo que es enteramente lírico en el tomo de versos de que doy aquí cuenta, deleita, conmueve y merece aplauso por las razones ya aducidas. Las narraciones tienen harto menos valor, á no ser que se miren como motivo ó pretexto para que la heroína ó el héroe dé rienda suelta á su lirismo y tenga libre espacio para que se extiendan por él sus raptos apasionados. Así, por ejemplo, la composición que lleva por título «La suora di caritá.»

La Marquesa de Bolaños es una poetisa muy femenina, lo cual no es falta, en mi sentir, sino grandísimo mérito. La mujer que en cierto modo deja de ser mujer y se «neutraliza» para ser literata ó autora, comete muy grave pecado: es una semisuicida. Por eso no pocos hombres tienen profunda antipatía á las mujeres sabias; lanzan contra ellas mil epigramas, y las llaman marisabidillas y otros feos apodos. En cambio, la gentil Corina, que no quiso nunca disimular sus cualidades de mujer para disfrazarse de sabia, venció á Pínda-

ro, hechizando á los griegos congregados en los juegos olímpicos. De la misma suerte nuestra Marquesa debe vencer y vencerá á no pocos poetas, porque es siempre mujer, y mujer elegante y hermosa, que escribe versos para mostrar la recóndita hermosura de su alma, así como canta para lucir lo melodioso y lo vibrante y dulce de su voz, y así como se viste y se adorna para asistir á un baile ó á un convite, sin duda á fin de que veamos y admiremos la gallardía, la pulcritud y la gracia de toda su persona, y tal vez por la contemplación de tan envidiables cualidades acertemos á columbrar una belleza más alta, más pura y más transcendente. No sabré yo decir por qué; pero es lo cierto que tanto al leer los versos de la Marquesa de Bolaños, como al mirarla cuando yo todavía no estaba ciego, acuden y acudían á mi memoria, causándome muy grata emoción, todos aquellos sublimes párrafos sobre el amor que Baltasar Castiglione pone en boca del Bembo al terminar el admirable libro de «El cortesano.»

Algo noto yo en las poesías de la Marquesa que me parece raro, aunque tal vez no lo sea, y sólo por ignorancia piense yo que lo es. En todo caso la rareza es graciosa, y prueba el radical «feminismo» de quien la tiene. No contenta la Marquesa con imaginar ruiseñores gramaticalmente femeninos, esto es, «ruiseñoras,» imagina también ángeles hembras, ó dígase «ángelas.» Acaso otros poetas italianos se hayan atrevido antes á imaginar tales ángeles femeninos; pero no me parece ortodoxo creer y suponer que los hay. En el cielo

de los hebreos no hubo, en lo antiguo, sér que no fuese varón. El cristianismo fué quien dotó al cielo de una femenina y gentil muchedumbre de vírgenes purísimas, de tiernas y enamoradas mujeres y de generosas y arrepentidas pecadoras. Aunque sólo fuese por esto, sería mil veces mejor nuestra religión que las religiones gentílicas, que llenaron de diosas sus cielos, y que el Islam, que le pobló de hurfes para encanto y deleite de los muslimes, que se holgarían con ellas por allá, olvidados de las fieles y bellas consortes y odaliscas que habían tenido en la tierra.

Si cabe galantería y finura en la creencia y en la exposición de cosas sobrenaturales, me parece que es harto mejor el cristiano endiosamiento de las mujeres que el poco caso que hacen de ellas otras religiones, dejándolas olvidadas en la tierra y reemplazándolas en el cielo con diosas de toda laya.

Por eso entiendo yo, y sin duda entiende también la Marquesa de Bolaños cuando nos habla de *angelitas*, que no han de ser éstas nacidas por allá, sino transportadas desde la tierra al cielo en muy glorioso tránsito. Así, ella misma, y quiera Dios que sea muy tarde para que no nos quedemos en la tierra sin la satisfacción y el consuelo de verla y de oirla, será una *angelita* muy gentil y luminosa en los siglos futuros.

El rastro que nos dejará de su luz será los bonitos versos que ya ha compuesto y publicado, y más aún los que en adelante escriba con mayor reposo y con la maestría y el esmero que sin duda habrá

de adquirir en nuestra lengua castellana, según puede pronosticarse por los primeros ensayos que ha hecho hasta ahora y de los que nos da alguna muestra en el volumen de que trata el presente artículo. Y á fin de no cansar, termino aquí, aunque se me ocurren todavía tantas y tantas cosas, más ó menos pertinentes, que si me pusiera á escribirlas llenaría un tomo de más de 500 páginas. Esto prueba que los versos de la Marquesa de Bolaños, como todo lo primoroso y excelente, son en extremo *sugestivos*.

CARTA

Á LA

EXCMA. SRA. MARQUESA DE BOLAÑOS

CARTA

Á LA

EXCMA. SRA. MARQUESA DE BOLAÑOS

Mi gentil señora y muy admirada amiga: En extremo me han lisonjeado las expresiones de inmerecida gratitud que pone usted en su carta como precio de mi pobre artículo sobre sus versos. No he contestado hasta hoy á dicha amable carta por el mal estado de mi salud, harto más quebrantada que de ordinario en estos últimos días. Yo espero de la generosa bondad de usted que ha de perdonarme la tardanza.

Para que me perdone también los errores en que sin duda he incurrido al escribir mi artículo, ruego á usted que tenga en cuenta la pérdida de mi vista, que no ha consentido que yo lea y estudie sus versos, apreciándolos sólo después de algunas rápidas lecturas hechas por personas que entienden y leen bien la lengua italiana y que me han prestado este auxilio.

Mi examen de los versos tuvo, por consiguiente, que ser muy somero, así como la crítica que en el examen se funda.

Sobre dos puntos de lo que digo en la men-

cionada crítica quiero y debo dar á usted algunas explicaciones. En el artículo no pude darlas, ya que era menester que fuese conciso para que pudiera insertarse en un periódico *diario*.

Mi extrañeza de que imagine usted *ángelas* en el cielo, indígenas y no trasladadas allí desde la tierra, confieso que no está muy justificada. Ya el propio Dante, padre de la moderna poesía, cree ver en el cielo el *eterno femenino*, no llevado allí desde la tierra, sino importado en la tierra desde el cielo. Beatriz le parecía

Una cosa venuta
Da cielo in terra per miracol mostrare.

Y en una de sus más bellas canciones hace decir á la misma Beatriz:

Io mi son pargoletta bella e nova,
E son venuta per mostrarmi á vui
Dalle bellezze e loco dond'io fui.
Io fui del cielo, e tornerovvi ancora
Per dar della mia luce altrui diletto;
E chi mi vede, e non se n'innamora
D'amor non averá mai, intelletto.

No para hacer notar una falta de usted, sino para alabar el afecto que nuestra religión tiene á las mujeres, llenando con ellas el cielo del Antiguo Testamento, donde no las había, me atreví yo á tocar este asunto. Y más aún me atreví para censurar á los pícaros mahometanos, que llenan

su cielo de hurfes, con las que por allá se deleitan, dejando por acá abandonadas á sus legítimas mujeres.

La verdad del caso, hasta donde nos es lícito penetrar en misterios tan hondos, ha de ser, sin duda, que todos los seres celestiales por su origen y no llevados allí desde nuestro mundo, son tan alta y soberanamente metafísicos que están por cima de toda diferencia de sexos, por más que nosotros, á fin de representárnoslos gráficamente, nos los figuramos con cuerpos etéreos masculinos, ora de majestuosa ancianidad, ora de muy gallarda y juvenil lozanía, ora de niños alados y ternezuelos como los amores ó cupidos.

De lo dicho y de mil cosas más que pudiera yo añadir, infiero que no va usted descaminada en hablar de *angelitas*. Toda mujer hermosa, elegante y buena puede ser calificada de tal, ya porque Dios se la llevará al cielo en su día, ya porque también puede suponerse que ella existía, *ab æterno*, en el mundo de las ideas, como concepto puro y divino, desde donde la envió Dios al mundo para que fuese nuestra consolación, estímulo de nuestras virtudes y guía de nuestros pasos vacilantes por el áspero y tortuoso sendero de la vida.

Necesito ahora justificarme, ó al menos atenuar mi falta aparente de considerar á usted como poco movida por las cosas divinas, para buscar y hallar en ellas el limpio é inexhausto manantial de la inspiración.

Cuando se escribe de prisa y se procura ser bre-

ve, la confusión ó la obscuridad suelen perjudicar mucho lo escrito. Para aclararlo, empezaré por decir que jamás negué yo ni puse en duda que usted, fiel y excelente cristiana, amase á Dios sobre todas las cosas, y tratase de servirle en esta vida para después gozarle en la otra, según indica el catecismo. De lo que yo dudaba es de que usted como poetisa, se sintiese muy movida ó impulsada por el amor divino para cantar y ensalzar á Dios. Pero yo dije esto en son de alabanza y no de censura, ya que usted es una poetisa natural y espontánea, que se inspira inmediatamente en los objetos que canta y no por medio de los libros que lee y que le representan dichos objetos. De seguro que usted, cuando trate en sus versos de Dios, tratará de Él según le sienta y le conciba en su alma, sin imitar los salmos, ni el *Cantar de los cantares*, ni otros libros poéticos de la Biblia, ya que su poesía de usted no es ni quiere ser erudita, sino nacida de sencillez candorosa.

Muy joven aún, estimada y celebrada por su discreción y hermosura, sería ingratitud y desmedida soberbia en usted menospreciar el mundo, mostrarse desengañada y volverse á Dios, no quedando satisfecha sino con Dios y desdeñando antes todo cuanto Dios ha creado. Esto hacen los místicos y los ascetas, y esto probablemente hará usted también, dentro de veinticinco ó treinta años. Por lo pronto sería un anacronismo y una petulancia espiritual que usted lo hiciese. Hasta su modestia le prohibe á usted que lo haga. Sería como si estuviese usted dentro de un magnífico

palacio, lleno de primores y de riquezas, y usted, en vez de recrearse con ellas y de celebrar por ellas la esplendidez del soberano señor del palacio, lo tuviese todo en poco ó en nada, y no se contentase ni aquietase hasta penetrar en la cámara misma del rey y estrecharse con él en más ó menos místico abrazo.

Es innegable que el amor de Dios está y debe estar muy por cima de los demás amores. Cuando el alma está encendida en este amor, vuelve de nuevo á las cosas y personas todas del mundo que antes menospreciaba, y por amor de Dios las ama ó vuelve á amarlas. Tal es la caridad. Pero á tan mística excelencia no se llega en seguida y de un vuelo, sino por sus pasos contados y como término de una larga peregrinación, rica en tribulaciones, desengaños y penitencias.

Por eso yo, á pesar de mi profana ignorancia, hallo que la elevación del alma á Dios puede ser de dos modos: por arte mística, apartando de todo lo visible y tangible, audible, comestible y potable, nuestros sentidos y potencias, y buscando á Dios en el abismo de nuestro propio sér espiritual; ó buscándole, reconociéndole y hasta adorándole en el universo, en toda la creación obra de su Verbo, la cual, por los sentidos y potencias, vendrá á ser para nosotros como aquella famosa escala que Jacob vió en sueños y por donde subían y bajaban los ángeles. Hasta el vulgo entiende burda y chistosamente esta escalera ó escala, que viene á ser fundamento de lo que llaman teosofía: la ciencia y el arte de elevarse á Dios por la con-

templación de sus criaturas. Ahora voy siendo yo místico; pero cuando muchacho, esto es, hace más de medio siglo, era yo teósofo y hubiera sido capaz de exponer á usted toda mi teosofía en esta linda copla de fandango:

Rubita, sol de los soles,
Tu cara es una custodia,
Y tu pecho la escalera
Para subir á la gloria.

Crèo que basta lo expuesto para explicar en qué sentido sostengo yo y aplaudo que usted no esté aún muy movida por las cosas divinas. Ya lo estará usted dentro de veinte ó treinta años. Entre tanto, la mejor manera que tiene usted de alabar á Dios, es no ser quejumbrosa, mostrarse contenta, pagada y agradecida de cuanto de espléndido y ameno la rodea, y de las dotes con que adornó á usted naturaleza y de los carismas con que el cielo ha favorecido su alma.

Y no digo más para no hacer pesada ni interminable esta carta.

Créame usted siempre su devotísimo admirador q. l. b. l. p.

SOBRE LA JUVENTUD INTELECTUAL

SOBRE LA JUVENTUD INTELECTUAL

Sr. D. Cristóbal de Castro.

Muy señor mío y estimado amigo: No extrañe usted, y perdone, mi larga tardanza en contestar á su última carta. No es culpa de mi voluntad, sino de mi cansada vejez y del estado de mi salud, peor cada día. Algo de culpa tiene también la grandísima dificultad que encuentro yo para contestar á la pregunta que usted me hace, dificultad que me pone en los mayores apuros.

Entendida someramente la pregunta, nada tengo que decir sino repetir en resumen lo que ya he dicho mil veces.

Con relación á mi persona, que cuenta ya más de ochenta años de vida en este planeta, y que infestada de la grafomanía reinante se emplea en escribir desde hace más de sesenta años, la juventud intelectual, esto es, los que han empezado á escribir mucho después que yo y pudieran considerarse como espirituales hijos míos y hasta como nietos, bien puede afirmarse que empieza á florecer y á dar razón de sí desde 1868 ó 1870 en adelante. Desde entonces hasta ahora, salvo algunos cuentos y novelas, sólo he escrito yo de crítica sobre autores contemporáneos. ¿Qué podré yo decir de

nuevo, como no me retracte ó como no compendie aquí lo expuesto ya en siete ú ocho volúmenes, coleccionados por mí, en multitud de artículos que andan sueltos y perdidos en periódicos y revistas, y en no poca cantidad de prólogos presentando y ensalzando obras ajenas, todas de jóvenes intelectuales ó que yo como tales consideraba y considero?

Si no lo son hoy, en el concepto del público, no quiero defenderme ni defenderlos. Será que me he equivocado. Y si lo son, mejor para ellos y para mí.

Y si, por otra parte, aquella juventud intelectual, aunque siga siendo intelectual, no es ya juventud, sino que se ha muerto ó está vieja, ¿qué quiere usted que yo le haga? Harto me pesa, y hasta me duele.

Desisto de poner aquí, porque parecería prolijidad y jactancia, la lista de autores que por jóvenes intelectuales he encomiado yo durante los treinta últimos años del siglo XIX.

Mi opinión sobre otros, jóvenes también si se comparan conmigo, se ha manifestado, además, en mis contestaciones á sus discursos de entrada en la Real Academia Española; en mis fallos como juez de oposiciones en favor de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de D. Miguel de Unamuno, de D. Fernando Brieva y Salvatierra, de D. José Alemany y de no pocos más, que todos eran jóvenes intelectuales cuando ganaron las cátedras, y, por último, en un *Florilegio de poesías líricas castellanas* recientemente publicado, donde inserto

versos de poetas vivos y jóvenes todavía, aplaudiéndolos con entusiasmo en la introducción y en las notas. Así, por ejemplo, Vital Aza, Manuel Reina, Ricardo de la Vega, Salvador Rueda, Arturo Reyes, Miguel Costa, López Silva, Blanco Belmonte, Eduardo Marquina, Juan Luis Estelrich y Vicente Medina. Y á la objeción de que los citados sólo son jóvenes para mí, redargüiré yo que á muchos de ellos les doblo la edad, y que, por lo tanto, no puedo menos de tenerlos por jóvenes.

¿Sobre qué juventud intelectual he de dar yo opinión que ya no tenga dada? ¿Presupone la pregunta de usted la existencia de una ultra-juventud que yo no he visto porque estoy ciego, y de la que, por consiguiente, no he podido hablar ni he hablado? Dado que exista, ¿qué trae esta juventud de nuevo, de nunca visto ó de inaudito? ¿Qué nueva dirección lleva en su curso el pensamiento humano, ya en España, ya en el mundo todo?

Su pregunta de usted me excita á cavilar sobre estas cosas y sobre otras tan sutiles ó tan profundas, que me hacen temer que mi pobre y fatigado entendimiento no atine á comprenderlas.

Sobre no poco de lo que yo creía nuevo he discurrido y disertado ya extensamente. ¿Habrá algo más nuevo y más peregrino todavía; algo que haya venido á guiar y á fecundar el espíritu de esa juventud de que me habla, informando sus doctrinas y abriendo camino más llano y más breve para que desde las tinieblas y la duda surja la humanidad *in dias luminis oras?*

Atento imaginaba yo haber estado á las novedades importantes y hasta á las modas caprichosas y fugitivas; pero tal vez el amor propio me alucinaba.

La novela florece hoy en España, y yo en mis críticas he tratado de las novelas, he elogiado muchas, hasta de las más recientes, así de las escritas en Madrid, como de las escritas en Málaga, en Sevilla, en Almería y en Barcelona. Y, por último, no bastándome con esto, compuse años há un *Nuevo arte de escribir novelas*, donde discurro, mal ó bien, sobre el naturalismo y expongo cuanto creo ó entiendo.

Acerca de la poesía lírica, aún he sido más explícito y aún he penetrado más en lo moderno. Nada lo es más, nada lo caracteriza mejor ni le pone más flamante sello, que los versos de Rubén Darío, el cual ha formado escuela y tiene multitud de discípulos é imitadores entre nosotros. Pues bien: yo me jacto de haber escrito sobre Rubén Darío y de haberle elogiado como merece, mucho antes de que nadie en España le conociera ni hubiese oído su nombre. Si hay algo más modernista aún que lo que escribe en verso Rubén Darío, confieso humildemente que no lo sé; pero si lo hay, procuraré estudiarlo y lo elogiaré si gusto de ello.

Hay, por último, en nuestros días otra fuerza motriz del pensamiento español que le presta carácter, y que es, en mi sentir, lo que más contribuye á nuestro enérgico y propio desarrollo intelectual y á restaurar por el mundo el alto concepto de España como nación civilizadora, fecunda y

rica, no sólo en poetas y artistas, sino también en sabios y en filósofos. Este florecimiento castizo entiendo yo que debe considerarse como de la juventud intelectual, y sobre él he dado mil veces mi opinión y le he excitado y promovido hasta donde llegan mis débiles fuerzas y cortos alcances. Desde que D. Marcelino Menéndez y Pelayo tenía diez y siete años estoy yo elogiándole, procurando dilatar por el mundo su fama y tratando de hacer valer la importancia de sus escritos.

También D. Marcelino ha formado escuela. Ya no necesita él que yo ni nadie le celebre. El es, al contrario, quien mejor y más poderosamente realza y reanima el pensamiento español, y puede influir, ó influye, en que nuestra juventud intelectual, conservando su sér de nación y de raza, produzca libros originales y descuelle y aun se adelante á otros pueblos, en vez de remedarlos y de ir á la zaga.

Como yo no acierto, por más que en ello me empeñe, á ser todo miel, apartando del elogio la censura, declaro que esta escuela erudita peca á veces por demasiada prolijidad, y que acaso convendría que fuese más al grano y no acumulase menudencias de poca importancia. Entre biografías, pongamos por caso, tan en resumen como las de Plutarco y tan diluídas y atiborradas de menudencias como las del Obispo de Mechoacán, cuyo autor compuso un tomo en folio para cada año, habiendo vivido el Obispo ochenta y dos, me parece que hay, no uno, sino muchos más ó menos términos medios que debieran adoptarse.

A pesar de estos defectos, ó mejor diré de estas sobras, la escuela erudita á que me refiero contesta brillantemente á los que niegan que haya habido en España ciencia y filosofía; presta aliento y confianza al pensamiento español, y procura demostrar, y demuestra, que no serían novedad, ni tal vez renovación imprevista, sino consecuente y continuado producto de nuestra actividad mental, siempre viva y persistente, los descubrimientos científicos y los sistemas filosóficos que en España se inventasen y las atinadas resoluciones que aquí se diesen á los más pavorosos problemas.

Por este lado, sin meterme á decidir si todavía es juventud intelectual ó no lo es, he colmado yo de elogios á cuantos pensaron y escribieron y piensan y escriben; no sólo á mi amigo D. Marcelino, sino también á D. Gumersindo Laverde Ruiz, á cuyas obras en prosa puse prólogo; á D. Francisco de Paula Canalejas, á quien contesté en la Real Academia Española, y por sus interesantes estudios bibliográficos y biográficos á D. Felipe Picatoste, á D. José R. Carracido, á D. José R. Lomba, á Viñaza, á Rodríguez Marín, á Cotarelo y á no pocos más. Entre ellos sobresale (y no vacilo yo en creer que debe ser contado entre lo más egregio de nuestra juventud intelectual) el señor D. Adolfo Bonilla, autor del precioso libro *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento.*

Lo que yo no aprobaría, si lo hubiese y si valiese para señalar y distinguir á la juventud intelectual de las demás *juventudes*, es la admiración,

sin discernimiento, de novísimas ideas y doctrinas extranjeras, de las últimas modas de París, y la manía de remedarlas y seguirlas.

Raras veces la ciega imitación de lo extranjero ha sido más inoportuna que hoy.

Nunca he negado yo el progreso. En la marcha de la humanidad unas naciones van delante y atrasadas otras. Confesemos que España no es hoy de las más adelantadas. Pero prescindiendo del adelanto y del atraso, hay momentos en que la inteligencia colectiva reposa, duerme ó desmaya, y en uno de estos momentos, á mi ver, nos hallamos ahora. El pensamiento humano ha trabajado mucho. Sus ideas se han trocado en acción. Por la acción han venido á realizarse hasta donde era posible, ó han probado que eran falsas y vanas, ó bien que eran irrealizables, al menos por lo pronto. De aquí que cuanto en el día se inventa, se piensa ó se imagina, especulativamente, es harto inferior, es casi insignificante comparado con lo que se inventaba ó imaginaba algunos años hace. Bien podemos decir los viejos como decía D. Bártolo: *La musica del nostro tempo era altra cosa.* Y no porque Europa decaiga, sino porque intelectualmente reposa ó duerme, mientras que materialmente ha puesto ó pone en acción los pensamientos pasados.

A fin de no cansar con prolijas enumeraciones, tomaré para ejemplo á una sola nación: á la docta y admirada Alemania. Hubo allí un estol refulgente de maravillosos pensadores, de filósofos y de poetas. Sus más famosos nombres, Lessing, Her-

der, Gœthe, Schiller, Kant, Fichte, Scheling, Hegel, ambos Schlegel y ambos Humboldt. ¿Qué hay en el día que á esto se iguale? Hay ó ha habido los políticos prácticos y los guerreros que han realizado la idea, que han desbaratado la confederación germánica, que han vencido á los austriacos y á los franceses y que han fundado un poderoso y nuevo imperio alemán. Algo parecido ocurre en Italia. Libre y una es hoy; pero su fatigado pensamiento, que la predispuso y la habilitó para la libertad y la unidad, descansa y dormita un poco ahora.

Hasta las doctrinas malsanas y los propósitos inasequibles en lo social y económico que tuvieron especulativamente mucho de ingenioso, después de traídos á la práctica con abominable mal éxito, nada dan de sí en lo teórico que pueda compararse á las obras de Saint-Simon, Owen, Fourier, Cabet, Luis Blanc y Proudhon, tan admirado y remedado aquí en otros días. En la práctica, sólo en motines y en huelgas, en asesinatos y en bombas de dinamita, advierto yo los horribles vestigios de la ingeniosidad y de la pasada grandeza especulativa.

Paréceme, pues, que no hay mejor ocasión que la presente para que pensemos por nosotros y no imitemos á nadie.

Claro está que la civilización no ha acabado ni se ha esterilizado en ninguna parte; que siguen escribiéndose en prosa y en verso cosas muy lindas, poesías líricas muy atildadas y novelas y dramas que entretienen ó conmueven; pero poco hay

que pase de la medianía, aunque mucho, por el prurito y el afán de pasar, cae en la extravagancia, en afectación sentimental empalagosa, en lujuria enfermiza y extraviada ó en cinismo pesimista, todo de perverso gusto; todo envuelto con frecuencia, á fin de que aparezca más estupendo y asombroso, en tupida hojarasca *policroma* y churrigueresca.

Esto es lo que conviene que evite la juventud intelectual de España.

El asunto que usted me ha excitado á tratar se presta á mil y mil otras consideraciones. Y eso que no trato yo sino de la juventud que escribe para el público y no de la juventud que se emplea ó puede emplearse en cosas no menos útiles, mostrando también su *intelectualidad* de otras maneras: v. gr., leyéndonos, que bien lo hemos menester, porque somos muchos los que escribimos y tan abundantes nuestros escritos, como si para hacer los tinteros de que salen hubiese prestado el material la famosa cabra Amaltea.

Pero á fin de no hacer interminable esta carta, la termino reiterando á usted las expresiones de estimación y afecto con que soy su buen amigo.

DESDE EL CASTILLO DE MOS

DIVAGACIONES Á ESCAPE

SOBRE DIVERSOS PUNTOS

DIVAGACIONES Á ESCAPE

SOBRE DIVERSOS PUNTOS

I

La historia de este castillo, escrita y publicada por la joven y elegante Marquesa de Ayerbe, ha obtenido altas y merecidas alabanzas en no pocos periódicos. Los críticos, aprovechando tan buena ocasión, han derramado una lluvia de flores sobre la bella y simpática historiadora.

Días há anhelo yo que en el coro de los encomiadores mi voz también se oiga; pero mi falta de salud no lo ha consentido hasta ahora, y ahora estoy receloso de que sea ya tarde. ¿Qué podré yo añadir á tanto bueno como del mencionado libro se ha dicho?

Muy á pesar mío he pensado en callarme y desistir de la empresa. Lo que me ha hecho vacilar después y decidirme, por último, á escribir, es la idea que tengo de que el precioso libro de la Marquesa es muy *sugestivo*.

Tal vez ella, con discreción digna de aplauso, nada ha querido probar, y se ha limitado á narrar;

pero ha narrado y ha descrito con tanto amor del asunto, con tan fácil y brillante estilo y con sencillez tan candorosa, que estimula el espíritu del lector y le mueve á pensar en la transcendencia de los sucesos que refiere.

La interesante pintura, sobre todo, de las agitaciones y discordias de una región de España durante el reinado de Enrique IV de Castilla, retrae vivamente á la imaginación y á la memoria el portentoso y repentino cambio que hubo de verificarse casi desde el comienzo del reinado de Isabel la Católica, y que hizo de una nación presa de la anarquía y trabajada por incesantes guerras civiles la primera nación del mundo. Y esto no por breve tiempo, sino por más de un siglo, concediéndole el predominió ó la hegemonía sobre toda Europa y dilatando su poder por desconocidas regiones, inmenso campo abierto á la expansión de su genio avasallador y atrevido.

El desorden, los tumultos, la insubordinación social, los intereses opuestos, la divergencia de propósitos y de miras, todo puede remediarse y valer para el engrandecimiento de un pueblo si una mano hábil y firme logra apoderarse de ello, imprimiendo una sola y determinada dirección á todas aquellas violentas energías.

Fundamento sobrado tienen, en mi sentir, las *saudades*, el afecto con que la Marquesa, tal vez sin querer disimularlo, mira y relata los disturbios de aquella época, caos fecundo del que debía surgir y surgió el gran sér de un pueblo, en realidad dominador y soberano. Extremadas y maravillosas

fueron sin duda las prendas que Isabel y Fernando poseían para gobernar á los hombres; pero de nada ó de poco hubieran valido tales prendas sin los alientos, el brío y la audacia de los hombres á quienes aquellas prendas domeñaron.

La historia del Castillo, desde el día en que se edificó hasta el día presente en que ha venido á ser propiedad del Marqués de la Vega de Armijo, está sobriamente contada, sin perjuicio de la claridad. Su lectura, pues, interesa y no fatiga; pero cuando el interés es grandísimo, es cuando la Marquesa hace aparecer la enérgica figura de Pedro de Sotomayor y nos refiere los hechos de aquel personaje y de su familia, dignos, sin duda, de dar asunto, como la familia de Atreo, á no menos terribles tragedias que las tan famosas de Esquilo.

Pedro de Sotomayor, apellidado Madruga, porque hería ó mataba sin vacilación y sin miedo á quien aspiraba á matarle ó á herirle, fué notable dechado de adalides en aquel momento crítico de nuestra historia, cuando la aristocracia, turbulenta y rebelde, se sobreponía á la autoridad regia, y el Monarca, auxiliado por el movimiento ascendente del estado llano, pugnaba por vencer á la aristocracia, y al fin lo conseguía.

Fuerza es confesar que así en España como en el mundo todo, el humano linaje no sólo ha progresado en riqueza y bienestar material, sino también en dulzura de costumbres sin menoscabo del valor, y en tolerancia de opiniones sin pérdida y sin mengua de la fe antigua tan decantada. Crueldades atroces, fieros castigos y desleales engaños,

en los que nadie podría incurrir en el día de hoy sin descrédito ó deshonra, no sólo eran lícitos, sino aplaudidísimos entonces; formaban muy principal parte de la ciencia de gobierno y de razón de estado, y tal vez quien mejor los ejecutaba ó los urdía era quien gobernaba mejor. Acciones hay de Pedro Madruga, en las que en parte alguna incurriría hoy un cumplido caballero, así como también las hay que el déspota más absoluto no se atrevería á realizar en nuestros tiempos, porque se levantaría para condenarle la indignación de toda conciencia humana. Juzguemos, por consiguiente, á Pedro Madruga con el criterio, no de nuestra época, sino con el de la suya, y juzguemos de la misma suerte á los Reyes Católicos que se mostraron en Galicia tan desapiadados y duros. En comparación de César Borgia, pongamos por caso, el castellano de Sotomayor era una paloma sin hiel, así como en comparación de Luis XI de Francia ó de Juan II de Portugal, á quien calificaron de *Príncipe Perfecto*, Fernando de Aragón fué el más sincero, suave y benigno de todos los Monarcas.

Cuanto dice de él Maquiavelo expresa admiración; la manera de ver de aquel poco escrupuloso político es el más entusiasta encomio del Rey, y no contiene la censura más leve. Aplaude que se valga de la religión para lograr sus fines; celebra el despojo, la persecución y la expulsión de los judíos como determinación discretísima y hábil y como crueldad piadosa y conveniente; y pone por las nubes la astucia y la prudencia con que el Rey,

después de someter y humillar á los grandes señores, los atrajo y se valió de ellos para acometer y llevar á cabo las más altas empresas. Así Fernando de Aragón, según afirma Maquiavelo, de Rey débil que era en un principio, vino á ser el primero entre todos los Reyes cristianos.

Todavía es mil veces mayor y más limpio de manchas el encomio que de Isabel la Católica hace el Conde Baltasar Castiglione. No muestra éste ni la más ligera sospecha de que tuviese aquella gloriosa Reina algo de la hipócrita astucia que Maquiavelo supone y ensalza en su marido. Todo fué en ella sinceridad y fe pura, sin el menor fingimiento. De aquí, en mi sentir, que el establecimiento de la Inquisición y la feroz dureza de algunos castigos, no puedan deslustrar su fama. La culpa fué de la época en que ella vivió, de la intolerancia religiosa de entonces y hasta del concepto más elevado que entonces se tenía del libre albedrío del sér humano, prestando, por consiguiente, más estrecha y tremenda responsabilidad que hoy á todas sus acciones. La idea de que un poco de levadura puede corromper toda la masa con abominable fermento; de que una pequeña parte dañada puede inficionar y hasta gangrenar todo el cuerpo sano de la República, y de que una oveja enferma basta á transmitir á las otras el contagio, explica el error, tan propio en aquella edad y compatible con los sentimientos de un alma generosa, de emplear sin escrúpulos y hasta como un deber, la expulsión, la amputación y el cauterio como única eficaz medicina para la salud es-

piritual de toda la grey. Pero esa misma fe pura, crudísima para cuantos de ella reniegan, encendía en amor de Dios el corazón del creyente y le movía á considerar como hermano y amar á quien como él creía, elevándole hasta él en vez de oprimirle. De esta suerte concibo yo las aparentes contradicciones en el carácter de nuestra gran Reina, harto cruel según el modo de sentir y de pensar de ahora contra los infieles y rebeldes, y tan blanda y amorosa para los fieles y sumisos, no queriendo nunca oprimirlos ni rebajarlos, sino elevarlos hasta ella, haciéndolos participantes de toda prosperidad mundana y ultramundana.

Difícil, ya que no imposible, es hallar el verdadero por qué de los hechos históricos; apreciar con justicia su valer y su transcendencia, y castigar con censura y con vituperio ó premiar con alabanzas á los agentes de que el destino ó la Providencia se vale para realizar sus fines.

A fin de aquietar mi mente y sin atreverme á pretender que se acepte por cierta mi teoría, yo me lo explico todo á mi manera.

El linaje humano en Europa, ó sea en la más civilizada parte del mundo y durante los cuatro últimos siglos de su historia, ha levantado maravillosamente su sentido moral, no por virtud de especulaciones teológicas ó filosóficas, sino por el mayor bienestar, orden, cultura y reposo en la vida.

Los principios metafísicos en que la moral se funda, lejos de purificarse, se han maleado y pervertido. Si á fines del siglo XV, cuando á la ruda

barbarie de la Edad Media vino á sobreponerse el libertinaje gentílico del Renacimiento, se hubieran debilitado las creencias en la fraternidad de los hombres descendientes todos del mismo padre, hechos todos á imagen y semejanza de Dios y aptos para ser redimidos por la sangre de Cristos y si por entonces se hubieran inventado ó prevalecido no pocas doctrinas impías é inhumanas de nuestra edad, separando á los hombres en razas superiores é inferiores, triunfantes y abatidas, nobles y viles, degradadas y casi endiosadas, predestinadas las unas á salir vencedoras en la lucha por la vida, y las otras á servir ó á desaparecer, ó á extinguirse para no estorbar y para dejar ancho campo abierto á la expansión espléndida de los superhombres, la suerte de la mayoría de los seres humanos hubiera sido mil veces más dura de lo que fué. Y más aún si entonces se hubiese contado con los poderosos medios de dominar y de destruir con que el progreso material, el comercio, la industria y el descubrimiento y la aplicación de no pocas antes ocultas energías de naturaleza hubieran habilitado á las naciones más adelantadas y preponderantes para humillar ó exterminar á las otras.

Bien pueden las personas piadosas y creyente, dar gracias al cielo y admirar la sabiduría del plan divino que no concedió á los pueblos todo ese poder destructor hasta que vinieron á estar menos feroces, y que sólo en parte le concedió cuatro siglos há á naciones del Mediodía de Europa que llevaban muchos más siglos de civilización que

las del Norte y se hallaban más distantes de la primitiva barbarie.

Mucho disto yo de elogiar la Inquisición, aunque sólo sea para no escatimar ni rebajar el merecido panegírico de Isabel la Católica, que gustó de que se fundase, ó que por lo menos consintió en ello. Yo me limito y me he limitado siempre á disculpar á la Reina, así como también á disculpar á la mayoría del pueblo español, cuyos sentimientos tal vez fueron más favorables que adversos al Santo Oficio. La culpa fué de toda la cristiandad en aquel momento histórico, sin que nadie pueda tildar á los españoles de más crueles y desapiadados que los demás hombres. Sin necesidad de Inquisición, en Francia, en Alemania y en Inglaterra se han cometido, por fanatismo religioso, más atrocidades que en España; se han quemado más brujas, y se han perseguidó más sabios y filósofos. No fué nuestra Inquisición española quien dió muerte á Miguel Servet, á Giordano Bruno y á Tomás Moro, ni quien extremó contra nadie la crudeza del castigo, como aconteció en Francia con Vanini, á quien antes de quemarle arrancaron la lengua á tirones con unas tenazas.

Al decir todo esto no se defiende la Inquisición: se defiende á España. Se echa la culpa de todo á la mayor rudeza fanática de los hombres de hace cuatro siglos; rudeza é intolerancia que no vinieron á mitigar, sino á exacerbar, Lutero y otros heresiarcas y sectas protestantes, en cuyo concepto de Dios hubo algo de más terrible que en el de los católicos, algo de más inclinado á la justicia que

á la misericordia, algo de menos amoroso, blando y humano.

Aunque se califique de divagación, digo todo esto con ocasión del libro de la Marquesa de Ayerbe, que, si de ello no trata, me lo sugiere, porque tanto dicho libro como no pocos otros libros y discursos que ahora se escriben tiran á defendernos de infundadas é injuriosas acusaciones, y propenden á probar que no sólo los progresos materiales, sino la moralidad, la dulzura y el amor del prójimo, no han florecido ni fructificado más en suelo extraño que en nuestro suelo.

El menosprecio de uno mismo es excelente virtud evangélica, muy recomendable cuando se limita á la propia persona, comparándola con su Hacedor; pero, en mi sentir, es vicio abominable cuando se extiende á toda la colectividad de que formamos parte, poniéndonos nosotros, al condenar á los demás, como rara y noble excepción de la regla y hasta absolviéndonos de no pocos pecados, vilezas y maldades con la infección de la sociedad y de la culpada y mísera gente entre quienes vivimos.

Contra esta propensión absurda, por desgracia harto vigente en el día, han aparecido y siguen apareciendo españoles eruditos y elocuentes, que no reniegan de su casta y que saben defenderla, con razones y con documentos fehacientes, de inveteradas y harto divulgadas injurias y calumnias.

A quien, en el ardor de la pelea, va más allá de lo justo y de lo razonable, válgale para disculpa lo menos razonable y justo del ataque. Así, por

ejemplo, el Sr. D. Fernando Brieva, la lectura de cuyo discurso inaugural de los estudios universitarios de este año, discurso apasionado y elocuentísimo, me lleva á hacer esta digresión sobrado extensa acaso.

II

Con motivo de celebrarse ahora el cuarto Centenario de la gloriosa Reina Doña Isabel, las alabanzas de esta mujer extraordinaria han resonado de nuevo y por todas partes en elocuentes discursos, libros y artículos de periódicos. ¿Quién no ha de considerarlos justos? ¿Quién no ha de aplaudir que así sea?

Lo que no puede aplaudirse, aunque se disculpe como punto menos que inevitable en aquella edad, es la horrible intolerancia llevada al extremo.

El profundo sentimiento religioso precedió, sin duda, á la conquista de Granada, al descubrimiento del Nuevo Mundo, á nuestros triunfos en Italia, á nuestro influjo en Trento, á nuestras victorias en Lepanto, San Quintín y Pavía y á nuestra firmeza para atajar y hasta para hacer que retrocediera hacia el Norte el movimiento invasor del protestantismo, procurando salvar así el principio informante y unificante de la civilización de Europa. Pero aun concedido todo esto, aun reconocido como verdad indiscutible, no es lícito inferir y es absurdo sostener, como sostiene el se-

ñor Brieva, que fué requisito esencial de nuestro engrandecimiento, prólogo del portentoso drama, introducción forzosa de la epopeya en que aparece España como nuevo pueblo de Dios, los sacrificios humanos, la horrible quema de unos cuantos millares de judíos. Es cierto que el Sr. Brieva declara que el restablecimiento de la Inquisición sería imposible ahora; pero esto no basta. Es menester declarar también que sin aquellos horrores no sólo hubiera sido posible, sino más firme y duradera, nuestra grandeza; y que en la Inquisición, no más cruel que las tiranías y atrocidades ejercidas en otros países por motivos religiosos, hubo algo de humillante, de ofensivo á la dignidad humana, que vició y rebajó nuestro carácter nacional, que encadenó ó abatió el vuelo de nuestra mente y que precipitó la rápida decadencia de España. Y no se diga que con Inquisición tuvimos admirables historiadores, teólogos y jurisconsultos insignes, pintores como Velázquez y Murillo, dramaturgos como Lope, Calderón y Tirso, líricos como Garcilaso, León y Herrera y místicos incomparables como San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Contra tal argumento es obvia la contestación y acude á la mente y á los labios de quien no está obcecado. Todo ese florecimiento del alma española hubiera sido mayor y más fecundo en frutos sin el poder tiránico que le comprimía. Este poder no fué más atroz en España ejercido por la Inquisición que lo fué sin Inquisición en otras naciones; pero en España fué más sistemático y más duradero.

Desde hace algunos años hay en nuestro país una afición noble y fecunda á los trabajos eruditos, que con sana crítica, diligencia investigadora é imparcialidad en los juicios, propende á reconstruir nuestro pasado histórico, más que en la acción, en el pensamiento que la infórmaba.

Justo es colocar á D. Marcelino Menéndez y Pelayo al frente de esta falanje de investigadores. En torno de él, precediéndole ó siguiéndole, descuellan D. Gumersindo Laverde Ruiz, D. Francisco de Paula Canalejas, D. Felipe Picatoste, Don José R. Carracido, D. Francisco Rodríguez Marín, el Conde de la Viñaza, los hermanos Menéndez Pidal, D. Emilio Cotarelo y algunos otros no menos dignos de aplauso. Todos ellos procuran, á menudo con buen éxito, recobrar para nuestra nación el brillante papel que representa en la historia del desarrollo intelectual de Europa y del humano progreso; papel de que la han despojado ó que han reducido á proporciones mezquinas los escritores de otros países.

Sin embargo, y según ya queda dicho, nuestro amor de la patria ha ido á veces más allá de lo justo. A veces, por defender á la patria, hemos defendido el fanatismo, como si el fanatismo y la grandeza de la patria fueran indisolubles; como si el fanatismo no hubiera sido una dolencia mental que, lejos de elevarnos, estorbó que fuésemos mejores de lo que fuimos, acortando además la duración de nuestro imperio.

Entre los libros de erudición científica que recientemente se han escrito y publicado, hay uno

que sobresale por estar escrito con juicio recto y desapasionado y con fácil y elegante estilo. Me refiero al de D. Adolfo Bonilla, cuyo título es *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento.*

El cuadro que el autor traza del movimiento intelectual de Europa en el siglo XVI es exacto y claro. España figura en él de digna y gloriosa manera; mas no por eso disculpa, ni oculta, ni disimula el autor el fanatismo que ya prevalecía en España y que hubo de ahogar al fin gran parte de nuestras intelectuales energías. A la verdad, ninguno de nuestros más ilustres varones por el saber fué quemado vivo, ni ajusticiado siquiera por método más benigno. La muerte se aplicó á gente de menor cuantía; pero el terror y hasta los materiales tormentos se difundieron sobre todos. Pone grima la larga lista de nombres gloriosos por la virtud y por la ciencia que el Sr. Bonilla nos presenta entre las víctimas de la Inquisición española.

El Santo Oficio persiguió á Antonio de Lebrija acusándole de temerario y de sacrílego, porque osó ejercer su crítica filológica en las Sagradas Escrituras; el Santo Oficio encarceló á Juan de Vergara, á Bernardino de Tovar y al venerable Juan de Avila, *Apóstol de Andalucía;* el Santo Oficio procesó y tuvo en prisión al sabio filólogo y catedrático de la Complutense, Mateo Pascual, confiscándole todos sus bienes; obligó á Pedro de Lerma á ausentarse de su patria para morir en extranjero suelo; persiguió al cultísimo cancelario de la Universidad de Alcalá, Obispo coadjutor de

Almería, Luis de Cadena; vejó la memoria de Raimundo Lulio, de Luis Vives, del venerable Granada, de Huarte de San Juan y de Doña Oliva Sabuco de Nantes; formó causa á Fr. Juan de Villagarcía, catedrático de Oxford; á Martín Martínez de Cantalapiedra, profesor de Salamanca; al celebérrimo Arias Montano, y por dos veces á Fr. Luis de León; condenó á cárcel perpetua al famoso humanista portugués Damián de Göes; á prisión temporal al Arzobispo Carranza, y amargó la vida del insigne poeta D. Esteban Manuel de Villegas, y acibaró los últimos momentos del doctísimo Sánchez de las Brozas.

¿Cómo, después de leer esta lista, podrá defenderse tan fanático Tribunal? ¿Cómo no atribuirle, en grandísima parte, la rápida y lastimosa decadencia de España, llegada al extremo en los últimos años del siglo XVII?

Tal vez no fueron muchos de los inquisidores hipócritas y malvados. Tal vez fueron varones piadosos y de buena fe; pero poseídos por una tremenda enajenación mental que sobre gran parte del pueblo se extendía y de la que tardamos en curarnos.

Todavía, en el año de 1719, hubo en Logroño un curioso auto de fe del que publica testimonio notarial el último número del *Boletín* de la Real Academia de la Historia. Por aquella fehaciente y candorosa narración se ven á las claras la sinceridad y los afectos caritativos de los inquisidores. No es fingida la ternura, ni falso el júbilo con que solemnizaron la reconciliación y el arre-

pentimiento del condenado á muerte por judaizante. Los inquisidores le abrazaron cariñosamente cuando él abjuró sus errores, derramaron abundantes lágrimas de alegría, dieron gracias á Dios, ya que por medio de ellos se había salvado un alma de las penas eternas, y dispusieron que el verdugo apresurase la muerte del condenado, á fin de que no se arrepintiese de haberse arrepentido y se malograse aquella operación salvadora ó quirúrgica á lo divino que iba á abrir á un prójimo las puertas del cielo. Indudablemente, después de leer el testimonio del notario, se tiene el más hondo convencimiento de que los inquisidores, lejos de sentir odio hacia su víctima, creían haberle hecho el mayor bien y la más laudable obra de misericordia, salvándola del infierno.

Al leer cuanto aquí va escrito se me acusará de que divago demasiado. Desde el Castillo de Mos me he ido más lejos de lo que es lícito á cualquier escritor razonable. Si este pecado mío pudiera obtener algún perdón, sería porque al presente cuantos pensamos y escribimos estamos preocupados y como obsesos por el amargo sentimiento de la decadencia de España y por el vago anhelo y por la esperanza más vaga aún de regeneración y de nuevo encumbramiento.

A pesar de cuanto he dicho sobre las causas de nuestra caída, todavía dudo yo de que la intolerancia y el cruel fanatismo religioso fuesen las principales. Intolerancia, fanatismo, bárbaros suplicios, espantosas matanzas y guerras civiles hubo en Francia, en Alemania y en Inglaterra, y estas

naciones, lejos de decaer, medraron y se elevaron, mientras España decaía.

Ni á la compresión intelectual ejercida entre nosotros puede sólo atribuirse, si bien se mira, nuestra rápida decadencia.

En aquellos tiempos de vivísima fe, ni el inquisidor más receloso llegaba á imaginar que pudieran menguar ó debilitar la creencia en cualquiera de los dogmas revelados, ni los descubrimientos obtenidos por observación ó por experiencia de las cosas naturales, ni las más atrevidas hipótesis para explicar el sistema del mundo y el origen de todo, con tal de no negar la primera causa. En estrecha unión con la teología ortodoxa, los más altos principios metafísicos habían edificado algo á modo de alcázar inexpugnable, contra el cual ni la ciencia profana, matemática y física se atrevía á dirigir sus tiros, ni quien se jactaba de poseer dicha ciencia imaginaba que tuviese tan poderoso y sobrehumano alcance. De aquí, sin duda, la libertad completa que había en España para el estudio de cuanto en sí contiene el universo visible, sin que valiese contra la afirmación más audaz ó contra la más nueva teoría lo que dijo ó pudo decir en contra un escritor sagrado, ya para acomodarse al sentir vulgar de su época, ya porque la inspiración ó la revelación divina que le había movido á escribir no pudo extenderse nunca á hacer de él un buen matemático ó un naturalista hábil. Yo tengo por cierto que un erudito, diligente y docto podría componer muy curioso tratado exponiendo la multitud de opiniones y de

doctrinas defendidas por escritores españoles de los siglos XVI y XVII, sin que nadie entonces las tildase de impías ó de heréticas, aunque en el día de hoy se condenen como abiertamenre contrarias á la religión.

Lo dicho me mueve á creer que no fué la intolerancia religiosa, ni la compresión intelectual que de ella nacía, lo que arredró á la inteligencia española en el estudio de la naturaleza y la incapacitó para sacar de él todo el bienestar material y toda la riqueza y poderío á que se elevaron otras naciones.

Infiero yo de aquí que nuestra postración y nuestro atraso, más bien que de fanatismo, provinieron de engreimiento.

Provinieron, además, de otra causa, y voy á atreverme á presentar aquí como ensayo ó como sospecha, cuya verdad no me atrevo á dar por segura, una explicación de nuestra decadencia, que tal vez se quiebra de puro sutil, pero que se funda en hechos muy ciertos y en muy honrosos rasgos del carácter español y de la moral generosa y sublime que informaba nuestra alma nacional colectiva.

No pretendo hacer aquí la apología de mis compatriotas de antaño, individualmente considerados. Los que fueron al Nuevo Mundo para descubrirle y conquistarle; los que dilataron nuestro imperio por el Extremo Oriente y las islas del Mar del Sur, y los que guerrearon y triunfaron en Italia, en Flandes y en otras regiones de Europa, quiero conceder que distaban mucho de ser pia-

dosos y dulces; que, desalmados y codiciosos, incurrieron en graves delitos y cometieron no pocas crueldades para saciar su sed de riqueza. Quiero conceder que la inteligencia, la astucia, el valor y el arrojo en los combates y el sufrimiento en las más duras fatigas, fueron las únicas virtudes de aquellos aventureros sin piedad casi siempre. Pero no era entonces mejor, sino tal vez peor, el resto del linaje humano. La filantropía de ahora se tenía muy poco en cuenta, y ni franceses, ni alemanes, ni ingleses eran entonces más morigerados, más desprendidos ni más misericordiosos.

La generosidad y la misericordia animaban, no obstante, el noble espíritu de nuestra nación. Los grandes móviles de nuestra política avasalladora eran la firme creencia en la fraternidad humana; la caridad más viva, ó sea el puro amor del prójimo derivado del amor de Dios, fuente inexhausta y limpia de todos los otros amores, y el decidido empeño, no de humillar, sino de elevar á nuestro nivel á los demás hombres, llevando hasta ellos nuestra religión, nuestra cultura y todos los elementos civilizadores que entonces poseíamos. España no se enriqueció, sino se empobreció con sus conquistas. Dió cuanto tenía á los conquistados para que fuesen sus iguales, y lo reconocieran glorificándola; pero poco ó nada recibió de ellos en pago: ni esa misma glorificación, que con ingratitud y despego le fué casi siempre negada. Con horror se recuerdan la tiranía, la crueldad y la codicia de nuestros conquistadores. Quintana

llega á decir que por nuestra barbarie destructora fué la inocente América un desierto. Y casi se olvidan la abnegación, el sacrificio y la piedad evangélica de nuestros misioneros y de nuestros apóstoles: de un San Francisco Solano, de un San Luis Beltrán, de un Motolinia, de un Bartolomé de las Casas, protector de los indios; de un Alonso de Sandoval y un Pedro Claver, esclavos de los esclavos negros que venían de Africa, á quienes cuidaban, evangelizaban y amaban como á hermanos y á quienes amparaban y defendían como á los hijos de sus misericordiosas entrañas. Se olvidan también los milagros que hizo nuestra fe religiosa, unida en estrecha alianza con la civilización espiritual y hasta con el saber práctico en que estriba el bienestar material y la riqueza de los pueblos. El *ite et docete omnes gentes* fué precepto cumplido con abnegación y entusiasmo por los españoles. Ignacio de Loyola y José de Calasanz y sus innumerables discípulos merecen por ello las mayores alabanzas hasta de las almas más anticatólicas cuando el odio ó la pasión de secta no las alucina. Por donde quiera, España, lejos de destruir, fundaba. Con muchísimos menos recursos de los que hay en el día, edificaba hermosas ciudades, templos, palacios y escuelas. Y esto, no sólo entre hombres tan atrasados que ni tenían animales domésticos ni sabían encender una lámpara para alumbrarse durante la noche, sino también en tierras y naciones de antiquísima y refinada cultura, hábiles en las artes, ricas y prósperas por su industria y comercio, y á las que dieron mil ve-

ces más que lo que de ellas tomaron. Nápoles y Sicilia, por ejemplo, ostentan aún monumentos espléndidos erigidos bajo el dominio de España. Todo cuanto valíamos lo llevamos y lo prodigamos fuera. Sólo quisimos guardar para nosotros la gloria, y no guardamos más que la miseria. A la muerte de Carlos II, último Rey austriaco, el sol no se ponía aún en nuestros dominios. Por donde quiera que el mar revolvía sus olas, sus olas rompían en nuestras costas. Y si España no era un desierto, como supone Quintana que fué América por nuestra culpa, España estaba pobre, extenuada y en postración tan honda, que no ha logrado recobrarse de ella á pesar de los esfuerzos que para lograrlo ha hecho en balde después durante dos siglos.

Hay una frase vulgar con la cual se significa el afán prudente con que mira cada cual á su provecho. La frase es *barrer para dentro*, y España, durante los siglos XVI y XVII, barrió siempre para fuera. Dominadora de un Imperio, el más extenso tal vez que por la historia se conoce, en vez de hallarse floreciente y rica, se hallaba pobre, despoblada y exhausta. El industrialismo había acrecentado el poder de otras naciones, mientras que nuestra benévola heroicidad nos hundía. Si bien se considera, no es paradoja ridícula, sino verdad patente, lo que asegura con suma candidez el célebre Padre Peñalosa en su *Libro de las cinco excelencias del español que despueblan á España*. Según este Padre, nos arruinó y nos hundió el ser tan católicos, tan generosos y tan caritativos.

Al vernos tan arruinados, nos menospreciaron las otras naciones, y á fuerza de mostrarnos su menosprecio acabaron por comunicárnosle. Nosotros mismos nos menospreciamos. Llegamos á creer en nuestra ineptitud para el manejo de la Hacienda, para la producción de la riqueza, para las artes de la paz, para el logro de los bienes y deleites que endulzan y hacen grata la vida.

Perdidos ya, en los últimos años del siglo XIX, los restos que conservábamos de nuestro grande Imperio, España ha perdido en consideración, pero en riqueza, nada ha perdido. Se puede demostrar que ningún provecho sacaba de esos restos, sino que gastaba mucho para conservarlos. Si no fueran calumniosas habladurías, sino verdad demostrada, lo que se dice de lo que muchos compatriotas nuestros garbearon en los últimos años de nuestro dominio en las Colonias y desde allí trajeron á la Península, bien podría asegurarse que no fué allí donde se produjo lo que trajeron, sino que España, á fin de sostenerse allí, lo había llevado antes, á fuerza de desprendimiento y sacrificios. De aquí que, dada tan atrevida suposición, moral y políticamente los tales *garbeadores* merecerían cadena perpetua, mientras que económicamente merecerían que se les erigiesen estatuas por reintegrar ó repatriar en su nación la mitad ó por lo menos la tercera parte de una riqueza, de la que si ellos no tienen la habilidad previsora de apoderarse, hubiéramos también irremisiblemente perdido.

Como quiera que ello sea, España, al perder á

Cuba, Puerto Rico y Filipinas, no se ha de negar que hizo triste y doloroso papel. Fué como persona á quien duelen varias muelas dañadas, y se entrega resignadamente á un dentista desapiadado y diestro que se las saca á gatillo. Mucho sufrió España con esta operación; pero una vez la operación realizada, España queda más sana y pronto, y casi de seguro, si tiene juicio, llegará á ser más próspera y más rica. Conviene para lograrlo que se dirija por nuevo camino, apartándose del antiguo; que guarde para sí toda su fuerza productora y civilizadora, sin prodigarla y derramarla por el mundo, y que la paz y las artes y la industria y el ingenio que con la paz florecen le hagan recobrar el vigor perdido y malgastado en sus gloriosas conquistas, y renueven con el vigor la confianza en su propio valer, harto menoscabado ahora.

III

Voy á poner término á mis incoherentes divagaciones. Me vuelvo al Castillo de Mos, de donde salí para hacerlas. Hablemos de nuevo de su linda y discreta historiadora.

Feliz indicio de regeneración es para todos, y más aún para mí que soy optimista, que no pocas de nuestras más elegantes damas dejen de menospreciar nuestra patria, desechen en parte la ciega admiración por lo extranjero y traten de restablecer nuestro castizo pasado acomodándolo al gusto

del día y transformándolo y refundiéndolo, á la manera que algunos autores refunden, para que agraden y merezcan aplauso, las antiguas comedias de capa y espada.

El propio menosprecio nos había hecho caer en el más desesperado ascetismo, y era menester desecharle. Quien gustaba del lujo, de las refinadas elegancias, del regalo, de las comodidades y lícitos deleites que endulzan la vida, tenía que ir á buscarlos fuera de España, pagándolo con nuestra mermada riqueza, empobreciéndonos cada vez más y persistiendo en la inveterada costumbre de barrer hacia fuera.

Ricos tejidos, trajes y sombreretes, delicados manjares, vinos aromáticos y bonitos coches, casi todo venía de Francia ó era menester ir á Francia para hallarlo y gozarlo.

La literatura, el fruto de nuestra actividad intelectual, hubo de perder también no poco de su crédito en el concepto de las clases elevadas. Se presumía que los que tejían, confeccionaban, fabricaban y guisaban mal, habían de escribir mucho peor. Los libros españoles fueron mirados con desdén. Apenas se leían y menos se compraban; el desdén de lo moderno pasando, por último, á lo antiguo, la gente que de más culta se jactaba se dió á sospechar que España era y había sido siempre una Beocia sin Píndaro. En lo que llaman ahora *high-life*, ó no se leía nada ó sólo se leían novelas francesas é inglesas.

La dichosa reacción de algunas ilustres damas contra tan mala disposición de los ánimos, es de

muy buen agüero y merece los mayores aplausos.

Las mujeres que recientemente se han distinguido más en esto, impulsadas por el patriotismo, por amor de su casa y familia y por muy justo y razonable orgullo nobiliario, han sido la última Duquesa de Alba, hija de los Duques de Fernán-Núñez, y la generosa, discreta y gentil Duquesa de Villahermosa.

La Marquesa de Ayerbe ha seguido tan buen ejemplo con no escasa y bien merecida fortuna, y nos ha dado esperanzas, al escribir y publicar su libro sobre el Castillo de Mos, de más importantes y sazonados frutos para lo venidero.

Y no es su libro sólo lo que debe aplaudirse, sino también el hecho principal que refiere su libro y que le motiva: la restauración del Castillo de Mos, que debe y puede servir de ejemplo y de estímulo á los gobiernos y á los particulares.

Conviene restaurar y no dejar que se hundan nuestros antiguos monumentos; que en vez de gastar el dinero en edificar *villas* en Francia, se gaste en restaurar casas solariegas, quintas, castillos y palacios, abandonados y tal vez arruinados, á pesar de las gloriosas memorias que en ellos hay y que se ponen en olvido.

Así como al decoro, á la riqueza y al valer de nuestra nación importa que los gobiernos cuiden mejor de los alcázares de Segovia y de Toledo, á fin de que no vuelvan á incendiarse, y de la Alhambra, para que no se deshaga, y de no pocos templos, para que no se arruínen y desaparezcan, así importa que conserven los particulares y hasta

que restauren, hermoseen y mejoren los edificios monumentales y de valer histórico ó de belleza artística que heredaron de sus mayores. Esto ha hecho el actual Marqués de la Vega de Armijo con el Castillo de Mos, y por esto es altamente digno de las alabanzas que le da su sobrina.

El Castillo de Mos fué restaurado por el Marqués sin escatimar gasto alguno. No detuvo al Marqués, en su ya cumplido propósito, «la necesidad de hacer caminos, lo gigantesco de la obra emprendida, la creación de los jardines que han sustituído á los campos de maíz, la construcción de cañerías, etc., etc.» En corto tiempo el Castillo estuvo restaurado. El ruinoso edificio, cuyos más antiguos muros se construyeron en el siglo XI, y que estaba tan descuidado y menospreciado que servía de vivienda á un pobre maestro de escuela que pagaba por alquiler veinticinco duros al año, se convirtió muy pronto en magnífica vivienda señorial, con todas las comodidades de nuestros días, «sin que interviniera en la obra ningún arquitecto, que, al querer perfeccionar la restauración, pudiera, con inhábiles reformas, destruir el sello de antigüedad y de grandeza, anejo á la tosquedad de algunas construcciones.»

La Marquesa de Ayerbe, con el amor que se siente por los lugares donde se ha vivido mucho tiempo y pasado los mejores días de la niñez y de la primera juventud, muestra sin afectación su hábil talento descriptivo trazando á grandes rasgos toda la hermosura del Castillo, de los frondosos bosques y jardines que le circundan, y de la

espléndida vista que desde sus altos miradores, torres y atalayas se otea y se goza.

La significación del Castillo y su destino en la edad moderna, tan diverso del que tuvo en las antiguas edades, están sentidos y expresados por la Marquesa con toda la efusión de ideas y de afectos que pueden y deben inspirar á un alma española en el siglo presente; con el amor de la patria chica, que, en vez de debilitar, corrobora el amor de la patria grande, y con el deseo de que ésta prospere y se magnifique, no ya por las artes de la guerra, sino por las artes de la paz; no desplegando y ejercitando la actividad en violentas discordias civiles, ni consumiéndola luego con la de toda la nación en conquistas y en lejanas empresas semejantes á aquéllas que antes la empobrecieron y la extenuaron.

Los hermosos párrafos con que el libro termina justifican y completan las alabanzas que doy á la Marquesa de Ayerbe, porque contienen una candorosa profesión de fe, donde á par que se celebra con entusiasmo toda la poesía de la Edad Media, se reprueba su anacronismo y su carencia de finalidad, prefiriendo el orden, la cultura y la actividad del trabajo, fuente de todo bienestar y de todo progreso.

Al leer dichos hermosos párrafos, me complazco en recordar la visita que hice al Castillo de Mos, hace ya cerca de veinte años, cuando estaba yo representando al Gobierno de España en la Corte de Lisboa. Visité el Castillo, donde fuí acogido y obsequiado espléndidamente, en la solemne y li-

sonjera ocasión para su ilustre restaurador y dueño en que éste recibió por primera vez en aquella fortaleza, desde donde Pedro Madruga, Conde de Camiña, se había rebelado contra los Reyes Católicos, á su simpático y claro descendiente Don Alfonso XII.

CARTA Á "LA NACIÓN„

DE BUENOS AIRES

CARTA Á «LA NACIÓN» DE BUENOS AIRES

Cuando á mediados del año de 1901 coleccioné y publiqué, con el título de *Ecos Argentinos*, varias cartas dirigidas á *La Nación* de Buenos Aires, dejé de incluir la última, inserta en el número del mencionado periódico del día 2 de Diciembre de 1900, ó sea al terminar el siglo XIX.

La carta inserta en el periódico de Buenos Aires no llegó á mi poder sino mucho más tarde, por lo cual no forma parte, como yo deseaba, de la ya mencionada colección. Me decido, pues, á recogerla aquí, así como padre cariñoso que no quiere que ningún hijo suyo, por feo y desmedrado que sea, ande vagando fuera de casa, como también para que sea documento justificativo, anejo á mi carta á D. Cristóbal de Castro, de que siempre he tratado de nuestra juventud intelectual, elogiándola cuanto merece.

Sr. Director de LA NACIÓN.

Hace ya algunos años que en la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, donde en animadísimas reuniones suele ejercitarse la juventud en la oratoria, se puso para tema de discusión y se

discutió acaloradamente si la forma poética, ó dígase el verso, está ó no llamado á desaparecer. Hasta la duda parece irracional sobre este punto cuando se considera que el siglo XIX es el más fecundo en poetas que tal vez ha habido nunca; que la poesía lírica y narrativa ha florecido en dicho siglo con extraordinaria brillantez y riqueza, en Alemania, desde Schiller y Gœthe hasta Heine, Grün y Platen; en Italia, con Parini, Monti, Manzoni, Fóscolo, Leopardi y Carducci; en Inglaterra, con Byron, Moore, Scott, Shelley, los *lakistas*, Tennyson y otra multitud de ellos; en Francia, partiendo de Andrés Chenier, con Hugo, Lamartine, Musset, Barbier y la numerosa hueste de los más modernos; en los Estados Unidos, con Longfelow, Greenleaf Whitier, Emerson, Poe, Russell Lowell, Stori y cien más; y en España con el gran Quintana, Gallego, Espronceda, Zorrilla, Bequer y no pocos otros, entre los que viven y descuellan aún Campoamor y Núñez de Arce.

Inoportuno parece anunciar la desaparición de los versos, cuando por todas partes se han escrito recientemente tantos y tan buenos. Lejos de romperse ó de arrumbarse las liras, se han pulsado con mayor habilidad y entusiasmo, y se diría que se les han añadido nuevas cuerdas de superior y más clara resonancia: el progreso, la libertad, el amor de la patria y el vago é indefinido desenvolvimiento, en el porvenir del humano linaje, han sido fuentes, en cierto modo nuevas, de inspiración y de entusiasmo. Y con todo eso, no sólo en España y entre la gente joven del Ateneo, sino

entre sujetos más granados y famosos, como, v. gr., Pablo Luis Courier y Próspero Merimée, ha prevalecido la idea de que el verso es propio del comienzo de las civilizaciones y de que en nuestro siglo, cuya civilización es tan complicada y refinada, lo que conviene y lo que se ajusta á cuanto hay que decir es sólo la prosa.

Yo persisto, no obstante, en mi opinión de que en verso se seguirá escribiendo siempre y de que siempre se seguirá leyendo con gusto lo que en verso se escriba, aunque sea por poetas medianos. Acaso la única sentencia de Horacio, con la que no estoy de acuerdo, es la que afirma que á los poetas medianos no los pueden sufrir ni los postes. Lo que es yo, no sólo sufro un sinnúmero de ellos, sino que me deleito leyendo á no pocos.

Terrible cosa sería que sólo pudiésemos sufrir la lectura de los grandes poetas.

Nada de lo dicho se opone á que yo crea que en todas partes, y muy especialmente en España y en las repúblicas hispano-americanas, se abuse en el día de los versos, menospreciándolos el público, á veces con injusticia, por la abundantísima cosecha que de ellos hay cada año. Recomendemos, pues, en primer lugar á los poetas y aspirantes á poetas que se moderen, refrenen y escriban poquito; y recomendemos además á los críticos, incluyéndonos en la lista, que procuren distinguir lo bueno de lo mediano y de lo malo, á fin de que no paguen justos por pecadores, y se lea y se estime lo que no sea pésimo ó insulso.

Cuanto queda expuesto viene traído aquí por

mi propósito de decir algo de algunos de los libros en verso que he recibido últimamente; libros, los más de ellos muy apreciables, escritos, al parecer, por gente joven, y que merecen, no ya censura, sino indulgencia y tal vez elogio.

Para empezar elogiando, trataré primero del poeta argentino D. Francisco Soto y Calvo, de quien tengo presentes dos pequeños volúmenes, impresos en Chartres, y recomendados y defendidos ambos por personas de mi mayor estimación y respeto. El uno, titulado *El genio de la raza*, está dedicado á D. Miguel de Unamuno, catedrático en la Universidad de Salamanca, originalísimo escritor, filósofo y docto humanista. El otro, que es una narración y se titula *Nastasio*, lleva una carta-prólogo del eminente filólogo D. Rufino J. Cuervo, en la cual carta verdaderamente me sorprende ver apuntada una idea para mí poco consoladora y harto contraria en mi sentir á la condición, vida y carácter de quien la emite. Imposible parece que desconfíe tanto del porvenir en América del idioma castellano quien ha consagrado toda la vida á su estudio y está erigiéndole el maravilloso monumento de su *Diccionario de construcción y régimen*. Quizás exprese Cuervo, no ya una convicción, sino el temor, propio de quien mucho ama, de que aquello que ama desaparezca ó muera.

De todos modos, más bien que por refutar al señor Cuervo, por desechar el temor de que me ha contagiado, en otra parte y muy por extenso he tratado yo de demostrar la vitalidad y duración

del idioma castellano. A fin de no repetirme, no pongo aquí las razones de que allí me valgo. Sólo reproduciré una: si en América ha de corromperse y perderse el idioma que hablamos hoy, porque la vida intelectual de los hispano-americanos no tiene sus fuentes en España, sino en otros países, y porque ahí apenas se leen cuatro ó cinco de nuestros autores, el mismo fundamento hay para afirmar que en España también nos quedaremos mudos, ya que nada de gusto ni de provecho tenemos que decir. Absurdo es imaginar y esperar que, no bien desechemos el castellano, se renueve el milagro de la Torre de Babel, y salgamos hablando por aquí y por todo ese continente diez y siete ó diez y ocho lenguas distintas, se nos van á abrir las entendederas y va á brotar de lo profundo de nuestro sér el ingenio que tanta falta nos hace. En suma: yo creo que el Sr. Cuervo tal vez hizo en un momento de mal humor y sin pensar mucho en su transcendencia los pronósticos á que me refiero. Y á la verdad dichos pronósticos tan poco lisonjeros no se avienen bien con el poema *Nastasio,* al que sirven de prólogo, poema que el Sr. Cuervo elogia como merece. Es una narración escrita en verso castellano donde se describen escenas de la Pampa, la vida rústica y los lances de amor y fortuna de un gaucho payador á quien un terrible huracán quema la vivienda y mata á la mujer y á los hijos. Aunque en otras lenguas y literaturas haya poemas por el estilo, que ofrezcan cuadros de la clase media ó ínfima del día, como el *Hermán y Dorotea* de Gœthe, y

la *Evangélica* de Lonfelow, no por eso se notan en el *Nastasio* vestigios de imitación extraña, sino que todo es inspiración propia y castiza. Todo procede de la observación del autor y de las impresiones que de su tierra y de la gente que la habita conserva en la memoria. La resignactón cristiana del payador y su tranquila muerte están honda y poéticamente sentidas. Las décimas, que por el payador se suponen compuestas, celebrando primero su ventura, y más tarde lamentando su infortunio, tienen cierta sencilla y espontánea naturalidad que puede y debe hacerlas populares.

El otro poemita, cuyo título, según hemos dicho, es *El genio de la raza*, no puede ser más argentino y, por consiguiente, más español por su esencia y por su origen.

Aunque parezca censura pueril y nimia, confieso que me apesadumbra que el Sr. Soto y Calvo llame *bardos* á los poetas argentinos. Alguna razón le da para ello nuestro Diccionario de la Academia; pero yo, á pesar de nuestro Diccionario, encuentro que llamar *bardo* á un poeta argentino ó español de nuestro siglo, viene á ser lo mismo que llamar *druidas* á nuestros obispos, canónigos y clérigos. Por lo demás, es, á mi ver, muy justo y entusiasta el elogio que el Sr. Soto y Calvo hace de los mal llamados *bardos* de su tierra: de Mármol, de Echevarría, de Andrade, de Obligado y de otros, todos los cuales prueban que persiste y vive en nosotros el genio de la casta ó de la raza, sin que para ser algo tengamos que ser

arrendajos ó remedos de lo que se piensa y siente en Francia, en Inglaterra ó en Alèmania.

Otro librito de *Poesías*, impreso en Santiago de Chile en el presente año, es también digno de alabanza y contribuye á demostrar que la inspiración propia no nos ha abandonado todavía. El autor de este librito, D. Samuel A. Lillo, tiene un profundo sentimiento de la magnificencia y hermosura de las cosas naturales, le expresa con facilidad dichosa y con noble y conciso estilo, y sabe valerse de las pinturas é imágenes que toma inmediatamente de los campos, de las montañas, del mar y del cielo para hacernos comprender las pasiones, las tristezas y las esperanzas que hay en el fondo del espíritu humano.

Otro tomo de *Poesías*, publicado en Mérida de Yucatán en este mismo año, con un prólogo del ilustre poeta mejicano D. José Peón y Contreras, es digno también de recomendación y aplauso. Su autora es la señora Doña Julia D. Febles y Cantón, cuya ingenuidad sencilla y cuyas dulces y melancólicas quejas no pueden menos de sernos simpáticas. Así como la célebre Victoria Colonna compuso tan lindos versos lamentando la muerte de su gallardo y valiente marido el Marqués de Pescara, la dama yucateca lamenta la temprana muerte de un hijo suyo y busca consuelo para sus penas en religiosas esperanzas.

Del poeta montevideano D. José G. del Busto he recibido también un lindo y sencillo poemita titulado *La chacra*, donde con verdadera efusión de entusiasta afectó se pintan y ensalzan las be-

llezas del campo cultivado y la paz y la actividad salubre de la vida de que en el campo se goza. No hay en este poemita ni el atildamiento refinado de la célebre composición de D. Andrés Bello, ni la exuberante pompa y la riqueza descriptiva que despliega, por ejemplo, Araujo Portoalegre en la *Destrucción de las florestas* y en no pocos trozos de su poema *Colón;* pero, sin duda, hay en la obra del Sr. Busto más naturalidad y candor y mil veces más verdad de sentimiento que en las precitadas poesías del venezolano y del brasileño. No por eso, á pesar de su extremada sencillez y de la facilidad y libertad de la silva, *La chacra* del señor Busto toca en el prosaísmo de *El observatorio rústico* de nuestro bondadoso y dulce poeta D. Francisco Gregorio de Salas, tan merecedor, por otra parte, de estimación y cariño y tan sentida y elegantemente alabado por D. Leandro Fernández de Moratín en inmortal y primoroso epitafio.

Tampoco en España han permanecido ociosas las musas en el presente año con que el siglo termina. Jóvenes poetas, poco conocidos aún, se puede decir que se han lanzado á la palestra con la esperanza y el propósito de alcanzar la palma de la victoria. Lástima es (en mi opinión al menos) que estén inficionados de *modernismo*, *esteticismo*, *simbolismo* y otros *ismos* que en Francia están hoy de moda, según parece. Yo lo confieso: con mi ceguera, mi vejez y mis achaques, ando atrasado de noticias y no conozco los más recientes frutos y flores del Parnaso francés contemporá-

neo; pero noto en algunos de estos poetas noveles españoles algo de tan peregrino, que deja ver á las claras que no ha nacido, sino que ha sido trasplantado de tierra extraña, ó es como mugrón que brota en nuestro suelo, aunque tiene en otro la raíz, y de allí, más ó menos subterráneamente, trae la savia. Al leer ciertas poesías, digo (y pido perdón por lo casero, humilde y familiar de la frase): *este garbancico no ha salido de este pucherico.* Y no es esto negar el talento de algunos de los aludidos jóvenes poetas. Al contrario, le tienen muy grande. Y de él necesitan y de él dan muestras al apoderarse de la semilla, en extraño suelo nacida, y cocerla, y guisarla aquí con cierto condimento sabroso. Yo preferiría, no obstante, que estos jóvenes poetas, sin aislarse, sin ponerse cera en los oídos para no oir el canto de las sirenas, sino oyéndolo todo, y no dejando ellos de ser quienes son, no siguiesen moda alguna y expresasen libremente, sin sugestiones, lo que piensan y sienten en lo más hondo del alma. Así escribirían mejor y serían en realidad más *modernistas.*

Entre los poetas á que aludo en los últimos renglones, cuento y citaré á D. Ramón A. Urbano, de Málaga; á D. Eduardo Marquina, el más extraviado de todos, pero quizás también, aunque las comparaciones sean odiosas, el de mayores bríos y más alto vuelo, como lo demuestran sus *Odas;* y por último, el joven D. Gregorio Martínez Sierra, menos extravagante que Marquina, tal vez con no inferior aptitud poética, pero más

Tu inmenso corazón es como el viento
que lleva á todas partes la semilla,
y la salud de tu bondad sencilla
fuente abierta á los labios del sediento.

En la altura del arte floreciente,
elevas por encima de tu frente
tu noble pluma en que la luz chispea,
como sirviendo de dorado guía,
sobre la griega Acrópolis erguía
su lanza de oro, Palas Atenea.

De oídos y retinas está llena
para auscultar y ver la vida humana,
y con luz de su frente soberana
del mundo alumbra la infinita escena.

Para ordenarlo, todo lo encadena;
para sentirlo, todo lo desgrana;
y á cuanto impulso del vivir emana
como la estatua del Mennon resuena.

Con los pies apoyados en el suelo
y las alas tendidas hacia el cielo,
fustiga, ensalza, alégrase ó suspira,
lleva en su corazón sones diversos;
su sangre dicta el ritmo de sus versos,
sus nervios son las cuerdas de la lira.

A pesar de que no es infecundo el cultivo de la poesía, y á pesar de que las musas no son, como

se ve, desdeñosas ni muy ingratas, menester es confesar que los versos serios y por todo lo alto logran hoy poquísimo favor con nuestro público. Casi no agradan ya los versos sino en parodias y sobre asuntos ligeros de risa y de broma. Igualmente se emplean con éxito en charadas y logogrifos de que gustan mucho las señoritas del día, calentándose la cabeza en descifrarlos.

Por si en esa tierra hay algo de la misma manía, pondré aquí dos de estos acertijos que recientemente me han puesto, para ver si alguien los descifra ahí. Los acertijos dicen:

Ciento cincuenta
y una vocal,
cinco y artículo
una flor dan.

Tus ojos son uno;
Tus ojos son todo;
Tus ojos son dos:
¿Qué serán tus ojos?

Los eruditos y bibliófilos persisten en tener y satisfacer la buena afición de imprimir ó reimprimir y de vulgarizar libros antiguos. En Zaragoza se está publicando una serie de volúmenes titulada *Colección de estudios árabes*. Hasta ahora cinco solamente van publicados. Todos ellos son importantes ó curiosos. El tomo V es acaso el más digno de llamar la atención. Contiene una novela de grandísima novedad á fuerza de ser an-

tigua. Hará ya cerca de ochocientos años que se compuso. Fué su autor el famoso Abubequer Aben Tofail, natural de Guadix, como mi antiguo y excelente amigo D. Pedro Antonio de Alarcón, á quien debemos *El sombrero de tres picos*, *La pródiga* y *El Niño de la Bola*.

La novela del autor arábigo fué traducida en lengua hebrea por Moisés de Narbona, y mucho más tarde en lengua latina por Eduardo Pococke, quien la publicó en Oxford en 1671. La novela, sin duda, agradó mucho en la Gran Bretaña, ya que por entonces se hicieron de ella en inglés nada menos que tres traducciones. Como por entonces vivía y florecía Daniel de Foe, es evidente que leyó la obra de Tofail, gustó de ella y quiso imitarla. La historia de Robinsón Crusoe, que tanto nos ha deleitado cuando niños, podrá tener y tiene otros antecedentes; pero lo cierto es que su asunto coincide en todo con el de la historia del escritor mahometano. Hay Benyoedán, lo mismo que Robinsón, se halla en una isla desierta; y como es hombre ingenioso, robusto y discreto, va inventando y creando cuantos medios y recursos son convenientes para hacer menos ingrata y desapacible la vida. La diferencia entre la novela de Foe y la de Tofail, está en que la primera es más verosímil, y mucho más filosófica y fantástica la segunda.

Robinsón procede de un país civilizado, donde ha visto y aprendido mil cosas, de suerte que no las inventa, sino las recuerda y reproduce, mientras que Hay Benyoedán, nacido en la isla desier-

ta y criado por una gacela, todo lo va inventando y formando con talento y arte maravillosos.

Vivió Tofail en el siglo XII de nuestra Era, y gozó de alta posición y de gran valimiento en la corte del segundo Rey de la dinastía de los Almohades. No era sólo médico, astrónomo, poeta y egregio filósofo, sino también generoso protector de otros sabios y literatos, contemporáneos suyos, valiéndose del favor que alcanzaba para atraerlos y presentarlos en la brillante corte de su Príncipe, dándoles buenos empleos y colmándolos de honores y mercedes. Así protegió y colocó al ilustre Averroes, tan influyente en la filosofía escolástica de la Edad Media y en la del Renacimiento, y sobre cuya vida y doctrina ha escrito en nuestros días Ernesto Renán un libro tan erudito como interesante.

De la novela de Tofail no teníamos traducción castellana. La elegantísima y fiel, recientemente publicada, se debe al docto arabista D. Francisco Pons, cuya temprana muerte lamentamos.

A la novela de Tofail, desde que en latín se tradujo, se le dió un título que el Sr. Pons conserva y que manifiesta bien lo elevado y transcendente de su objeto. El título es *El filósofo autodidacto*.

En efecto, Hay Benyoedán no se limita á inventar armas primitivas, vestiduras de pieles, choza ó vivienda rústica en qué refugiarse, fuego para asar las viandas, etc., etc., sino que meditando ó reflexionando, sobre todo por la contemplación del universo visible, se eleva hasta la causa primera, que no está en él, aunque le llena, le com-

penetra y le anima. Estudia también el cuerpo de los seres vivos, buscando en ellos la causa de la muerte y el origen de la vida y, como si dijéramos, el primer motor del organismo. Y no hallándole en ningún órgano ni aparato, ni en el corazón, ni en el hígado, ni en los pulmones, ni en los nervios, deduce que es un principio de muy distinta naturaleza y semejante en pequeño al más alto principio de la vida y del movimiento de todo. De la contemplación de las cosas externas Hay Benyoedán pasa luego á la intro-inspección. Se hunde en el abismo de su propio sér, le estudia y le escudriña, y llega también á Dios por este camino. La teosofía y el misticismo de Tofail son sutilísimos y profundos. No es posible dar exacta idea de ellos en pocas palabras. Sólo diré que, en mi sentir, Tofail puede y debe ser absuelto de la nota de panteísta. No lo es más que muchos de nuestros místicos ortodoxos y cristianos. Cuando llega hasta Dios, no es para confundirse y perderse en su esencia, sino para venir de nuevo á la realidad material del mundo y ver en todo él el resplandor admirable y eterno de la luz divina.

El mayor atrevimiento de la novela, contrario á las religiones positivas, está en el desenlace. Un sabio de país civilizado, educado en los principios de una religión positiva, llega á la isla desierta, conoce á Hay Benyoedán, le enseña á hablar y habla con él. El resultado de los coloquios es que ambos sabios coinciden en la doctrina. Lo substancial y esotérico de la religión es lo mismo que por su dialéctica y natural discurso Hay Ben-

yoedán ha descubierto. La diferencia estriba en que la religión envuelve la verdad en símbolos, alegorías y figuras, porque el vulgo de los hombres no acertaría á comprenderla en su limpia desnudez y de un modo directo.

De aquí cierta marcada superioridad de la filosofía, que es para los sabios, mientras que la religión es indispensable para el vulgo; todo lo cual no puede menos de escandalizarnos.

Como quiera que ello sea, *El filósofo autodidacto* de Tofail es un libro tan ingenioso como audaz, y bien merece examen más detenido que el que aquí podemos consagrarle.

Otra reaparición de una muy notable obra antigua se ha realizado últimamente. Me refiero á la *Propaladia* de Bartolomé Torres Naharro, edición dirigida y acompañada de un estudio crítico por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Pero esta carta-artículo se ha extendido ya mucho, y sobre la *Propaladia* y sobre el estudio del Sr. Menéndez, estudio tan erudito como ameno, hay tanto que decir que lo dejaremos para otro día, terminando aquí por ahora.

ÍNDICE

Páginas.

La terapéutica social y la novela profética..... 3
Sobre la nueva edición del *Quijote* que se publica en Edimburgo..... 55
D. Ramón de la Cruz..... 75
La España literaria, por Boris de Tannenberg.. 87
Sobre la primera representación de la tragedia *Cleopatra*..... 119
Tres recientes representaciones teatrales..... 137
Sobre la primera representación de *El Padre Juanico*, drama en tres actos de D. Angel Guimerá..... 155
Pleito literario.—*El Niño de la Bola* y *Curro Vargas*..... 169
Al través de la España literaria..... 183
Una poetisa italo-hispana..... 209
Carta á la Excma. Sra. Marquesa de Bolaños... 219
Sobre la juventud intelectual..... 227
Desde el castillo de Mos.—Divagaciones á escape sobre diversos puntos..... 239
Carta á *La Nación* de Buenos Aires..... 269

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Doña Luz: un vol. en 8.°, 3 pesetas.
El Comendador Mendoza: un vol. en 8.°, 3.
Algo de todo: un vol. en 12.°, 2,50.
Las Ilusiones del Dr. Faustino: dos vols. en 8.°, 5.
Pasarse de listo: un vol. en 8.°, 2,50.
Pepita Jiménez: un vol. en 8.°, 3 pesetas.
La Buena fama: un vol. en 16.°, con grabs., 2,50.
El Hechicero. El Bermejino prehistórico. Las Salamandras azules: un vol. en 16.°, con grabados, 2,50.
Dafnis y Cloe (trad. del griego): un vol. en 8.°, 3.
Estudios críticos: tres vols. en 12.°, 9.
Disertaciones y juicios literarios: dos vols. en 12.°, 6.
Cuentos y diálogos: un vol. en 12.°, 2,50.
Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia: tres vols. en 12.°, 9.
Tentativas dramáticas: un vol. en 12.°, 2,50.
Canciones, romances y poemas: un vol. en 12.°, 5.
Cuentos, diálogos y fantasías: un vol. en 12.°, 5.
Nuevos estudios críticos: un vol. en 12.°, 5.
Cartas americanas (1.ª serie): un vol. en 12.°, 1.
Nuevas cartas americanas (2.ª serie): un vol. en 8.°, 3.
Pequeñeces..... Currita Albornoz al P. Luis Coloma: un folleto en 8.°, 1.

LAS MUJERES Y LAS ACADEMIAS, cuestión s
cente: un folleto en 8.°, 1.

VENTURA DE LA VEGA, biografía y estudi
un vol. en 8.°, con el retrato del biogr

JUANITA LA LARGA: un vol. en 8.° mayor
ción, con grabados), 6.

LA METAFÍSICA Y LA POESÍA, polémica con
món de Campoamor: 3.

A VUELAPLUMA, arts. literarios: un vol. e

DE VARIOS COLORES: un vol. en 8.°, 3.

GENIO Y FIGURA: un vol. en 8.°, 3.

MORSAMOR: un vol. en 8.°, 4.

ECOS ARGENTINOS: un vol. en 8.°, 3,50.

GARUDÁ Ó LA CIGÜEÑA BLANCA (edición ilus
un vol. en 8.°, 2,50.

FLORILEGIO DE POESÍAS CASTELLANAS: cinco vol

cvest

a y est
delin
8.º m

emica

un vo
.º, j
j.

3,50.
ición lis

cinco